



ARDE EL MONTE DE NOCHE



TOMÁS ÁVILA LAUREL

Arde el monte de noche

CALAMBUR **NARRATIVA**, 4?

MADRID, 2009



LA canción empezaba así: Maestro: *Aleee, tire usted un poco.*

Todos: *¡Alewa!*

Maestro: *Aaaalee, tire usted un poco.*

Todos: *¡Alewa!*

Aaale, toma suguewa, ¡Alewa! Aaaalee, toma suguewa – ¡Alewa! Lo de «tire usted un poco» también podía ser «tirad vosotros un poco», o «tiren ustedes un poco», o «tiren de él un poco», o «tirad de él un poco». ¿Sabéis por qué podía saber cualquiera de las versiones? Porque la lengua en la que se dice esto no tiene «usted», pero el ‘maestro’ que dirige a ‘todos’ se dirige a ellos con respeto, como si les tratara de usted; y es porque les ruega respetuosamente que tiren de algo. Pero lo hace cantado, y para mí es la canción más bonita del mundo entero, y es la que me arranca más recuerdos, la que más nostalgia de mi tierra me trae.

Sí, de la canción no hay otra letra, no hay más, es lo único. Solamente se reduce a lo que pide el maestro, cantado en bellísima voz. Los que le escuchan asienten y dicen «¡Alewa!», y luego tiran como un solo hombre lo que, respetuosamente, se les pide que tiren.

¿Alguien sabe lo que es? Es una cosa que ocurre en mi isla, situado un poquito abajo del Ecuador. Si hubiera estudiado geografía, os contaría de todos los grados y minutos de latitud y longitud para que la pudierais situar

en un mapa, o con otros medios modernos, o actuales, de localización. Pero no debo olvidar decirles que la isla es africana, y que los que la habitan son negros, todos de ellos lo son. Y que está engullida por el Océano de Atlante. Engullida, pero del mar tenebroso sobresale un poquito de terreno, que es donde viven los negros del que ya acabo de hablar.

¿Lo de la escueta, pero profunda canción? En aquella isla sus habitantes viven de la pesca, pero de una pesca que realizan casi con sus manos, y sobre la mar. Entonces para ir a la mar navegan en frágiles cayucos. Estos cayucos se hacen de troncos cortados de árboles que de antemano se sabe que dan una madera de una gran flotabilidad. En aquella isla pequeña solamente hay tres árboles que dan troncos de los que se pueden hacer cayucos, solamente tres.

¿Y sabe alguien cómo se empieza haciendo un cayuco? Primero eliges el árbol, y si no es tuyo y está en el terreno de las plantaciones de una mujer, que las mujeres son las únicas que se dedican a plantar en la isla, vas y hablas con ella. Puedes tener suerte de que sea viuda o que no tenga marido, o que éste esté de viaje. Puedes tener mala suerte de que aquella mujer tiene hijos que van creciendo y sabe ella que aquel árbol será para construir los cayucos de sus hijos cuando tengan la edad de salir a pescar, o a transportar alimentos de otra parte de la isla. En aquella isla de Atlante todos los chicos tenían su propio cayuco, o se les pare para que cada uno lo tenga, y así no tener que pedir prestado de nadie.

Si has tenido tratos con la mujer o resulta que la tuya tenía uno de los tres tipos de árboles en su finca de productos alimenticios, lo cortas entero hasta que lo ves caído sobre el terreno de la finca donde estaba. Esto hay

que decirlo, pues si este terreno estuviera plantado, podría ser muy difícil que la mujer te dijera que sí, puedes cortar mi árbol a cambio del trato que vamos a hacer ahora, que es lo que me aportará el beneficio sustitutivo. Después de cortar las ramas sobrantes y amontonarlas para que sirvan de leña cuando se hayan secado, estás libre de llamar al mejor técnico que consideres para que empiece a trabajar en tu cayuco. Es importante que lo veas y que acepte, pero no te pedirá algo por el que mires al cielo porque no será algo que no puedas tener. Normalmente no piden nada, solamente se conforman de que le muestres tu respeto. A veces piden cosas de beber que todo el mundo tiene, o te pide a cambio otro favor. Te puede decir, sin elevar mucho la voz y sin mostrar preocupación, que a cambio vayas a desbrozar un terreno para su mujer, pues ella ha encontrado un terreno vacío y lo ha elegido para plantar en él malanga y plátano. Pase lo que pase, llegas al acuerdo, y cuando puede el técnico empieza con los trabajos de tu cayuco. La primera operación es vaciar el tronco, que es el trabajo más duro. Es ahuecar el troco para que tuviera fondo y espacio donde cupieras tú, tu mujer, tus hijos pequeños y la carga que tuvieras cuando salierais de una parte de la isla a otra. La operación del vaciado del tronco se hace en el mismo sitio donde es derribado, y los trozos arrancados de aquel árbol que quieres convertir en tu mejor amigo, tu mano derecha, son recogidos por niños y niñas, y también por mujeres mayores, que saben que un árbol grande da mucho de sí. También recogen las cortezas resultantes. Cuando se sequen estos trozos y cortezas, arderán en el lugar de hacer fuego, y ayudarán a hervir la olla puesta sobre tres piedras, tapada, y que contiene cosas de comer, cualquier cosa.

La operación del vaciado es dura, y se hace con las hachas más pesadas y de mangos más largos. En realidad es un trabajo que cualquier joven fuerte puede hacer, aunque guiado por el maestro, no vaya a pasarse de rosca y deje el cayuco sin suficiente pared. En el mismo sitio donde se derribó el árbol, el tronco solamente se vacía de su contenido interior hasta cierto nivel, abriéndolo por una cara que sería la entrada del cayuco, y se rebajan igualmente los laterales del mismo, lo que en el futuro serán los dos costados del cayuco. La parte del tronco que está en contacto con el suelo no se toca, sigue con su redondez. Y como muchas veces el tronco del árbol cortado es más largo que el tamaño del cayuco deseado, otro trabajo importante es separar el cayuco del resto del tronco, trabajo un poco más delicado que el simple vaciado, pues del mismo se ven las partes delanteras y traseras de los cayucos hechos con primor, hermosas, llamativas. Una parte, la delantera, será la encargada de romper las aguas del mar, y es la que se vería cuando la pequeña y graciosa embarcación estuviera posada sobre la arena en arribo de un viaje, o de la pesca. La parte trasera es la que servirá de sostén del que gobernara el cayuco, el timonel, y eso si fueran dos en el mismo, y por ella salta éste para incorporarse o tomar tierra.

Hechas las operaciones dichas arriba, y con la mayor parte del trabajo técnico sin hacer, el cayuco sigue en el bosque, o lejos de la costa, y en el mismo sitio del derribo del árbol; hay que trasladarlo a la costa para que allí, cerca de donde se rompen las olas, y con el sabor de ellas, cerca de donde todos los hombres pudieran ver el trabajo y decidir sobre él, el maestro elegido terminara de darle forma y sacara a la luz de la admiración de todos los hombres un cayuco que agradece la buena mano de su maestro. Hay

que llevar el esbozo del cayuco hasta la playa viable más próxima. La más viable, la más próxima. La doble condición es inexcusable, pues el traslado es pesado, duro, y en no todas las costas de aquella isla de Atlante las olas que se rompen permiten que salga un cayuco. No nos engañemos, no, hay playas arenosas, y rocosas, de mares furiosos que no dejan que nadie salga de tierra con ninguna embarcación, aunque hiciera la ofrenda que quisiera.

¿Sabe alguien cómo se saca del bosque metido el cayuco a medio esbozar? Algunos ya lo saben, arrastrándolo por el suelo, y por la parte del tronco intacta, la parte que precisamente lo toca, parte que se dejó porque se sabía que iba a ser útil para el traslado del cayuco hacia su emplazamiento definitivo. Entonces el dueño del cayuco, el que lo mandó hacer, el que lo vaya a usar para sus necesidades habla con todos sus amigos, y estos a su vez hablan con los suyos, y todos llegan a un conocimiento de la fecha en que irán a ayudar a arrastrarlo hacia la costa. Pero el dueño sabe que nunca son suficientes los brazos; también sabe que nadie de los que ha pedido que le vayan a ayudar le pedirá nada, absolutamente nada por un trabajo duro en el que se pierde mucho tiempo, y que exige mucho esfuerzo. Entonces habla igualmente con las mujeres que pudiera encontrar, habla especialmente con algunas mujeres con las que tuviera más relación, parientes inexcusables, y les pide una cosa. Les pide que para la tarde del día elegido para arrastrar el cayuco tuvieran preparados una olla grande de sopa de malanga para la cantidad de personas que sabía que serían necesarias para aquella ardua necesidad. Será la única manera de compensar su esfuerzo, y se repondrán las fuerzas e irán a casa a esperar hasta que les toque el turno a alguno de ellos y convoque a todos los hombres de buena voluntad, y hablen con las

mujeres de su confianza para que a cierta hora de la tarde tuvieran a punto la reparadora sopa de malanga.

Llegado el día, el cayuco a medias es atado con una fuerte y larga sogas cuyo dueño ha accedido a ofrecer para el arrastre en el que estamos embarcado. En todo el pueblo grande de aquella isla de mar atlante aquella sogas no se dedica a otra cosa, y su dueño hace tiempo que sabe que no puede dejar de darla para su uso. Para un arrastre óptimo, el maestro ha dejado el tronco en condiciones para que pudiera ser amarrado con la sogas sin que la misma se viera en peligro, pero igualmente en condiciones de que el arrastre se hiciera sin peligro para los que lo vayan a hacer. Entonces los que más saben del asunto cortan unos troncos de bananos, o de cualquier arbolito, que se usan como rodillos para un mejor deslizamiento del cayuco sobre ellos. Los caminos de aquella isla de Atlante son agrestes, las sendas son en extremo pedregosas, las vías son tortuosas, los parajes son inclinados, con pendientes a veces abruptas. Por eso el arrastre del cayuco hacia su definitivo emplazamiento es harto trabajoso, peligroso. Y como los rodillos no pueden ser infinitos, o tantos para que cupieran en todo el camino donde fuera a transcurrir aquel arrastre hacia la costa viable y óptima, la dinámica del mismo es que por cada tramo pequeño, y agotado el tiempo de rodaje de los rodillos, hubiera unos jóvenes fuertes que se encargaran de recogerlos de la parte de atrás y ponerlos otra vez enfrente, para que sobre ellos se deslizara el tronco vaciado a medias, esto es, para repetir la operación. ¿Hemos hablado de las pendientes de terreno en aquella isla del mar atlante? Pues eso hace que no siempre el tronco deslizado vaya por la senda debida, la elegida para que los que la arrastran no salgan a su vez del camino. Entonces hay otros hombres, sobre todo los menos jóve-

nes, pero experimentados, que se ponen en la delantera del cayuco, y ayudados por unas ramas cortadas a propósito y despojadas de cualquier forma tortuosa, enderezan su rumbo cuando fuera a salir de él.

El cayuco a medio hacer está siendo arrastrado por fuerza humana, pero de una única fuerza que proviene de muchos hombres y mujeres con condiciones físicas y motivaciones tan distintas para que sus pequeñas fuerzas no pudieran sumarse a la de otros para convertirse en una sola. ¿Cómo se logra este objetivo, que es la principal, pues sin él el cayuco esbozado no llegaría a la costa viable más próxima? Para lograr este objetivo, hacer de la pequeña fuerza de cada uno un impulso momentáneo único, había que encargar a uno que supiera hacerlo cantando. Este técnico especial podía reunir en su persona la doble condición de maestro carpintero de embarcaciones y cantor ocasional. A aquella doble condición podía añadirse la de hombre forzudo, dicho por aquello de que a veces cantaban y se agarraban a su vez a la sogas. No era raro, pero para lo que era imprescindible era que supiera poner prosa cantada a aquel esfuerzo y reuniera sobre aquel cayuco a medio hacer todo el esfuerzo único de hombres y mujeres de tan variadas condiciones. Sabía que lo que propusiera sería obedecido. Entonces vamos al principio y cantamos otra vez:

¡Aaale, toma suguewa! – ¡Alewa! Aaaaalee, toma suguewa – ¡Alewa! Aquel hombre experimentado abría aquella boca y aquella garganta y cantaba, como un gran maestro, la primera parte. Luego los amigos y los amigos de los amigos del dueño del futuro cayuco tomaban la alternativa y exclamaban ¡Alewa! Ésta, como se oye, es una palabra llana de tres golpes de voz. Al contestar en voz alta, y no podría ser una respuesta conversacional, todos los hom-

bres y mujeres comprometidos en aquel trabajo hacían la fuerza sobre el segundo golpe vocal, a la par que mandaban sus esfuerzos a las manos tirando de la sogá. El IÉwa aquel se llevaba la palma y el cayuco aquel, que podría ser de cualquiera de los que estaban allí, obtenía un impulso: *Aaale, toma suguewa – ¡Alewa! Aaaaalee, toma suguewa – ¡Alewa!* Librementé podemos traducir aquella petición de esta manera:

—¿Podemos tirar un poco de esto?

—¡TiREmos!

Y sobre aquella RE iba la fuerza conjunta que lo movía y recorrían un tramo más en su búsqueda de la costa más próxima y viable. Para los tramos cortos, por ejemplo desde la costa húmeda hasta el resguardo lejos de las olas, existía una versión corta de animación en la que nadie dirigía, sino que todos recitaban de manera repetitiva hasta alcanzar el lugar definitivo, o hasta el próximo descanso, que es la finalización del rodaje utilizado. Entonces se descansa mientras el más fuerte colocaba otra vez el rodillo, y así hasta el sitio definitivo. Pero cuando el objeto que se quiere arrastrar está a unos kilómetros en el interior del bosque, y con caminos difíciles, pendientes peligrosos, sendas pedregosas y otros peligros y dificultades, la versión única es la que hemos cantado. No importa que descansen varias veces durante la larga trayectoria. Retomado el arrastre, recurrirán a la misma canción, aunque eventualmente cambien de director de orquesta, sí, orquesta. Y es que como suelen ser muchos hombres y mujeres, y que tienen que cantar en voz alta para no perder el ánimo, los otros paisanos que estuvieran en sus plantaciones de malanga o de yuca, o de ñame y plátano, los paisanos que hemos mencionado suelen ser madres con sus hijos e hijas pequeños, oyen la canción

desde donde estuvieran y saben de inmediato lo que pasa. En toda la isla la canción es la misma, y no hay otra actividad en la que recurren a ella. Entonces, de camino a sus casas pueden tropezar con la comitiva de arrastre. Pero antes, ya porque estuvieron situados terreno arriba o situados terreno abajo, oyeron la canción abriéndose paso sobre el bosque callado:

— *Aaale, toma suguewa – ¡Alewa! Aaaaalee, toma suguewa – ¡Alewa!* Lo que está claro es que si en aquella isla del mar atlante no hubiera bastante gente, gente fuerte, sus escasos habitantes no pescarían en cayucos y no habría necesidad de decir a ninguna mujer que, a cierta hora de la tarde, tenga preparada una olla humeante de sopa de malanga. Y nadie cantaría para rodar un cayuco a medio hacer a su sitio definitivo. No sé si alguien sabe ya porqué el cayuco no se termina de construir en el lugar donde el árbol madre fue derribado. Y es que si se hiciera así, se ahorraría el esfuerzo de su traslado. ¿Pero ya dijimos de la cantidad de piedras que hay en aquella isla bañada por el mar atlántico? ¿Dije algo del desnivel de los terrenos de la misma? Un cayuco pulido en el bosque llegaría a la costa próxima partido en dos, tuvieran el máximo cuidado que pudieran. Y lo que se cantara, lo que se guisara o lo que doliera aquel esfuerzo de tantas horas no valdría para nada. Y esto desanimaría al dueño del cayuco, al maestro que lo labró, y a todos los que tomaron parte en su traslado hacia la costa. También al dueño de la sogá que se utilizó para arrastrarlo. Como que cuando ocurriera eso la sopa de malanga ya estaría preparada, todos irían al sitio donde les dijera el dueño decepcionado y la tomarían aunque no quisieran comentar nada. Allá en el aire habría quedado la canción, ajena al final del hecho por el que fue

cantada a corazón latiente: *Aaale, toma suguewa – ¡Alewa! Aaaaalee, toma suguewa – ¡Alewa!*

Como ya dije, esta breve canción me transporta a mi tierra pequeña, y al hacerlo, hace que me acuerde de la gente que vivía allá cuando la conocí, y hace que me acuerde de mi abuelo.

Yo no sabría decir si mi abuelo estaba loco o no lo estaba. En todo caso, lo vi con ojos de niño y con aquellos ojos no puedes saber si un hombre mayor que vive en tu casa y del que te dijeron que era tu abuelo estaba loco o no. Además, que una persona mayor estuviera loca no es algo fácilmente aprehensible por un pequeño que todavía juzga las cosas con los ojos de su edad, o directamente no las juzga. Pero mi abuelo no existía desapercibido para mí, ni para ninguno de los pequeños que vivían en mi casa. Que no pasara desapercibido significa que si alguien al que yo quería y en quien confiaba no me hubiera dado palabras de seguridad de que aquel hombre era de mi familia, aparte de que vivía en nuestra casa, era un hombre al que hubiera tenido miedo y del que hubiera escapado en mi niñez.

Vivíamos en la isla del mar de Atlante del que ya dije, y en una casa de un piso y una planta baja. Como en toda aquella isla no había más de dos casas de piso, entendí que la persona que construyó la nuestra debía ser alguien que en otros tiempos de su vida había tenido recursos, más recursos que la mayoría de los habitantes de nuestra isla situada al sur, de cuyas coordenadas geográficas no he aprendido todavía. Esto lo digo porque el resto de personas no tenía recursos ni había vivido con alguien que los había tenido, pues vive en sencillas casas levantadas con palos labrados superficialmente, y cuyas paredes se levantaron y taparon con ramas de palmera, y cubiertas de *jam-*

bab'u, un arbusto que se corta cuando está verde, luego se deja secar en el suelo, y más tarde se recoge en gavillas que se cargan sobre la cabeza. Con el arbusto aquel se hace un tejido sobre el tejado, atado al mismo con cuerdas sobre un entorchado de ramas de palmera. Este tejado es seguro, pues no deja pasar el agua de la lluvia. Tampoco se calienta mucho cuando aprieta el calor. Diría que no calienta nada. Pero la diferencia con la casa en la que crecí era que si llueve cuando estás en ella no oyes el golpear de la lluvia sobre el tejado. Y a mi me gustaba mucho la lluvia para que aquello fuera una cosa que ocurriera desapercibido para mí. No sé si tengo esa sensación porque viví en aquella casa donde se oía el gotear de la lluvia o porque me gustaba tanto que no me daba igual que no lo oyera.

Pues allí vivía mi abuelo, en el piso de arriba, viviendo como si aquel estar en el piso de arriba era lo único que sabía hacer aquel hombre comido por el tiempo: no salía nunca de allí, o casi nunca, y, como niño, no conocía las razones por las que no se bajaba las escaleras que él mismo mandó construir. La casa en que vivíamos no estaba lejos de la costa, y desde ella, y por las noches, cuando el silencio se apoderaba del pueblo, se oía el romper de las olas por la arena. Ese romper se oía mejor de noche, y lo repito porque creíamos que no solamente se producía aquello, sino que con las olas podían entrar en el pueblo los seres de mar, que podían ser buenos, como el rey, o malos, como los seres desconocidos que se llevaban a los niños, y de los que nos prevenían nuestros mayores. De hecho, durante la noche no se realizaba ninguna actividad en la playa, ni nadie iba a la misma ni para quedarse a contar cuentos con sus amigos. Bueno, sí, había hombres que salían de su casa por la noche e iban a capturar cangrejos en la arena de la costa húmeda. Estos cangrejos hacen sus

guaridas en la arena, y de ellas salen por la noche a mojarse con el agua de las olas que se rompen y corren por la costa. Los cangrejos se utilizan como cebo para pescar. Para nada más iban a la playa, sí, para aliviarse el vientre. Resulta que como la mayoría de las casas eran de troncos bastos y con techos de *jambab'u*, no había baños en ellas, y por eso, algunos, aprovechando la oscuridad, y después de llenarse el vientre con la comida de la cena, se iban a una zona de la costa a agacharse. Eso lo hacían en grupo, y no mucha gente. Nosotros no lo hacíamos porque nuestra casa era una de las únicas que tenían un baño en toda aquella isla del mar de Atlante.

Aparte de estos usos nocturnos de la playa, los que la frecuentaban para otros usos inconfesables eran señalados con el dedo durante el día como una mala persona. Estas personas así señaladas eran siempre mujeres un poco mayores, y cuando se empezaba a decir que salían solas a la playa, nuestra abuela nos decía de día que evitásemos pasar por la puerta de su casa, pues había adquirido durante la noche, y en la soledad de la playa, la facultad de meter cualquier objeto en cualquier niño que pasara desnudo delante de ella.

A mi abuelo no solamente no le vi bajar casi nunca de aquel piso, sino que tampoco le vi comer. Yo no sabía cuándo comía mi abuelo y si comía, y creo que no me preocupaba porque pensaba que los abuelos no comían. A nosotros nos daban de comer en platos individuales, que por la noche consistía en un trozo de pescado con algo de salsa, que no era tal, sino el agua en que se había hervido el pescado. En la mano, y para acompañar el pescado, nos ponían un trozo harinoso y gordo de torta de yuca. Comíamos sentados en unos bancos que había bajo los aleros de mi casa. Lo hacíamos todos juntos, todos los niños de la

casa, y mirábamos nuestros platos y el de los demás, para ver si alguno de nosotros había recibido el trozo más grande. Si esto ocurría y alguno de nosotros era muy sensible y aquello le había dolido mucho, podía ponerse a llorar, hecho por el cual al afectado podían ocurrirle dos cosas: una, que la persona que repartía la comida se compungiera y le diera un trocito más de pescado para consolarlo; otra, que por romper la armonía recibiera un sonoro coscorrón, o una palmada en la espalda y que le se obligara a engullir. ¡Engulle! era la frase con que nuestra abuela nos obligaba a reprimir el llanto, aunque la causa del mismo hubiera sido provocado por la caricia de su palma abierta sobre nuestra espalda. ¡Engulle!, nos decía la abuela con la mano alzada, pues si no 'engullíamos' aquel conato de llanto, recibíamos otro y acabábamos llorando en franca lágrima.

Cuando no se quejaba nadie de lo recibido, comíamos 'petando' lo más que podíamos, pues de aquella manera estimulábamos las ganas de los más glotones, que terminaban antes que todos. Si el pescado que comíamos tenía muchas espinas, y a alguno de nosotros le había tocado una parte con espinas fuertes y agudas, al final de la comida, y después de roerla bien, la guardaba en los orificios de la casa. Aquellas espinas fuertes y puntiagudas eran el único material que teníamos para quitarnos las niguas. Sabíamos que las niguas crecían en la arena, en los lugares polvorientos, y cerca de los cerdos, y aun con aquel saber, nunca tomábamos tantas precauciones para evitar que nos viésemos infectados por ellas. Entonces descubrimos que se han anidado cuando sentimos un severo escozor en un pie, entre los dedos. Los más pequeños de la casa podían quejarse de picores, y llorar por ellos, pero no sabían designarse por sí solos. Entonces una persona mayor que

ellos, una mujer, se encargaba de mantenerlos libres de aquellos parásitos. Los un poco crecidos se desniguaban por su cuenta, aunque no tenían buena técnica. La mejor técnica la tenían las chicas y las mujeres. Y esta buena técnica consistía en eliminar la nigua con el mínimo de dolor, en menos tiempo y con menos destrozo posible para la piel bajo la que anidaban. Para cumplir todo esto, la persona tenía que tener una visión aguda y una mano serena. Muchas veces los viejos y viejas de nuestra zona mandaban recado a nuestra casa para que alguna de nuestras chicas fuera a librarles de los feísimos y repugnantes parásitos. Como ya no veían muy bien, y tenían, además, la piel de los pies muy gruesas, no sabían localizar el lugar exacto del anidamiento. Y entonces en un pie de una persona de estas edades puedes descubrir de seis a siete bicharracos de estos, de diversos tamaños y algunos tan viejos que ya tienen incluso barba, que sobresale de la piel. Una nigua pequeñita tiene el tamaño de la bola de un bolígrafo, y una vez dentro de la piel, y tras chupar de la sangre o de lo que se alimentara, crece hasta sobrepasar el tamaño de la cabeza de un alfiler. Los adultos son feos, tienen el aspecto de un globo ocular, pero sin las partes irisdescendientes o brillantes, y tienen cabeza, la parte por la que muere y atraviesa la piel. Muchas veces sentías un picor, mirabas el pie, entre los dedos, y descubrías una nigua pequeñita con su boca pegada. Si no se le quitaba, acababa entrando y hacerse mayor y echarse barba. ¡Puag!, feo bicho. Cuando descubres los pequeñitos, los coges y los colocas sobre la uña del dedo gordo de la mano izquierda, y con la uña de la derecha los aprietas y oyes el *trat*, señal de que se han reventado.

Mi abuelo era la persona ideal para ser invadido por las niguas, pero por el hecho de que vivía en las alturas se

libraba casi siempre de aquellos bichos, que invaden con carácter epidémico durante la temporada de seca.

Ya hablé de mi casa y de donde estaba situada. Dije que desde ella se oía el romper de las olas y, durante la noche, se podía intuir los peligros que podían venir de ella. Estaba aquella casa cerca de la playa, y no de una costa cualquiera. Pero a pesar de aquella cercanía, la casa que construyó mi abuelo daba la espalda al mar. Y el hecho verdadero era que para que aquella casa pudiera orientarse hacia el horizonte hubiera tenido que estar en otra calle. En la que le tocó a mi abuelo, todas las cosas miraban hacia el pico. Entonces era la casa más alta de su zona, pero que daba las espaldas al mar. Desde ella, sin embargo, se divisaba la montaña, El Pico, conocido así. El Pico de Fuego. Desde mi casa, desde la parte de arriba, se veía cualquier cosa que estuviera ocurriendo alrededor de aquel pico famoso. Y cuando pienso en mi abuelo, pienso en que durante años había vivido en un sitio en que podía tener noticias del pico a todas horas. Y como lo miraba, y por el lugar donde se sentaba, acabé por pensar que había una cosa que quería ver llegar desde aquellas alturas. Y esta era la razón por la que habiendo podido elegir un terreno con vistas al mar, eligió otro en el que la casa construida solamente podía abrir sus puertas y ventanas principales al monte. ¿Se escapaba de algo dando la espalda al mar? ¿Esperaba algo más grande abriéndose al monte?

A mi abuelo siempre lo vi en el mismo sitio, casi. Nunca lo vi comer, y nunca le vi hablar, lo que se dice hablar, propiamente dicho. Se comunicaba escuetamente, y nunca conversé con él. Tampoco le vi pronunciar palabra con nadie, aunque sé, por lo que me dijeron los otros hermanos, que conversaba a veces con uno de sus amigos. Ahora digo todo eso tras haber pasado mucho tiempo

desde que lo dejé de ver, pero podía haber ocurrido que con aquel abuelo mío hubiera tenido cortas charlas cuando era chiquito, pero que lo hubiera olvidado. Sí, podía ser.

Yo entraba en casa por la parte de abajo, subía unas escaleras y me iba al salón de la parte superior. Aquel salón daba acceso a un balcón desde el que se podía ver casi todo el pueblo, aunque nunca se le llamó así. Iba diciendo que entrabas en aquel salón y cuando echabas un vistazo al balcón para mirar al pico, veías al abuelo, dándote las espaldas, vestido con camisa, y jersey de cuello en V y con un pantalón de color marrón, sentado en una silla de esparto, pero un poco alejado del reposabrazos del balcón, como si no quisiera exponerse totalmente al público. Habitualmente completaba aquel traje con una toalla que le cubría los muslos, pese a que nunca se dejó ver sin pantalón largo. Lo primero que empezaba a llamar la atención de aquel hombre era que tenía rapada la mitad de la cabeza, pero rapada para decir que había habido la intervención de una mano, pues no se veía que aquel rapado había sido el resultado de un accidente que le seccionó la zona del implante capilar de aquella mitad de la cabeza. Bueno, no era exactamente la mitad, pero era una parte muy grande de la mitad la que estaba totalmente afeitada. ¿Qué era aquello? ¿Por qué no terminaba de rapar la otra mitad y que el pelo creciera de manera uniforme por toda la cabeza? ¿Era una moda?, y si lo era, ¿no había nadie que le pudiera haber dicho que aquel estilo era horriblemente feo y que de ninguna manera le favorecía?

Cuando entrábamos, y como era el abuelo de todos, le saludábamos, y hacía un gesto para que supiésemos que había oído. O podía mirarse brevemente los pies para asegurarse de que no le picaban los mosquitos, pero no se vol-

vía para responder al saludo. Algunas veces se subían a aquel piso cualquiera de los chiquitos de la casa que estaban aprendiendo a hablar y sabían que aquel hombre era un pariente suyo, e iban allá y se apoyaban en el reposabrazos de su silla y le hacían preguntas o le daban conversación, pero el abuelo solo se limitaba a mirar brevemente al pequeño y a ocuparse de los mosquitos que le rondaban, a él, aunque no ponía cara de fastidio. Y si creía que aquel pequeño ya había dicho bastante, miraba hacia el interior de la casa para ver si había una persona mayor que pudiese ocupar de él, cosa que muchas veces ocurría. Como podía andar, alguna vez condujo él mismo al chiquito a la parte baja de la casa, y cuando ha creído que aquel podía ir por sin ayuda de un mayor. En realidad aquel conducir al chiquito era simplemente ponerle enfrente de las escaleras y darle un suave empujoncito en la espalda para que se pusiera a bajar por su cuenta.

Como lo probable era que los niños llorones de mi casa ya tenían para sí las razones para serlo, no las querían aumentar con la visita a aquel hombre que no les decía nada. Y esto era una ventaja para él, pues no me imagino lo que pasaría si alguno de los más gritones subiera allá y se enfadara con el abuelo y se pusiera a gritar. Posiblemente eso ya había ocurrido, pero no lo vi. Yo creo que los niños pequeños son capaces de intuir la bondad de las personas mayores, aunque no su simpatía, y de allí que no se cohibieran ante los mayores aparentemente hoscos.

Siendo como son los hombres los que representan la seguridad en la familia, yo me sentía más seguro y relacionado con las mujeres. Podría deberse al carácter especial de mi abuelo, pero siempre creía que me debía a mi abuela. El abuelo estaba ahí, sí, pero alguna vez pensé que aquel hombre, y por serlo, podía no tener nada con nues-

tra familia, incluso que no fuera de nuestra isla. ¿Y si hubiera sido un extranjero que se extravió en su ruta a su sitio y fue recogido en nuestra isla, y de allí que no tuviera a nadie en ella? ¿Y si hubiera sido un hombre que hubiera llegado solo por el mar, como nos contaban que llegaban algunos santos de las iglesias, y por eso no sabía hablar, como ocurre con ellos? Todo esto lo pensaba de niño, y lamento que mi abuelo no me dejara saber más de él, y eso porque no intuyó que un día sería escritor y contaría las cosas de mi niñez.

Cuando las madres van a sus plantaciones, dejan a los niños pequeños al cuidado de una persona mayor de la casa que no había tenido que ir por alguna razón, o dejan a los chiquitos al cuidado de los hijos un poco mayores, sobre todo una chica. Bueno, encargar el cuidado a una chica es lo mejor, pues son más responsables, pero con ello se sacrifica a una que podía hacer mucho en las labores de la finca y traer algo un poco más pesado que lo que trajera un chico. Nunca supe porqué las mujeres tenían más capacidad de cargar pesos sobre la cabeza. Ahora puedo pensar que posiblemente los hombres y las mujeres tengan la misma capacidad, pero cuando niños, nosotros los chicos nos quejábamos derramando lágrimas cuando sufríamos bajo el peso de lo que transportábamos, cosa que no hacían las chicas de nuestra edad, y esto puede ser debido a que por ser futuras mujeres había una presión sobre ellas. Se le hablaría mal si se pusieran a llorar por el peso de la carga, y se les consideraría perezosas. Pero seguro que se dolían como nosotros.

Bueno, una vez los niños estaban casi solos en casa, y sobrevoló sobre las casas de nuestra ciudad un avión. Muchos de nosotros no habíamos oído ni visto tan de cerca ningún avión, y por ello el sobrevuelo de aquel nos

asustó mucho. Con aquel susto, uno de los niñitos de mi casa subió como pudo las escaleras, y gritando, se agarró al abuelo. Nuestro abuelo sintió lo que pasó, el avión aquel se había alejado pero el nieto seguía preso de terror. Y fue que aquel nieto fue a esconderse en el regazo de su abuelo, que no era nada más que meter la cabeza entre los muslos de él y cerrar los ojos. Para él era el sitio más seguro. Y aquel hombre comprendió el horror de su nieto y, brevemente, lo consoló pasando sus manos por la espalda. Breve duró aquella muestra de cariño. O quizá fue tan efectivo el consuelo del abuelo que aquel nietecito se serenó pronto. Luego bajó a jugar con los demás, que igualmente se habían asustado, pero no tuvieron la idea de acudir a la protección del abuelo.

La casa donde yo vivía estaba llena de mujeres, mis abuelos solamente tuvieron mujeres. Y todos nosotros éramos los hijos que aquellas mujeres trajeron al mundo. Y como eran casi todas ellas de la misma edad, y vieron que su madre, nuestra abuela, era todavía fuerte, nos hicieron creer que nuestra madre era la abuela. De nuestros padres no hablábamos. Cuando queríamos que un hombre nos consolara subíamos las escaleras y hablábamos con aquel hombre que siempre miraba el monte. Ya dije lo que pasaba en aquellos encuentros.

Nuestra abuela tenía una sobrina que venía mucho a nuestra casa. Era rellenita, de muslos gordos y muy risueña. Nunca la vimos enfadarse por nada, y por ello cuando llegaba a nuestra casa nos rivalizábamos en lanzarnos a sus amorosos brazos. Y nos abrazaba por turnos. Saludado y besado a todos, y hablado con las otras chicas de su edad de nuestra casa, subía las escaleras, arrastraba una silla y se ponía a un lado de nuestro abuelo, dando la espalda al balcón. Iba allí a charlar con él, a contarle sus

cosas, su vida. Armada con su jovialidad y su sonrisa, le contaba cosas al abuelo, sonreía, se reía y parecía que charlaban de verdad. ¿Sería muy lista y también muy buena aquella tía nuestra para que, a pesar de que no le contestada nada nuestro abuelo, conociera la manera de conversar con él? ¿Sabía elegir las frases correctas para no ponerle al viejo en la necesidad de responder, y hablar solamente ella y sin que se diera la impresión de falta de comunicación? Pero en aquel diálogo con nuestro abuelo no dejaba de reír, como si estuviera hablando con una persona normal. ¿Tenía una capacidad de la que carecíamos? ¿Sabría captar los gestos de asentimiento de nuestro abuelo, y de ahí que pudiera comunicarse con él? ¿Tendrían algún secreto en común?

Cuando creía que había sido suficiente, se despedía de él, y aún más risueña, se levantaba y dejaba la silla en su lugar y bajaba las escaleras, y no tenía la cara de frustración de un encuentro fallido. Seguro que sabía algo que no sabíamos los que vivíamos con aquel hombre. En todo caso, aquella sobrina de mi abuela era mayor que todos los hijos que sus primas fueron trayendo al mundo, y sabría, por ello, más que nosotros. Era de la edad de nuestras madres. Lo que nos extrañaba era que ni nuestra madre ni sus hermanas tenían esa privilegiada relación con nuestro abuelo. ¿Y si la razón descansaba en el simple atrevimiento y no había otra razón oculta como me parecía a mí?

Nosotros, y todos los habitantes de la isla del mar de Atlante, vivíamos en el pueblo grande durante los meses de lluvia, y cuando se aproximaba la seca nos íbamos con nuestras madres a los poblados para comer lo que había allí. En las otras familias el nuevo tiempo no presentaba problemas, pues se iban todos, cerrando la casa con llaves, algunos, o con palos cruzados en la puerta, la mayoría. En

nuestra familia no podíamos ir todos, pues había uno de la familia que nunca había tomado parte en el viaje: nuestro abuelo. Y no habría tomado parte porque en el concurrían dos razones invalidantes. ¿Veis? Durante mucho tiempo pensé que mi abuelo era un inválido, por eso me ha salido ahora. Pero sería una invalidez total, pues en su caso no hacía nada. Las dos razones por las que mi abuelo no podía ir con nosotros al sur eran que no pudiese andar, una, o que no supiese ni pudiese remar para ir en cayuco, dos. El hecho de que pensaba que no sabía remar me hacía creer que efectivamente era un extranjero, y que no había aprendido desde que llegara por la mar. Y es que todos los hombres y chicos mayores de la isla del mar atlántico sabían remar.

El problema era que no podíamos dejar solo al abuelo en el pueblo grande. Y la razón no era porque no quisiera quedarse solo, que seguro que le gustaba, sino en quién cocinaría para él cuando no quedara nadie. Entonces mi abuela hacía planes para que sus hijas se turnaran durante aquellos tres meses y una se quedara con él cada mes. Yo, que no sabía que aquel hombre comía, no pensaba que necesitaba que alguien se quedara para hacerle la comida. Supe de aquella necesidad cuando en un año de aquellos le tocó durante un mes a mi madre, la que me trajo al mundo, y como por aquella fecha yo estaba muy enamorado de ella, porque acababa de saber que era mi verdadera madre, la eché en falta. Si no fuera porque en el pueblo grande hubiera echado en falta a todos mis hermanos, a todos los de mi casa, y hubiera dejado de disfrutar del pueblo del sur, hubiera pedido que me llevaran con ella. Pero hubiera sido una cosa exclusiva, pues mis demás hermanos y hermanas hubieran seguido tranquilos con el resto de la familia en el sur, comiendo aquellos pájaros conser-

vados en sal, pájaros cazados por los de la casa que habían aprendido a hacerlo con lazos o con una resina pegajosa de un árbol.

Cuando no le tocaba a ninguna de mis tías quedarse con el abuelo en el pueblo grande, mi abuela hablaba con su sobrina, y este inventaba alguna razón para hacerle creer que precisamente pensaba pasar una temporada de la seca en el pueblo grande, por lo que no tenía ningún problema en llevarle de comer todos los días al abuelo. ¡Pero si el abuelo no comía!, seguía creyendo. ¿Qué comía mi abuelo? ¿Qué era él? ¿Qué era aquel corte de pelo tan estrafalario? En realidad había muchas cosas de mi abuelo que me desconcertaban. Por ejemplo, y sumando a la serie de cosas raras que tenía, ¿por qué no iba al *vidjil*, esa casa de recreo que los hombres tenían al borde de la playa? Mi abuelo no iba nunca, y quizá la razón no era porque no le gustaba, sino porque no salía de aquel mirador que era su balcón. Que un hombre de aquella isla del mar atlante no quisiera saber nada del mar, y por ello no frecuentaba el *vidjil*, era un cosa llamativa, extraña. En realidad en el *vidjil* no se hacía nada, y por eso extrañaba que no quisiera ir a un sitio donde yo pensaba que se sentiría mejor y donde no se hacía nada. Los hombres que hubiera en el *vidjil* serían de su edad, y hablarían de cosas conocidas y recordarían tiempos pasados. ¿No iría al sitio porque no los conocía, y por eso no conocerían las mismas cosas? Podría ser, y esto reforzaba mi creencia de que era extranjero.

Pero que no fuera al *vidjil* por sus creencias y sentimientos era una cosa que no le interesaba a nadie, y allá él con lo que quería vivir, pero nos perjudicaba grandemente eso de quedarse toda la vida en casa. Y es que si hubiera hecho como los demás viejos de su edad y hubiera pasado tiempos largos en el *vidjil*, regresaría a casa, al cabo del día,

con algún atado bien surtido de pescado, y con ello hubiéramos comido más pescado del que comíamos. Por eso decía que era incomprensible aquel quedarse en casa, y es que en el *vidjil* no haría nada, y lo que trajera sería el regalo que los sucesivos hombres que regresaran de la pesca le hicieran. Ocurre que en aquella isla del mar de Atlante los que arribaban de la pesca eran ayudados para subir el cayuco por los hombres que se encontraban en el *vidjil*, y como muestra de buen pescador, y para que la tradición nuestra siguiera siendo algo dinámico, daba unos pescados a los hombres que le hubieran ayudado. Pero en los *vidjiles* hay viejos que ya no pueden ni quieren levantarse para ayudar a arrastrar el cayuco, aunque algunos de estos, faltos de vigor juvenil, se levantan cuando llega un cayuco de la pesca y mientras los fuertes arrastran el cayuco, ellos solamente lo tocan, y hacen notar que lo han tocado, y con ello se inscriben en la lista del reparto del atado del agradecimiento. Eso es una forma más activa de pedir, es como una forma de limosnear que se acepta con toda tranquilidad. O una forma de caballerismo. También están los viejos que no pueden ni quieren levantarse de donde están, pero que el pescador no puede dejar de hacer merced, ora porque es un viejo del que se tiene mucha estima o porque en el concurren las razones para que se le viera como un viejo venerable. En realidad a cierta edad todos los hombres lo eran.

A lo que íbamos, mi abuelo no iba al *vidjil*, ni a ninguna parte de la costa pesquera, y por eso comíamos poco pescado. Ya dije que toda su descendencia era femenina, y nosotros los varones, los nietos, todavía no teníamos edad para salir a pescar. ¿Y si mi abuelo no fuera venerable?, ¿y si no concurría en él ninguna circunstancia especial para que le dieran pescado aunque no hubiera hecho nada?, ¿y si

había sido malo de juventud y por eso se escapaba de la gente a la que trató mal, gente que tampoco le querría por aquel pasado?

Quien hacía que no pasáramos muchos días sin comer pescado era la sobrina amable de mi abuela, que desde muy joven se habituó a practicar con nosotros la caridad, ya sea con la pesca de su padre, ya sea con la de sus hermanos o del marido que tuvo cuando le llegó la edad de desear. Aquella chica no podía dejar de tener marido, siendo tan amable como lo era. Que no comiéramos pescado porque el hombre que había en nuestra casa no pescaba o no porque no iba donde debía no era cualquier cosa. Y es que si alguien en aquella isla atlántica no pescaba, o no tenía pescado para comer, no comía nada. No pregunten si en la isla de coordenadas geográficas para mí desconocidas no crecían aves domésticas, cabras y puercos. Me atrevería a decir que era más fácil que los gallos, gallinas y puercos se llevaran al barco que venía del lugar que desconocíamos que terminasen en la olla de mi abuela. Decía que todo estos animales que nunca vimos comer se mandaban al lugar donde estaban nuestros padres. Éramos muchos en la casa de nuestra abuela y todos nosotros teníamos al padre en el lugar en que se iba en barco, un barco que sólo veíamos de lejos, desde la playa. Eso quiere decir que si no teníamos pescado, nuestra abuela ponía en nuestras manos un pedazo de torta de yuca, seca como cualquier cosa que se tuesta al fuego. Y cerraba la boca. Aquello significaba que para comer en nuestra casa, dos de las personas mayores debían hacer bien su trabajo. Mi abuela, ayudada por sus hijas, que eran nuestras madres, tenía que trabajar para que en nuestras manos hubiera siempre un pedazo de torta de yuca o, cuando faltaba, un trozo orondo de algo que salió de un

envuelto cocido de bananas verdes. Con eso se daba por satisfecha, había cumplido su deber. Le tocaba el turno al hombre de la casa, y se consideraba que cumplía su parte cuando mediante sus oficios llegaba a nuestra casa pescado, pero en cantidad para que llegara a todos. Y aquel hombre no quería saber nada de la mar; de hecho, tenía la casa vuelta al monte, y le hubiéramos ayudado nosotros los hombres pequeños de la casa, como vimos que hacían con sus nietos otros abuelos, que los llevaban a la mar para ir aprendiendo, aunque a costa de sus mareos y vómitos. Digo de los mareos y vómitos de los nietos.

¿Alguien sabe cómo terminábamos el día cuando la sobrina de nuestra abuela no tenía para mandarnos aunque sea una sola cabeza de pescado, que a veces era lo único a lo que alcanzaba? Con el pedazo de la torta de yuca en la mano pensando en la sal. Ya dije que era una torta seca, y era difícil que bajara así. Además, era dolorosísimo el paso de solo un pedazo de aquella torta por la garganta si no estaba ablandado por el agua de hervir el pescado, lo que podemos llamar *salsa*. Creo que ya lo dije. Aquella agua de la comida de mi abuela era para mojar entero aquel trozo de torta y hacerlo bajar por la garganta con sabor, y sin dolor. Entonces, cuando de ninguna manera llegaba a nuestra casa ningún trozo de pescado, los más sensibles no comían nada, y se dormían así, tremendamente disgustados, y tras haber estado matando el tiempo cerca de la lámpara de petróleo, que era la única fuente luminosa en aquella casa. Gracias a Dios que no se la quedaba el abuelo. Era probable que tuviera otra para él. Los que eran emprendedores de mi casa seguían con aquel pedazo de torta en la mano y se acordaban de la sal y del picante. Entonces se hacían iluminar con lo que hubiera, o se movían a tientas por los alrededores de la casa, y con-

seguían picantes, que eran pequeñitos, morados los maduros, verdes los que no lo eran. Luego volvían a casa y lo machacaban con un poco de sal; la abuela y la madre correspondiente solamente podían prevenirles del picor, o se callaban. Hecha la preparación de urgencia, el siguiente paso era mojar un poco cada trocito de torta en aquel picante con sal y llevarlo a la boca. Era el sustituto del pescado que no había sabido darnos nuestro abuelo con su encerrarse en casa. Aquello se comía masticando y soplando sobre los labios para evitar el intenso picor o ardor. Y es que el picante de aquella isla de mar atlántico era pequeño, pero venenoso. Masticabas, y ¡fius!, soplabas sobre los labios, y derramabas lágrimas, pues creo que el picante es un ser que exige mucha agua. De hecho, soplas los labios solamente porque no puedes pegarte a la copa de agua para aliviarte del picor, pues mientras degustas a regañadientes aquel manjar, haces un aparte para echarte por el gznate una copa cumplida de agua. Terminabas aquello y era la hora de dormir, y ¡ay de quien no se acordaba de lavarse las manos y las metía en sus pantalones en busca del órgano con que se meal! ¡Ay de la chica que por cualquier razón se descuida y con aquella mano se toca su rajita! ¡Ay!, ¡aaay!, y he hablado ya del picante de mi isla. Si del picor de labios no te libras hasta que el sueño se hace superior, dime que te librarás si es algo que te pica dentro de ti, y en un lugar tan sensible, y por culpa de un hombre del que no sabíamos de dónde vino, nuestro abuelo.

Yo no quiero seguir hablando de la escasez de pescado y de los animales que podíamos comer sin recordar que conocí al cura de nuestra isla porque íbamos a entregarle huevos. ¡Conque los huevos se podían comer con el pedazo de torta de yuca! ¿Y por qué no nos los preparaban? Pero nos mandaba la abuela ir a entregarlos al Padre.

Y nos alegrábamos que nos mandara para una misión tan importante. El Padre vivía en la misión, encima de la iglesia, o justo detrás, en un piso de arriba que estaba adosado a la misma. Alguien trabajaba para él, y era el que nos abría y recibía los huevos. A veces nos hacía ver al cura, que perdía su tiempo en el balcón, viendo la mar. Desde su casa se veía el mar, y también nuestra casa. Y se podía ver a quien estuviera sentado en el balcón de nuestra casa, que solamente podía ser mi abuelo. A veces creíamos que nuestra abuela nos mandaba allí para que viéramos desde aquella posición nuestra casa, y a nuestro abuelo. El Padre hacía lo contrario que él, miraba el mar, y podía saber si llegaba o pasaba enfrente de la isla un barco. Nuestro abuelo veía todos los días el monte, y no se cansaba de mirarlo, como si supiera que de allí saldría lo que esperaba, el que vivía justo detrás, que sería también el que mandara sobre el lago que había, sigue estando ahí, en el mismo sitio.

A medida que crecíamos físicamente, también lo hacíamos en curiosidad, y un día nos entró en la cabeza conocer la habitación de nuestro abuelo. Dormía solo, o puedo decir que no sabía si la abuela dormía con él. En realidad yo no sabía si aquella habitación era para los dos, pues no sabía dónde dormía la abuela, ya que lo hacía después de todos. Queríamos conocer lo que había en la habitación de nuestro abuelo. Antes de esto, debo decir dónde dormíamos todos nosotros. Nuestras madres dormían con sus hijos pequeños y con las hijas, aunque estas tuvieran la misma edad que nosotros. Entonces podía ocurrir que en una cama durmiera una de nuestras tías con un hijo de dos a seis años, o más, una chica de nuestra edad y otro hijo si todavía era menor. Se colocaban así: primero la madre, en

medio, el hijo pequeño, y en la pared, la chica. Si hubiera otro que no había alcanzado nuestra edad, dormía a los pies de estos tres, y nadie se quejaba, y dos de ellos seguían meando en la cama, aunque antes de dormir les obligaran hacerlo afuera, delante de la puerta. En otra cama podía pasar lo mismo, si es que la siguiente tía tenía también tantos hijos, de padres que seguían en otra ciudad, un lugar al que se iba en barco.

En la casa de mi abuela todos los chicos crecidos, éramos tres, dormíamos en una misma cama, que antes era de cierta calidad. Yo era el menor de los tres y dormía en el medio. Todos nosotros orinábamos mientras soñábamos, o sea, en aquella cama. Por eso lo acabamos de hundir. Cuando lo conocí, ya tenía el somier carcomido por la dureza de nuestra orina, una cosa que no había cómo parar. Si me pusiera ahora a contar todas las historias que nacieron por aquel abundante y exagerado mear, no bastaría un día entero. Entre los tres gastamos los colchones de los blancos, los colchones de hierba que nos dieron después, el somier, la tabla que se metió debajo del colchón cuando nos hundíamos por el agujero hecho por la fuerza de nuestra orina y no hubo ya nada que gastar. Ya los pedazos de tela con que nos cubríamos estaban hechos jirones. Y buscaron remedio, y alguien dijo que pararíamos aquello si comíamos cagaditas de cangrejo de tierra. Las comí, las comieron mis compañeros y seguimos con el río aquel que no había manera de parar. Así era nuestra pequeña e inmediata vida cuando quisimos conocer la habitación de nuestro abuelo.

Y lo pudimos hacer cuando un hombre del que creíamos que era su amigo vino a visitarlo. Era un hombre del que dijeron los mayores de mi casa que acababa de llegar de viaje, justamente llegó en el último barco, aunque

cuando lo vimos no tuvimos la impresión de que era un hombre al que no conocíamos, y al que no veíamos en nuestras correrías por el pueblo grande. Quizá lo confundíamos con alguien parecido a él, o bien nunca lo relacionamos con la llegada del barco, y de ahí que no supiésemos que antes no estaba en nuestro pueblo. Pero nos convencieron de que acababa de llegar en barco, y como era un gran amigo de nuestro abuelo, lo vino a ver. Lo saludó desde abajo y nuestro abuelo bajó y salió con él hacia la parte norte del pueblo; los vimos marchar, y dijeron que el abuelo conversó con él, y que se dijeron cosas que solamente ellos sabían. Incluso dijeron que en aquella conversación mi abuelo sacudía de vez en cuando la cabeza y exclamaba, como incrédulo o extrañado; como si se dijera que lo que les había ocurrido solamente podían ocurrir en África. En todo caso, dicen que hablaba en voz bajita, como si se contaran confidencias o secretos. Todo esto no lo vimos, pero pensábamos que si había salido con aquel hombre, algo se dirían. ¡Conque mi abuelo sabía hablar! ¿Y por qué no hablaba en casa, con nosotros? En todo caso, les vimos andar hacia el cementerio. Ahora que me acuerdo, aquel día se había muerto alguien y la comitiva fúnebre se había adelantado.

En mi isla había, hay, un solo cementerio y es allí donde se entierra a todos. Antes de partir para el cementerio, se llama al cura, que acude con sus vestidos oficiales, y asistido de sus monaguillos, dos, al menos, portando sus velas y también el incensario. En mi niñez, en tiempos de mis abuelos, llegaba el séquito de la Iglesia a la casa del muerto y salían todos con el ataúd, seguido por casi todos los habitantes de la ciudad. Y si no eran todos, con mis ojos veía que era mucha gente, pero gente que no era tan cercana al muerto ni a su familia. Y lo sé porque era tanta

gente para que no cupieran ni en la iglesia. Pero antes de que la comitiva fúnebre pasara por la ciudad, nuestro pueblo grande, todos los niños de las calles aledañas al paso de la comitiva eran encerrados en sus casas, y se cerraban las ventanas de las mismas. Se nos decía que si el aire del entierro, «el aire del muerto», tocaba a los niños, los mataba, y se los llevaría como se llevaba al que llevaban a enterrar. Ser tocados por el aire del muerto era la cosa conocida que más miedo nos daba. Los niños volvían a abrir la puerta cuando les llamaba su mamá, o la primera persona mayor de su casa que les pedía que abrieran.

Entonces, aquel día alguien se había muerto, no sabíamos quién era, y aquel amigo de mi abuelo recién llegado de viaje vino a avisarle de ello y él bajó de su mirador y le acompañó. La comitiva se había adelantado, pero ellos seguían, despacito, con las manos atrás, cruzadas sobre la parte baja de la espalda, andando como si supieran que se les esperaba para lo que hubiera que hacer en el cementerio, pues sin ellos nada se podía hacer. O que se les esperaba para decir las últimas oraciones en latín. Lo más probable era que mi abuelo, y también su amigo, era ateo, y que no quería saber nada de la religión. En todo caso, y fuera lo que era, ¿no decía que creía que aquel hombre podía ser un extranjero? Será por eso que no era de nuestra religión. Sabía yo, por lo que se decía, que muchos extranjeros no iban a la iglesia, y que comían a la gente. Comían a los demás.

Cuando supimos que estaría lejos, los chicos mayorcitos, y algunas chicas, despistamos a los pequeños y nos acercamos a la habitación de nuestro abuelo. Luego nos miramos, nos pedimos silencio, aunque la casa lo estaba, abrimos con cuidado la puerta, solo un poco, y nos metimos, dos chicos y una chica. Dentro de aquella habita-

ción, abrimos los ojos de lo que vimos. ¡Coño!, ¡eran los secretos del abuelo! En aquella habitación tenía las cosas que le conferían aquella vida rara que tanto desconcierto nos causaba. Luego de ver lo que había, y con el corazón batiente, volvimos a salir y nos pedimos otra vez silencio. Como también querían ver lo que vimos los demás hermanos, les dejamos entrar, pero como estábamos un poco nerviosos porque hacíamos algo prohibido, les metimos prisa y salieron con los ojos abiertos. Luego nos pedimos otra vez silencio, que yo sé, y todos lo saben, lo que significaba, y cerramos aquella puerta. ¿Alguien sabe lo que vimos en el lugar donde dormía aquel hombre misterioso?

Sabíamos que no tardaría en volver del cementerio, y nos dimos prisa en dejar sus cosas como las encontramos. ¿Qué vimos en su habitación? Antes de responder, debemos saber que debió de ser un gran amigo suyo aquel hombre que le vino a saludar. Lo digo porque consiguió que hiciera algo que nunca le habíamos visto hacer, abandonar el piso de arriba. ¿O lo hacía cuando ya dormíamos? Y es que el hecho de que aquel hombre salió de su casa no era un hecho banal. En la cultura de la gente de la isla se cree que un hecho grande que vaya a ocurrir siempre manda un aviso premonitorio. Y el aviso fue la bajada de aquel hombre y su acompañamiento al séquito fúnebre, aunque no estamos seguros de que entró en el cementerio. Lo que pasó después del hecho inesperado fue una cosa grande, una de las cosas más grandes que ocurrieron en aquella isla del mar atlántico. Pero no es que hubiera sido algo bueno, sino una cosa dolorosa. Entonces, no es una cosa grande, pues cuando se dice grande se refiere a algo positivo. Fue algo tremendo. Cualquiera podrá creer que fue un mal que se desató porque entramos en su habitación. Yo no me atrevería a decir esto, pero ocurrió poco

después de que hubiera aquel entierro. Yo no sé si recordaré todos los detalles de aquella desgracia que se abatió sobre el pueblo, pero intentaré contar lo que recuerdo. Pero lo haré despacio, pues aquello no se puede contar de golpe, como si estuviéramos contando cuando hacíamos el escondite durante las noches de luna llena.

Con la visita de su amigo, y vuelta a la normalidad, se comentaba que mi abuelo había trabajado en un barco, que conocía muchos países, incluso que había sido el capitán del barco en que viajaba para conocer aquellos países. Y que aquel hombre, del que ya dije que los chicos de mi casa teníamos la impresión de conocer desde siempre, era uno de sus compañeros de viaje, o de haber trabajado juntos en aquel barco. ¿No he estado repitiendo que nuestro abuelo podría haber sido un extranjero? Es que si decían tantas cosas de él, era porque la gente le creía un extranjero, alguien a quien querían ubicar, pues le veían raro. Como nuestro abuelo que era, preguntábamos por él a nuestra abuela, pero no todos a la vez, sino día a día, y uno por uno, según las dudas de cada uno de nosotros por separado, pero nunca nos decía nada que fuera de nuestra satisfacción. Y nosotros creíamos que o lo que sabía no le gustaba o tampoco sabía de él. Además, si tampoco hablaba con él, no era raro que no supiera. Ella no se disgustaba por las preguntas, pues no nos regañaba, pero no respondía, limitándose a hacernos entender que no valía la pena que nos dijera nada, que era lo que entendíamos con los gestos que hacía. A veces le preguntábamos cuando comía, aprovechando el buen carácter que se tiene al comer, pero nos miraba sin dejar de masticar, y se concentraba en un hueso que quería roer y esbozaba un gesto que entendíamos que significaba que sí había algo que contar pero que quiénes éramos para molestarla. En todo

caso, éramos niños y habría cosas que no nos podía contar, pues cosas serias debían ser las que sostuvieran aquel comportamiento raro, aquel corte de pelo estrafalario y aquel no querer saber nada de nadie. Nuestro abuelo no hablaba, no iba al *vidjil* y todo aquello no nos dolía tanto como la falta de pescado que sufríamos por su escasa relación con los pescadores de una isla bañada por sus cuatro costados por un mar lleno de peces. Y es que el mar de nuestra isla tenía tantos peces que a veces caían de él y se recogía en la arena, de la misma manera que caían los mangos de los árboles. En aquellos años paseabas por la playa y oías cerca de ti un gran chapoteo, y cuando mirabas, veías cómo peces más grandes saltaban en persecución de otros más pequeños, que igualmente saltaban para evitar ser cazados. Pero aquel movimiento y aquellos saltos denotaban la existencia de una cantidad grande de peces a pocos metros de la arena sobre la que pisabas. El chapoteo continuaba, los saltos seguían y aquel acoso permitía que los peces más pequeños que los perseguidores saltaran a la arena, a tus pies. No hacía falta ni red, ni anzuelo ni arpón. Los peces más frecuentes en aquellos desbordes marinos o costeros eran sardinas, que se desparramaban en puñados, pero no escaseaba la cosecha de peces de tamaños considerables, como bonitos, o peces de la misma familia, que son los que no son de rocas ni de profundidad, sino que se mueven en bancos en busca de lo que buscarían para agruparse en aquellas cantidades.

El derrame costero de peces no era nada, no era nada que puedo contar en comparación con un suceso similar, pero de magnitudes imprecisables y de causas que nadie conocía. Aquello era menos frecuente, pero ocurría de una manera regular, en los mismos meses de años dispares y alejados en el tiempo. Era un suceso imprevisible, pero

frecuente. Es lo que puedo decir. Si lo hubiese visto de mayor, hubiera indagado por aquella maravilla del mar atlante de nuestra isla. Ocurría que cada cierto tiempo, y sin que nadie conociera las causas desencadenantes, afluían a todas las costas de la isla, a todas las playas que circundaban la isla, una cantidad incontable de calamares. Se les veía venir, uno por uno o por grupos, desde mar adentro y acababan en la playa y allí se quedaban. Con aquel extraño fenómeno se diría que aquellos inmensos calamares habían recibido una extraña orden y se disponen a darle cumplimiento. Llegada a la costa, no hacían señales de que querían volver por donde vinieron, que debía de ser un sitio lejanísimo de la isla, mar adentro y profundo, pues no eran los calamares productos marinos muy frecuentes y de fácil pesca. De hecho, rarísima vez cualquier pescador daba caza a algún ejemplar. Se creía que eran especies de otra zona, o de las regiones profundas. Eso se creía hasta que se producía aquel extraño fenómeno y se desataba el éxodo marino calamaril, si se puede llamar así. Pero más que como lo hemos llamado, aquello se parecía más a un suicidio colectivo o una persecución masiva que algo hecho por la voluntad de aquellos moluscos. ¿Qué era aquello? ¿Qué era lo que les arrancaba del sitio donde habían estado para un movimiento de aquel tipo, un viaje sin retorno? ¿Era como consecuencia de una depredación masiva, como ocurre a escala menor con las sardinas? Era una cosa que nadie podía creer, y lo que más impresionaba de aquello era la cantidad de ejemplares involucrados, cientos, miles, que se allegan a todas las playas de la isla para no volver, quedarse atrapados en la arena o en las piedras y fenecer. ¡Qué cosa!, ¡que fenómeno tan grande! Pregunto otra vez, ¿qué era aquello?

Cuando aquello tenía lugar, y siempre ocurría después del mediodía, los primeros en avistarlo se ponían a gritar para avisar del hecho a todos los que estuvieran en la playa donde se encontraba: ¡calamares!, ¡calamares!, ¡calamares! Aquello bastaba, el resto era el festival por todas las costas adyacentes para hacer el agosto. Había montones de ellos que varaban enfrente del pueblo grande. Pero montones. Luego otro montón en la playa adyacente, luego otro en otra playa, a así cientos de calamares empujados a la costa de nuestra isla sin ninguna causa aparente. Y allí acudían los hombres, mujeres, niños, para la cosecha de aquella ubérrima ofrenda de la mar. Y seguían gritando calamares calamares calamares y nadie daba abasto y nadie sabía qué hacer con aquella cantidad de calamares. Y había que hacer algo para los tiempos de escasez. Así, tras la cosecha, que era una recolección de los productos de la mar de Atlante, se decidía lo que había que hacer para que aquella cantidad de vida lo siguiera siendo en los días y meses sucesivos. Pero antes de aquella decisión, ya sabían lo que harían los pescadores de toda la isla, ya se relamían los labios de lo que vendría solamente unas horas después. Y era que los pescadores sabían que la carne de calamar era el cebo máspreciado de todos. Con ella abrirían la boca a cualquier pez, aunque este pez no comiera carne y solamente hierba. Pero en las aguas de nuestra isla había un pez que era especialmente devoto de la carnada de calamar, un pez que solamente tiene nombre en nuestra lengua. Este pez aplanado, que debería ser de los azules, se veía de un azul más claro. Se llama *pámpan'a*. Pues la cosecha de calamares se veía eclipsada por la de aquel pez, que contribuía a hacernos creer que vivíamos bajo un mar tan ubérrimo que se caían de él aquella cantidad de peces. Pero se pescaba una cantidad de pámpanas... Impresio-

nante, pero impresionante. Tanto se pescaba que no había nadie que no comía pescado en aquellas fechas, pero absolutamente nadie. Incluso aquellos cuyo abuelo no tenía amigos y no iba a la playa a confraternizarse con los pescadores. Viudas, mujeres solteras, hombres incapacitados, hombres apartados, los que no pescan por su profesión, todos, pero sin que quede alguno que no ponga un trozo de pescado a hervir en su casa. De aquella cantidad de pescado se ahumaba, se freía, se salaba, se hervía ligeramente para terminar de condimentar al día siguiente, y todo venía a hacer compañía a lo que había del día anterior, los calamares hervidos y salados. ¡Qué cantidad de pescado para comer! ¡Pero de unas cantidades.! Nunca imaginaríamos, sin verlo, que había tanto pez en el interior de nuestro mar.

Comimos el calamar, comimos el *pámpan'a* y conocimos otras épocas de más hambre de pescado. En realidad la gente de mi isla no apreciaba tanto el calamar como maravillarse del hecho de su venida. La afluencia masiva de calamares era el preludio de una temporada fértil en cuanto a la cosecha de los productos de la mar. Lo que pasaba en mi isla era que creíamos que el mar era nuestro almacén, el lugar donde guardábamos el pescado que nos había sido asignado; cualquier hombre que había sobrepasado la adolescencia podía, a cualquier hora que no fuera intempestiva, coger sus bártulos de pesca y salir a la mar. Y con aquella disposición no pasaban tanta hambre de pescado como los que no tuvieran varones en sus casas. O cuyos varones no querían saber nada de la mar, de manera que incluso le dan la espalda.

Si no fuera por aquella creencia de que el recurso al mar podía ser inmediato, con aquella cantidad de pescado que todos tenían en sus manos en las fechas del vara-

miento de los calamares se hubiera pensado en alguna manera de hacer provisiones para las épocas peores, de cuando los hombres salen a la mar y regresan con quejas, que si mucho viento, que si mar excesivamente calmo, que si molestaban los grandes peces de superficie, que no dejaban pescar... Sí se intentaba hacer algo, ahumando y salando, que era los únicos métodos útiles de conservación que conocían los mayores de nuestra isla. Pero aquellas provisiones ahumadas y salaban terminaban, se empezaba otra vez la época de los picantes.

¡Fuis!, a soplar los labios, y ay de ti si tocas donde no debes.

El pescado era para nosotros un producto de primera necesidad; ya dije que si no había pescado, no comíamos. Pero yo, en mi niñez, no sabía que toda la isla entera pasaba estrecheces calamitosas. Sí, lo puedo decir así. Y quizá no sabía que se pasaba estrecheces porque yo no lavaba mi ropa ni encendía la lámpara de nuestra casa. Por eso yo no sabía que no había jabón en toda la isla; y por eso no me di cuenta de que el petróleo escaseaba de tal manera que a cierta hora de la noche se apagaba la lámpara, o se bajaba la mecha para ahorrar lo poco que hubiera de aquel líquido salvador. La operación de reducir la intensidad luminosa de la lámpara para ahorrar era delicada, y solamente lo hacía bien mi abuela. Pero parecía una operación sencilla. No lo era tanto, y si no lo dominabas, y ninguno de los pequeños de mi casa lo dominaban, ni nuestras tías, era mejor no meter la pata. Solamente la abuela lo hacía bien. Aquello era importante porque podía ocurrir que, durante la noche, toda la casa se quedase a oscuras porque se había apagado la lámpara porque quien la bajó no había tenido buena mano. Entonces la abuela podía molestarse en salir de la cama e

ir a llamar en voz muy baja a la vecina para que le permitiera encenderla otra vez. Y lo hacía porque creía que con tantos niños pequeños en casa no podía pasar la noche sin una fuente luminosa con que se pudiera resolver cualquier problema, cualquier eventualidad que ocurriera con alguno de ellos. ¿Y por qué había que ir a llamar a la vecina en caso de aquella eventualidad? Porque ella comulgaba con los mismos sentimientos y tenía su lámpara con la intensidad disminuida. Y porque en nuestra casa no teníamos cerillas. Cuando por alguna razón la lámpara se apagaba cuando no habíamos dormido, constituía un curso para mí, pues empezaba a aprender de nuestra vida y empezaba a darme cuenta de que las cosas no eran como las veía. Con aquello empecé a pensar que no lo pasábamos tan bien. El petróleo escaseaba, no había cerillas y quizá tampoco había jabón. ¿Pero cómo se encendían todas las lámparas de petróleo de nuestro pueblo grande? De la misma manera que se hacía para encender el fuego de guisar. Con un cuenco de coco en el que habían conservado la cáscara ibas a casa de la vecina, o de la vecina de la vecina y pedías unas ascuas ardientes. Y volvías a tu casa y ayudado por la leña que tenías guardada en casa y el *cuscús*, que era la cáscara seca resultante del machacado y lavado del palmiste maduro, encendías el fuego. Si tu vecina tenía cerilla, pero también fuego en su fogón, se ahorra la cerilla y te mandaba a agacharse en la cocina para encender la lámpara. Y te agachabas sobre la ceniza, y eso te delataba. Sé que hay mucha gente que es capaz de mantenerse en cuclillas, y así evitan ensuciarse. Si tu vecina inmediata no tenía nada con que hacer fuego, ibas a la siguiente, a la siguiente de la siguiente, a cien metros, doscientos, no importaba, podías andar, doscientos cincuenta, hasta que encontra-

bas a alguien en cuya cocina salía humo. Muchas veces lo que hacíamos cuando nos mandaban con la lámpara era mirar sobre los tejados de las casas en busca del humo. Y donde lo veíamos, acudíamos allá evitando el paseo por otras casas con la canción aquella de «Mi madre dice que le des un poco de fuego». Así se decía en la lengua de la gente de mi isla.

Pues con aquella vida de ir de casa en casa pidiendo ascuas, un palito de cerillas, o un lugar con fogón para agacharse y mancharse las rodillas, me di cuenta de que los mayores se habían desesperado hacía mucho tiempo y buscaban remedio a su situación con todos los medios a su alcance. Pero no había nada a su alcance, pues nuestra isla estaba sola, no tenía otra tierra con la que se podía unir para luchar contra aquella falta de todo. Fue en aquellos tiempos en que me di cuenta de que las gentes de mi isla solamente se tenían para mirar por ellos, por lo que les pudiera pasar. Es decir, que estaban solos en medio del mar. En aquel tiempo ya no se esperaba que llegara el barco del lugar donde estaban nuestros padres. Entonces, con aquellos sentimientos de soledad miraban todos los días al horizonte por si llegaba un barco del horizonte al que se podía salir al encuentro para pedir. Y en aquella niñez veíamos cómo se precipitaban para salir a la mar cuando veían un palito en el horizonte y pensaban que era un barco que estaría lleno de todo lo que necesitábamos en la isla. Y salían en su persecución, con tanta convicción que acababan creyendo que la fuerza de sus brazos era tanta como la del motor del barco desconocido al que pensaban dar alcance. Bueno, lo intentaban y a veces regresaban tan desilusionados que se diría que habían recibido la confirmación de que nuestra situación no iba a mejorar.

En aquellos tiempos del que digo los que tenían quien les pescara comían pescado, y quienes tenían anzuelos y nilón eran los que pescaban. Entonces la carestía del pescado era considerable en algunas familias. Eran los tiempos en que deseábamos que los peces grandes persiguieran a los chicos para que se lanzaran, los grandes y los chicos, a la arena, como lo vimos con nuestros ojos en más de una ocasión. En aquellos tiempos deseábamos que el varamiento de calamares se diera todas las semanas. Pero si deseábamos que ocurrieran aquellos hechos milagrosos, que casi lo eran, pues no era cualquier cosa que te lanzaran el pescado a tus pies, era porque nuestra situación era insostenible. Y con aquella situación insostenible empezaron a suceder las desgracias de las que empecé a hablar hace ya tiempo. Todo lo malo vino al mismo tiempo. Eran los peores momentos de la historia de nuestra isla.

Con aquella escasez de todo apretando nuestras gargantas, se acercó un barco a la costa, y estaba tan cerca para que pudiéramos saber que estaba cogiendo directamente de nuestra despensa, de nuestro mar. Y salimos porque creímos que teníamos algo que decirle. Y resultó ser un barco de una nación amiga que robaba porque sabía que la isla no era de nadie. O nuestra, pero que no podíamos servirnos de ella. Pero no le dijimos nada de lo que hacía, allá cada cual con su conciencia y le dimos una lista de lo que necesitábamos. Era esto: jabón, petróleo, cerillas, y algunas cosas de comer. No pedimos ropas porque no hacía falta que se dijera que carecíamos de ella. ¿Pero alguien sabe lo que trajeron aquellos hombres al arribo a la isla? Cigarrillos y pescado, pero de unas cantidades que no cabían en los cayucos de los hombres que salieron al encuentro del barco. ¿Veis? Les dieron cigarrillos y pescado. Entonces estaba claro que los dueños de aquel barco

de nación amiga sabían que el pescado era nuestro y lo querían repartir con nosotros. ¿Y el tabaco? Lo necesitaban con enfermiza urgencia los hombres, pues hacía mucho tiempo que fumaban hojas de papaya. Bueno, se pudo ver que había habido una repartición equitativa: el pescado, para las mujeres, y el tabaco para los hombres. En realidad en mi isla casi no fumaban las mujeres, salvo una cosa que hacían las viejas, pero solamente algunas, que machacaban tabaco para ponerlo en sus oquedades dentarias. No lo esnifan, no.

Con aquel panorama de pescado y cigarrillos, algunas mujeres y hombres pensaron que todavía se podía pedir mejor, que lo dado no era lo único que necesitábamos. Entonces estaría bien que las mujeres fueran en persona a pedir, pues si las vieran los hombres y hablaran con ellas, las cosas cambiarían a mejor. Sí, a mejor. Pero resulta que las mujeres de mi isla no sabían remar, todavía no lo saben, y había que llevarlas al barco para hablar con los blancos de aquella nación amiga. Y se hizo como se pensó. Unos hombres con los que hablaron las mujeres las llevaron al barco y vieron a los blancos aquellos. Recuerdo que se me dijo que una de las mujeres que... No, nadie me dijo nada. Lo supe meses más tarde. Ocurrió que del trato con las mujeres, llegaron a la isla, y no en los mismos cayucos en que se le llevó, sino en las embarcaciones de aquel barco, todo lo que ellas echaban en falta en aquella carestía atroz: jabón, petróleo, sal, ropas, zapatos, cerillas, cosas diversas para comer, pescado y bebidas alcohólicas y cigarrillos. Bueno, había unos envases de jabón en polvo, y venía bien porque a cada uno le podían entregar un puñado del mismo, y se contentaba. Igualmente se podía hacer lo mismo con la sal, pues muy poco de ella ya sazona. El alcohol y el tabaco hicieron furor entre los

hombres, y en muy pocas mujeres, para decir la verdad. A alguno le tocó una camiseta, otros solamente la vieron llevar a algún conocido. Los productos que dieron más de sí fueron el pescado, la sal y los diversos útiles para hacer el fuego. Y el alcohol, una cosa que se expande con facilidad. Sería por su naturaleza inflamable.

Le llegó la hora al barco y levó anclas. Pasaron meses y se acabaron las cosas del pesquero de la nación amiga y supimos que una de las mujeres que fueron a hablar con los blancos para conseguir las era una ahijada de aquel hombre del que tuvimos la impresión de que estuvo siempre en la isla, y que, además, era amigo de nuestro abuelo. Pues ese hombre, del que no estoy seguro de que confundíamos con otro al que veíamos siempre, habría estado no en el lugar donde estaban nuestros padres, lugar al que se iba en un barco lleno de gallos y gallinas, y otras cosas de comer que mandaba nuestra abuela y otra gente de la isla, sino en otro sitio, en Calabar. Bueno, en Calabar había ibos y era gente que se comían a otros. Se nos decía que había que tener cuidado con los calabares. Pues aquel amigo de nuestro abuelo era un poco bromista, entre otras cualidades, y hacía creer a todos los de nuestra isla que había estado en Calabar y que sabía cosas de la gente de aquel sitio. De hecho, a veces hablaba como hablarían los de Calabar y fundó una asociación de gente que durante las navidades bailaba vestida como se vestirían los calabares, y hablaban como hablarían unos señores que querían comerse a otros. Pues aquella ahijada suya tomó parte en la expedición al barco, con otras mujeres, y como hablaron muy bien con aquellos blancos, se entendieron. Y fruto de aquel entendimiento fue el crecimiento de vientre que le sobrevino cuando ya solamente quedaban unas muestras pequeñas de aquella expedición de entendimiento. Bueno, ni todo el

mundo sabía que se le crecía el vientre ni todos sabían que aquel crecimiento era por haber hablado en el barco de los blancos, y con ellos. Pero siguió creciendo aquel vientre y la gente fue sabiendo que esperaba un niño que sería el hijo de alguien, un blanco, que solamente ella podía saber quién era, pues las discusiones tuvieron en el barco, lejos de la gente del pueblo. Era una ahijada, sí, pero vivía con una hermana suya, que era la persona más cercana que tenía en vida. Sus padres habían muerto cuando nadie sabía que alguna vez llegaríamos a aquella situación.

Los días avanzaban y la carestía empezaba a apoderarse de la isla y en ella ocurrió una cosa que asustó a mucha gente. En realidad empezaron a suceder las cosas malas, como si se dijera que todas ellas estaban alineadas esperando su turno. La primera cosa fue que una mujer y su hermana cogieron un trozo de leño humeante y subieron por el camino del Pico, con intenciones de ir a sus plantaciones que había alrededor del mismo sitio, sitio aldeaño igualmente al lago que se conoce por Nosopay. Lo que pasaba no era que en Nosopay el pico y el lago no estuvieran cercanos; la realidad del sitio era que el pico y el lago estaban situados en distintos niveles, según la observación de quien pudiera verlos juntos. El que levantaba su cabeza sobre todos, desafiante y altivo, era el Pico de Fuego, el pico propiamente. A sus pies, como durmiendo, estaba el lago, al que se podía mirar de manera casi furtiva desde las alturas de Nosopay, que es un terreno plano que rompe abruptamente una de sus alas en un impresionante precipicio, en realidad un vacío del ser, para acoger precisamente el manso lago, solamente agitado por leves brisas.

Pues las dos hermanas iban a Nosopay con aquel leño humeante con la intención de hacer fuego alrededor, o sobre la base de un árbol seco del que querían aprovechar

como leña. Si hubieran sido ágiles o si no hubieran nacido mujeres, hubieran trepado a aquel árbol seco con sus hachas y aquello que pensaban hacer de golpe, y con la fuerza del fuego consumidor, lo hubieran hecho poco a poco, rama por rama, pues un árbol es capaz de dar leña durante muchos meses, pero muchos. Pero faltarían las hachas, o no tendrían la destreza suficiente, y nacieron mujer. Y en aquellos tiempos no había tantos hombres para la cantidad de mujeres desvalidas que había en nuestra isla. Por eso recurrieron al fuego. Haciendo fuego en aquella plantación suya, y a los pies de aquel árbol, tenían también la oportunidad de arrancar alguna malanga e introducirla en la ceniza adyacente y tener algo que llevarse a la boca mientras estuvieran trabajando en aquella plantación. Hicieron, pues, el fuego y se abandonaron a su tarea. Trabajaron desde que se asomara el sol por el horizonte hasta que creyeron que ya había sido suficiente y se irguieron; era la hora de empezar a recorrer la plantación con la cesta para recoger lo que se había arrancado de las plantas de malanga o de las de yuca. O cualquier trozo de caña que se hubiera cortado durante el recorrido en busca del fruto de los esfuerzos de meses anteriores. La cosecha, algo que en aquella isla de mar de Atlante se hacía día a día durante años, pues nunca había suficiente terreno para que toda la cosecha se recogiera a la vez y que aquel hecho dejara en la miseria a la familia. Cuando aquellas dos hermanas se irguieron, ya faltaban pocas horas para que se pusiera el sol, astro al que no vieron bien por la cantidad de humo que se interpuso entre ellas y el rey de los astros.

—Dios, nos hemos despistado —dijo la mayor.

—Tendremos un grave problema, vamos a tener un grave problema —añadió la pequeña, con las manos en la cabeza y con el llanto a flor de piel.

¿Qué había pasado? Pues con aquel trabajar con la vista en la tierra, doblaba por la cintura, no se irguieron para darse cuenta de que el fuego hecho alrededor del árbol seco se había extendido, quemando hojas secas, trocitos de ramas secas, hierbas secas del alrededor, hasta alcanzar un campo cercano lleno de arbustos de la altura de un metro, arbustos de dudosa utilidad entre los isleños, y que en aquella época del año estaban secos. Aquellas hermanas abrieron los ojos y se pusieron a exclamar, pero era importante que se fueran, no por el peligro de que se quemaran, que todavía se podían escapar por sus pies, sino porque sabían que habían desatado una desgracia. En realidad aquel terreno de los arbustos era tan pedregoso que no había nadie en toda nuestra isla que se había atrevido a plantar en él, y pese a que era de una extensión cuatro o cinco veces mayor que las pequeñas parcelas que cualquier mujer de la isla había heredado de sus padres, en concreto, de la madre. Cualquiera que se fijara en aquella grande extensión con ánimo de cultivar en ella sabría que cualquier cosa que alzara con ánimo de cavar, azada, pico, o aquel útil de ellas que recibe el nombre que le dieron, iría directamente sobre la piedra, que era en realidad lo que era aquel terreno cubierto de arbustos, una roca enorme. Pero la desgracia era que si se encendía aquel terreno, el fuego se propagaría por todo el contorno, bordearía el pico y avanzaría hasta el mismo pueblo grande, poniendo en peligro sus casas. Pero antes de esa eventualidad, y si no se había tenido suerte de que por alguna razón se apagara, aquel fuego consumidor habría arrasado las fincas aledañas, pues a medida que se bajaba hacia el encuentro del nivel oceánico había zonas con un poco de tierra, y en las que crecían ciertos árboles y en las que se encontraban algunas parcelas de las mujeres que de aquel oasis de pie-

dras habían sacado alguna utilidad. Y era mucho esfuerzo el que se había hecho para que el fuego lo consumiera sin dar tiempo a las dueñas para beneficiarse de aquel duro trabajo. Lo que pasaría, pues, sería que aquellas mujeres se harían acreedoras de la ira de las perjudicadas, sin contar que, una vez arrasadas sus plantaciones, aquel fuego podía seguir avanzando para hacer más daño en su extender en busca del nivel oceánico mínimo. Y el nivel oceánico mínimo, por la dirección en la que se extendía el fuego, era nuestro pueblo grande.

Sobre aquel fuego no había nada que hacer, solamente esperar que con el ruego al Señor de las alturas no creciera el viento que lo propagara o lo avivara. Abajo, pero tras salvar con la vista un precipicio insalvable, dormía el lago, con la cantidad de sus aguas listas para quien pudiera allegar a ellas. Pero si el precipicio era insalvable, el probable remonte del mismo con cubos en la cabeza para apagar aquel fuego apocalíptico era imposible. Además, nadie tenía cubos en todo el contorno.

Con mucha prisa recogieron las hermanas lo que cosecharon y tras ponerla en la cabeza, intentaron correr para ir a casa. Pero ya el fuego había flanqueado el camino, y si insistían en seguir por él corrían el riesgo de verse rodeadas por el mismo. Si esto hubiera ocurrido, posiblemente no hubieran perecido abrasadas, pero aquel acorralamiento las podía haber asustado, y en aquellas condiciones, y sin ver demasiado bien, podían tomar decisiones nefastas. Piense cualquiera que con aquella zozobra el viento decidiera a participar en la desgracia y soplara desde el lado derecho, lo que haría que se avivara el fuego de lado derecho del camino y las obligara a apartarse del mismo varios metros hacia la izquierda. Con su carga en la cabeza, y asustadas, verían tan poco que no se hubieran dado cuenta

de lo que había al final de aquellos metros de terreno que en realidad no eran tantos. Y podrían perder un pie, y acabar despeñadas y con su trabajosa, pero joven, vida entregada a quien fuera y a Dios en las orillas fangosas del lago.

Tenían que volver sobre sus primeros pasos y buscar otro camino para ir a casa. El que había, el más seguro, empezaba desde ahí mismo, al borde del precipicio y bordeaba completamente el lago, con pasos crecientes para abandonar aquella altura decreciente hasta dar con su cansancio en la puerta principal de aquel lago de cuyas aguas no se pudieron servir. Allí tomarían un camino casi recto hasta las puertas del pueblo grande. Es lo que hicieron aquellas dos hermanas, pero aquel camino era largo. Por eso, cuando llegaron a las puertas de su pueblo, el nuestro, el pueblo grande, la gente de su casa ya se había preocupado por su tardanza y, viendo el fuego, temieron que algo hubiese pasado con ellas. Y ya habían mandado a gente de aquella casa a saber de ellas, que en mi isla, todos sabían lo que debías tardar según el sitio al que habías manifestado que ibas. Cuando abordaban su casa por un camino por el que nadie las esperaba, sabían que estaban ante una cosa que podría alcanzar otras dimensiones, pero muy lejos estaban de intuir que pocos días más tarde les iba a ocurrir la cosa más grave y dolorosa que les habría de ocurrir en su vida, y que, al vivirla yo, aunque en su carne, fue igualmente la cosa más grave y dolorosa que he vivido en mi isla, la isla silenciosa del mar atlántico. Pero no solamente fue una cosa grave y dolorosa, sino que fue un mal que echó sus maléficas raíces sobre mucha gente, y sobre mí. Sobre nuestras vidas.

El sol se puso rojo, faltaban pocas horas, o minutos, para que se metiera por donde se mete cuando se llega a esa hora, y ya todo el mundo tenía la vista sobre el monte,

viendo extender aquel fuego que nadie sabía todavía cómo se había iniciado. Ya no había nada que mirar, solamente teníamos los ojos para ver avanzar el fuego, y oídos para oír su crepitar. Seguía avanzado aquel fuego y el sol se puso y la noche abrió sus ojos. Entonces no vimos estrellas en el cielo, ni otra alegría de aquel firmamento habitualmente cargado que nos pudiera distraer. Nuestra mirada era solamente para el pico, para ver el avance del fuego y oír el crepitar de las ramas secas que se quemaban. Estaban en peligro muchas plantaciones, pero con aquel avance lo que estaba en peligro era nuestra vida, pues aquel fuego, con su amenazante avanzar, podía alcanzar las primeras casas del pueblo grande y extenderse por todo él, donde la mayoría de las casas era de madera seca y techumbre de *jambab'u*, que ardería para ayudar a dar satisfacción al fuego. Desde siempre, y cuando veo arder fuegos que nadie había provocado ni eran fáciles de sofocar, pensaba que muchas cosas arden para dar satisfacción al fuego, para hacerle feliz. Pero nosotros, durante aquella larga noche, éramos infelices y con el corazón en vilo. Ardería el monte, avanzaría el fuego arderían nuestras casas y no tendríamos más remedio que salir en cayucos para esperar en alta mar hasta que se consumiera todo. Pero en mi casa lo pasaríamos mal, porque yo no estaba seguro de que mi abuelo, el único hombre que había en ella, encontraría un cayuco libre y supiera remar para librarnos del fuego. Él no tenía cayuco. Yo, en aquel tiempo, siendo niño, no pensaba que si el fuego invadía el pueblo podríamos apagarlo abriendo todos los grifos de las calles para que la gente cogiera cubos y cubos de agua, y si no hubiera, y porque el pueblo grande terminaba al borde mismo de la mar, hubiéramos podido coger agua de ella para librarnos de perecer abrasados. Con mis ojos de niño veía que aquel fuego era grande, y lo era, tan grande para

que no pudiéramos luchar con él. Sería un fuego que nos empujaría a la inmensidad del azul marino, y siendo de noche, no hubiéramos hecho las cosas bien y... Bueno, yo no sabía que todos podríamos salir al mar, y sin algún tipo de peligro, y de noche; de allí que supiera que lo mejor era que el fuego se apagara allá, en las inmediaciones del pico donde se inició.

Avanzaba la noche y el fuego avanzaba y nos subimos al piso de mi abuelo. Y fue allí donde supimos que estaba también muy preocupado. Tanto para que en todo lo que duró nuestra estancia en aquel mirador, las puertas del balcón estaban abiertas, él no permaneciese sentado. Miraba el fuego con cara de preocupación sin ningún tipo de disimulo. Quizá pensaba lo mismo que yo, que si el fuego nos acorralaba, no sabría qué hacer para salvarnos a todos, y seríamos los únicos del pueblo que perecerían. Ah, lo de la mar tampoco lo veía tan claro, pues nunca fue un sitio que me daba seguridad. El caso es que no paraba de hacer gestos de preocupación, y claro, nos preocupábamos viéndole tan afectado, pues si nos hubiera mostrado serenidad, quizá hubiésemos pensado que aquello era una desgracia que los otros mayores que no estaban en la misma situación que él podrían abortar con facilidad.

Avanzaba la noche, seguía haciéndolo el fuego y mi abuelo seguía ahí, de pie, quizá lamentándose de su escasa pericia con el mar, y descubrimos que lloraba, y que, además, la silla sobre la que se sentaba, libre en aquel tiempo, tenía un agujero redondo en el asiento, de manera que la parte central de sus asentaderas corresponderían al agujero aquel. Pero no era un agujero hecho de manera accidental, sino era una silla especial del que se quiso que tuviera aquella silla. Pero aquel descubrimiento no mitigó en nada la sensación de nuestro miedo. Además, el no

había sabido tranquilizarnos, pues se sumó a nuestro llanto, aunque de ello solamente unos cuantos vieron bajar por su cara unas gotas de lágrima. Como avanzaba la noche y aquello podía terminar mal para nuestros sentimientos, nuestra abuela, de la que no sabría decir lo que habría visto, nos mandó a todos a dormir. Sabía ella que ya era noche avanzada, sabía que no dormiríamos o que tardaríamos en hacerlo con el fuego pendiente de nuestras vidas, y con nuestras vidas pendientes de un hilo que se podía romper si se quemaba. Sabíamos que tenía miedo. Yo no sé si compartía con nosotros los sentimientos que teníamos por la actitud del abuelo, por sus sentimientos; nosotros no conocíamos los suyos, y no sabíamos si eran los mismos que los de él. Sabíamos que también estaba preocupada, pero no hubiéramos sabido cuantificar su intensidad. Pero le obedecimos cuando nos mandó a la cama, y lo hicimos porque necesitábamos que alguien nos diera una orden para que con ella calibrásemos el alcance de sus expectativas sobre el caso. Alguien, una persona mayor, una persona a la que queríamos y en que confiábamos, y que sabíamos que nos quería. Si nuestra abuela nos hubiera dicho que nos encamináramos hacia la playa para embarcarnos hacia ningún sitio de alta mar le hubiéramos obedecido, sabiendo que era la única tabla a la que podíamos agarrar a juzgar por el peligro que se nos caía encima. Y así fuimos a dormir sobre aquella cama, de la que nos acordábamos muchas veces a la hora de dormir, pero de la que nos acordábamos porque la encontrábamos mojada, aunque sea solo en algunas zonas de ella. ¿Y alguien sabe de qué la encontrábamos mojada, cosa que nos disgustaba sobremanera? Sé que lo sabéis. ¿Y los olores que despedían aquellas orinas añejas! Pues allá fuimos, mientras afuera, sobre el pico, ardía el fuego que amenazaba con arrasar el

pueblo grande. Y dejamos de pie al abuelo, sin sentarse sobre aquella silla sobre la que se había sentado siempre, aquella silla con un agujero en el centro del asiento, agujero que durante mucho tiempo disimulaba, o tapaba, con un trozo de tela, o un paño, un trapo que cuando se sentaba utilizaba para taparse los pies, o ponerlo sobre la rodilla y luego poner encima las manos. Le dejamos allí incapaz de reprimir el llanto, aunque aquel llanto irreprimible fueran solamente dos hilos de agua que bajaban por sus mejillas. Para nosotros fue franco llanto porque él era un mayor, y creíamos que si también lloraba era porque daba la cosa por perdida. ¿Por qué lloraría aquel hombre? ¿Aquel fuego le recordaba algo que había vivido cuando no le conocíamos? ¿Qué era aquello que le recordaba? ¿O quizá lloraba porque no era un mayor, sino que era todavía un niño? Podría ser, podría haber sido, pues en mi isla solamente los niños pequeños que lloran por las cosas que no entienden no pescan ni salen en cayuco al sur. Ni pueden entrar en el *vidjil* para conversar con los viejos. ¿Empecé diciendo que nunca supe si mi abuelo estaba loco? ¿Dije alguna vez que no sabía lo que era? Parte de lo que era lo descubrimos cuando entramos en su habitación. De la misma y de lo que vimos hablaré más tarde.

Aquella noche fue una de las más convulsas de nuestras pequeñas vidas, y nos despertamos con aquella cama anegada, del río de agua que necesitábamos anoche para sofocar aquel fuego amenazador. Aquella cama estaba hundida hasta nuestros huesos de pis, de una cosa que chorreaba como si fuera del mismo minuto en que nos despertábamos. Y esas meadas matinales, de esas de cuando los mayores ya están en la calle, eran las peores. Y lo eran porque pensabas que por poquito que el tiempo te hubiera dado la oportunidad te despertabas con la vejiga

llena, abrías la puerta y lanzabas tu chorro a la arena, delante de la puerta. A esa hora no tenías tiempo de trazar una letra o esbozar una casa con el chorro aquel. Meabas, te estirabas y bostezabas al mismo tiempo, incluso con los ojos todavía cerrados. Mear afuera era lo mejor, y siempre meábamos afuera, pese a que teníamos baño en nuestra casa. Cuando encontrabas la cama recién mojada del riego de tu pipí, te enfadabas contigo mismo, pues pensabas que por poco te hubieras despertado como un héroe que ha ido a la guerra y ha vencido. Bueno, la guerra, una cosa en la que se puede participar y ganar. O no perder. No ser tocado por la piedra, el hechizo, el mal.

Salimos de la húmeda cama y miramos al monte que durante noche anterior nos dio aquel susto de muerte. Todo estaba pelado y de color negro. Pelado porque se quemaron todos los arbustos y lo que queda y se siente es la piedra, aquella inmensa roca que dominaba sobre el monte aquel. Y negro porque el color dominante era el resultado chamuscado de todo lo se llevó por delante aquel fuego goloso: los arbustos, otras plantas menores, los lagartos, los ciempiés, las serpientes, y los huevos de las gallinas salvajes de nuestra isla, de las que sabíamos que ponían huevos en aquellos parajes. También murieron las ratas, el mayor enemigo de las plantaciones. Pero donde el inventario fue exhaustivo fueron precisamente en las plantaciones afectadas. No lo vimos, y porque no fuimos a todas ellas, pero desde casa ya vimos llorar a algunas mujeres, que se dirigían a las plantaciones de las zonas afectadas. Y ya tenían en la boca la pena por lo quemado por el fuego: los mangos, que no eran de nadie, o de todos, quemados los frutos y las semillas, que eran los frutos futuros. También parte de las hojas. Se quemaron los palos de yuca y las hojas, y se salvaron las yucas mismas, resguardadas

bajo tierra, que se habría calentado. Las bananas y los plátanos se quemaron, y solamente rebrotarían si no habían dado fruto todavía. Las partes aéreas de los ñames, que crecen y se enredan en los arbolitos vecinos en busca de la verticalidad, se quemaron, y solamente había que apelar a la buena memoria de la dueña de la plantación para recordar los rincones donde los había plantado. Se quemaron todas las serpientes de las fincas, los cangrejos, los lagartos y sus huevos. Se me olvidaba, se quemaron todas las ratas que estaban en aquella zona arrasada por el fuego, todas las ratas y ratones que tanto daño hacían en las plantaciones de las mujeres. Si ya he dicho algo de las ratas, el gran daño que hacían justifica que me acuerde otra vez de ellas. También se quemaron los huevos de las serpientes. En aquella zona del pico, y en las afectadas más abajo, no prospera la malanga, planta en extremo devota de la humedad del suelo, escasa en las proximidades de nuestro pueblo grande. ¿Y alguien sabe el trabajo que tendrían a partir de aquel día las mujeres que encontrarán sus pequeñas parcelas en las condiciones descritas? Primero llorarían por el desastre ocurrido. Ya lloraron la misma noche de los hechos, y por temor a que el fuego consumidor nos devorase a todos. Por la mañana llorarían por el trabajo perdido. Ya sobre el terreno, debajo de la tierra dejarían el ñame, ya crecerán sus partes aéreas con las primeras lluvias. De los plátanos y bananas se aprovecharían los frutos chamuscados si no lo eran del todo, y si antes de la visita del fuego habían alcanzado cierta madurez. Y de la yuca, uno de los pilares de la alimentación de aquella isla del sur, se removería la tierra y se sacaría todo lo que hubiera en ella. No es ella una planta que sobrevive a la muerte del tallo, que donó su savia al fuego consumidor. Es la pena que da, pero no solamente pena, sino el trabajo que

supone darle utilidad a una cantidad de yuca, grandes y pequeños, que esperaban bajo tierra para ser el sostén de la familia en un año. Bueno, todo aquello se podía utilizar, haciendo tortas y fariña. Pero aquella parcela quedaba como si nunca se hubiera plantado nada en ella, y habría que empezar de nuevo con el inicio de las lluvias, cuando se empezaría a plantar todo otra vez, esperando hasta casi un año para empezar a recoger los primeros frutos. Y era la pena que daba, haberse echado a perder muchos años de desvelos, y por culpa de un fuego que nadie sabe quién lo provocó. Por lo que sé, y por lo que pasó después, no hubiera sido bueno que se conociera a los que provocaron, accidentalmente, aquel fuego. Sé que en este mundo no es lo mismo que algunas personas tengan la culpa de las cosas graves que acaecen en las comunidades donde viven. Sé que el juicio de los hechos depende de los que están involucrados en ellos. Todo esto lo aprendí más tarde, cuando vi las cosas que ocurrieron en aquella isla del mar de Atlante.

Todo esto pasó, subió y bajó la mar, pescaron grandes peces, comieron pulpos. Hubo lluvias y tormentas, salió y se puso el sol, y cuando volvió a salir, se vio que había crecido el embarazo de la mujer que había hablado con uno de los marineros de aquel barco de nación amiga que pescaba en nuestras costas. A propósito, ¿sabe alguien por qué la llamamos nación amiga a la dueña de aquel barco? Porque no era la única nación que mandaba sus barcos a coger nuestro pescado. En nuestros mares, directamente en nuestras costas, llegaban barcos de muchos sitios, pero cuando los hombres los veían y cogían sus remos y se hacían a la mar con la intención de pedirles algo, quizá pensaban que aquellos frágiles cayucos llevaban a gente

que les iba a echar en cara el robo, y arriaban deprisa sus redes o rebobinaban sus carretes de caña de pescar y se perdían detrás del horizonte. ¿No era una vergüenza aquello? Claramente manifestaban que eran ladrones y que no querían saber nada de nadie, allá cada uno con sus dolores. O esperaban aquellos barcos de naciones desconocidas que los cayucos se pusieran al lado de sus barcos y abrían por la borda los chorros de agua sucia, o caliente, para demostrar que sabían hacer cosas feas con las gentes de nuestra isla. Pretendían hundir sus cayucos o quizá envenenarles con aguas de ponzoña. Pero gracias a Dios que aquellos cayucos no se hundían, que sí se podían volcar, y también gracias a que los de aquella isla atlántica aprendemos a nadar aunque en nuestra casa no hubiera ningún hombre que nos enseñara. Como la llegada de los barcos a nuestras costas era frecuente, pronto aprendimos a diferenciar la bandera de la nación amiga de las demás; eran variadas las banderas: franjas horizontales de tricolores vivos, uno de ellos el azul. Tricolores verticales, uno de ellos negro. Unicolor con un sol blanco en medio; unicolor con un dibujo de algo curvo con mango. Nadie de la isla sabía de qué nación era aquella bandera. Y era, junto con otro de los barcos, con bandera tricolor, el que tenía los maquinistas más atentos, pues era ver el cayuco salir de la costa para salir ellos a toda máquina, como si supieran que en nuestra isla había brujas de las que había que escapar

¿Saben de qué color era la bandera de la nación amiga? No creemos que lo hubiera sabido la mujer que tuvo tratos con los marineros de aquel barco. En aquellos tiempos las mujeres en edad de hablar con los marineros no sabían mucho de las banderas de las naciones. ¿Ya dije algo de si aquella mujer conocía al verdadero marinero que podría

ser el que habló con ella para los arreglos del embarazo? Es probable que no conociendo la bandera, tuviera alguna dificultad para saber que el marinero con quien tuvo palabras era de algún parecido que pudiera recordar. Y es que los blancos se parecen mucho entre sí, aun los que viven bajo la misma bandera. Ya no diremos de los que viven bajo distinta.

Bandera de colores, hombres con los que había que hablar, mujeres que fueron llevadas al barco de la nación amiga por otros hombres. Y banderas que había que distinguir para conocerlas de antemano y aflojar los remos si los barcos que tenían sus redes desplegadas eran de alguna de las naciones que hacían cosas feas con los isleños. Si todos los hombres de nuestra isla tenían tantas dificultades para reconocer las banderas, ¿las mujeres las iban a reconocer? Ya dijimos que las mujeres no las conocían. Y era probable que no las vieran, que nunca vieron las banderas de los barcos que faenaban en la costa. Y era porque para que las pudieran ver tenían que estar lo suficientemente cerca de los barcos ladrones, de naciones amigas o enemigas. Pero ocurría que en nuestra isla las mujeres iban a los sitios a pie hasta que surgía la necesidad de que lo hicieran en cayuco. Y cuando encontraban a un hombre que las llevara, se metían en cayuco y se sentaban mirando al que estuviera remando, al hombre al que convencieron; pero como para ir al encuentro de los barcos el remero tenía que dar la espalda el pueblo grande, la mujer que estuviera sentada a metro y medio de él daría la espalda al horizonte, y era la manera en que daban la espalda a la posibilidad de ver la bandera de la nación con cuyos hombres estaban dispuestas a entrar en conocimiento para ver si remediaban la situación de la isla, la de sus vidas. Y cuando el cayuco se encontraba ya atracado en el costado

del barco, la bandera ya no se veía. Hablaban, pues, con hombres de naciones cuyas banderas desconocían. Gracias a Dios que aquellos barcos que no se escapaban cuando los cayucos de nuestra isla se hacían a la mar eran de una nación amiga.

El embarazo creció y aquella mujer alumbró a un niño bonito al que envolvieron en trapos, pues cuando vio la luz ya no quedaba nada de lo que trajeron del barco, y nadie sabía que de aquella primera visita al mismo iba a nacer ningún niño necesitado de paños limpios. Pero nació. Pasó el tiempo y como aquellos blancos ya conocían la fecha en que nuestros mares estarían llenos de peces, volvieron al cabo de una temporada, para que se pudiera decir que era un tiempo exacto desde la última vez. Y llegó el mismo barco, el mismo nombre pintado en su parte delantera, la misma bandera, pero con gente que respondía a otros nombres. Por ejemplo, el que podría ser el padre del recién nacido no vino. Pero no creo que aquella mujer pudiera saber que había uno solo al que podía señalar con el dedo como el padre del niño bonito. Salvo que hubiera pasado algo en aquel barco y uno solo... No, no se podía saber, ella no lo podía saber.

Echaron sus redes, que es a lo que vinieron, recogieron nuestro pescado y luego miraron la costa y cuando vieron que se acercaba un cayuco, se alegraron, y oyeron luego el cuento del hijo blanco nacido en nuestro pueblo grande. Y por eso abrieron sus manos y dijeron que sí, el padre no estaba entre ellos, pero debían hacer algo por aquel niño que por aquel entonces era bebé. Entonces dieron pescado, dieron sal, jabones, cerillas, cigarrillos, ropa para el niño-bebé y para otros niños, gasóleo para alumbrar la casa por las noches oscuras y muchas cosas de comer que tenían en aquel barco para mantenerse durante meses ale-

jados de su nación. También dieron anzuelos y nilón, que hacía mucha falta desde que el barco del lugar donde estaban nuestros padres dejó de venir a nuestra isla. Y cogieron al niño en brazos y bailaron con él, alegres, recordaron al padre, que no pudo, por sus razones, estar entre ellos. Y como lo recordaron, dijeron que aquel niño de ellos se llamaría Luis Mari.

Bajaron a tierra, vieron la casa de todos los que eran los hermanos de aquel niño suyo y se convencieron de que debían hacer más por él. Pero con aquel trabajo de ir por los mares y costas ajenas robando pescado, no tenían mucho tiempo para pensar en la crianza de un niño que no podría tener un padre concreto, y que sepan lo que pudo haber pasado en aquel barco. Entonces aquel barco con bandera de nación amiga cumplió con su obligación y se despidió. Tenía las bodegas llenas hasta arriba del pescado que cogieron en nuestras costas. Los hombres que iban al barco a ejercer de mendigos pudieron de ello dar fe. Adiós isla de mar de Atlante, adiós Luis Mari. Cuñada, adiós. Si dentro de un tiempo exacto volvemos aquí a robar vuestro pescado, nos alegraremos de ver crecido al niño, y con vida a la madre. Pero viendo lo que hemos visto, no nos sorprendería que nos dijeran que había ido a llenar el cementerio, del que no parece que hubiera ya un trozo de tierra sin ocupar. Verdaderamente en esta isla son muy pocos los habitantes para que tuvieran necesidad de ampliar el cementerio. Adiós.

Pasaron los meses y volvieron todos a su situación anterior. Ya los habitantes que no estuvieron tan relacionados con los blancos de los barcos quedaron como estaban antes, con las manos largas para pedir. En toda la isla lo primero que dejaba de haber era el tabaco, los cigarrillos. Pronto los hombres volvieron a su estado anterior, a

fumar hojas de papaya, o a recorrer las calles con sus atados de pescado en busca de un pitillo o de media hoja de tabaco, que si lo tuviera alguna mujer, lo tendría lo guardaría como oro, oro verdadero. Y por eso a la hoja del tabaco lo llamaban su «marido». El tabaco era el marido de las mujeres que no los tenían de carne y hueso. Y el tabaco en todas sus formas, en formas de hojas que las mujeres molían para hacer rapé. A la molienda le añadían el polvo de una piedra que solamente podían conocer las que tenían la necesidad de esnifar aquella cosa. Ya dijimos que las viejas lo metían en sus oquedades dentarias, y yo no sabría decir para qué. El tabaco en todas sus formas era el marido de las mujeres porque con ello conseguían lo que no podrían siendo solteras. El tabaco lo tenían guardado en un viejo arcón, y cuando había alguna necesidad, recurrían a él. Y cuando las necesidades de los hombres eran más fuertes que cualquier otra, salían con sus atados de pescado y lo ofrecían por tabaco, poniendo en ello los gritos necesarios: ¡Pescado, tabaco!, ¡pescado tabaco! Si lo que necesitaban fuera aceite, ¡pescado, aceite!, ¡pescado aceite! Con aquel 'marido' dentro del viejo arcón, las mujeres solteras podían hacer tratos para satisfacer sus necesidades: que si necesitaban de un hombre que les desbrozara alguna porción de terreno para cultivar, que si necesitaban un hombre que fuera a transportar toda la carga que tenían en la pedregosa playa del poblado del sur, que si necesitaban un hombre que las transportara a ellas y a los pequeños que tuvieran a cualquiera de los poblados, que si necesitaba que un vinatero les diera una garrafa de vino de palma para el convite de una misa de difuntos, etcétera. Me limito aquí con las necesidades que una mujer podía satisfacer teniendo al 'marido' bien guardado en su viejo arcón. Lo que sé es que el tabaco era un seguro

de vida. Aun así, creo que llegó un día en que dejó de haber en toda la isla la brizna más pequeña de tabaco. Y por eso, acuciados por ello, los hombres hacían los atados más grandes, y de ejemplares más coloridos de peces y salían a la calle con la prosa en la punta de la lengua: ¡pescado, tabaco!, ¡pescado, tabaco!, y recorrían las calles enteras, y todo el pueblo entero, y no encontraban nada. Lo único que habría en muchas casas, en los viejos arcones, era el olor, que quedaba prendido de la ropa que estuviera guardada para alguna ocasión solemne. ¡Aah!, olían los fumadores que conocían aquellos arcones viejos y aspiraban para satisfacer aquellas ansias.

El tabaco era un seguro de vida, sí, y creo que verdaderamente era más seguro que tener un marido de carne y hueso. Y era porque el marido aquel pescaría, desbrozaría el terreno, y transportaría a su mujer y a la carga a donde quisieran. Pero en aquel tiempo los maridos no tenían nada más. Si no tenían trozos de tela en sus arcones, si en ellos no tenían tabaco ni cigarrillos, si no tenían jabón ni petróleo, difícilmente podían satisfacer las necesidades de su casa. Además, podían dejar de tener fuerzas para desbrozar una porción pequeña de terreno. Por todo eso les ganaba la partida el tabaco, ah, y el coñac. Nunca entendí aquella historia de aquellos hombres de mi isla que hacían tanto esfuerzo por unos productos de un disfrute tan corto. Podía pasar que en aquella isla no solamente tuviéramos necesidades de tipo material. Que piense cualquiera qué era aquello de pasar todo el día sentado en un cayuco, y sobre un mar agitado, poner el pie en tierra y salir a la calle a buscar tabaco o coñac. Desde entonces creí que el tabaco y el coñac eran las cosas más poderosas que podían conocer los hombres. Haga quien quiera las cuentas de los jovencitos que se abrazan al cigarrillo y al coñac y se dará cuenta de que las perso-

nas más fuertes de sus comunidades hacen esfuerzos sobrehumanos por conseguirlos. Si los hombres que ellos imitarían van tras estas dos cosas, tener acceso a ellas lo más pronto posible es un signo de que progresan bien.

Mi abuelo, la casa, su habitación, aquel corte de pelo que yo creía que se lo arreglaba en la soledad de su habitación. Ya lo pregunté, pero ahora que me acuerdo de él, lo hago otra vez. ¿Qué era aquel corte de pelo? Yo sé que en este mundo hay muchos que hacen promesas o tratos con seres peligrosos, y cuando fracasan, no pueden volver atrás y hacen delante de todo el mundo cosas curiosas. Y es porque en nuestra isla pasábamos penalidades, pero teníamos espejo. Para haber sido un hombre que había sido marino, o incluso capitán de barco, mi abuelo debía de tener un espejo para verse y ver que aquel corte de pelo era excesivamente ridículo. Y pensar que no saldría de casa, sí, pero la gente le veía y sabía o creía que aquel corte de pelo no le sentaba bien. ¿Cómo es posible que aquel hombre con el que fue al cementerio, que era un amigo suyo, no le dijo nada de aquel corte de pelo? ¿Qué se escondían? ¿Qué secretos se guardaban?, ¿en qué cosas ocultas estaban metidos para que una cosa que todo el mundo podía ver y por la que mostrar su disgusto no fuera nada para ellos, unos mayores, incluso viejos? Yo lo digo porque cuando secretamente entramos en su habitación no vimos la justificación de aquella conducta. Y creo que las razones de aquel arreglo capilar no eran tangibles, o materiales, sino de otra índole. Las verdaderas razones de aquel comportamiento no descansaban en causas que nosotros hubiéramos podido ver. Vimos cosas, pero nada que nos pudiese llevar a las razones por las que un adulto tendría rapada la mitad de su cabeza y vivir tan tranquilo, y, lo peor, mantener aquel corte como si fuera el mejor.

Además, ¿por qué lloraba el día del incendio? Lo pregunto ahora que ya no soy un niño, y debo confesar que no nos hizo un favor dejándose escapar las lágrimas delante de nosotros, como si no supiera que reaccionaríamos ante su llanto disimulado. Creo que era un mayor que no sabía ejercer su papel. O que directamente no fuera un mayor, y que todas las personas que lo criaban, o que lo mantenían dándole de comer, pensaban lo mismo que yo. Mi abuela, nuestras madres, incluso los padres que teníamos en aquel lugar que se iba en barco sabían que nuestro abuelo era un niño al que había que cuidar. Además, ¿cuál era la razón por la que no hablaba, teniendo a tantos niños pendientes de lo que pudiera decir? ¿Qué le había pasado de niño para que perdiera la voz? ¿Y que secreta clave conocía la sobrina de mi abuela para que pudiera conversar con él, o darnos la impresión de que salía satisfecha de las charlas con él? Si lo pregunto es porque no lo sé, y ya dije que de lo que vimos en su habitación ya hablaré más tarde, cuando toque hablar otra vez de él.

Pasaron varios días desde que ardiera el pico y estando una tarde en la plaza jugando a las carambolas, sucedió lo que ya dije que había sido la cosa más grave que había ocurrido en nuestra isla de mar atlántico. ¿Dije que estábamos jugando a las carambolas? En nuestra niñez conocimos unas bolas transparentes con unos dibujos en su interior, que podía ser una flor o cualquier otro motivo figurativo, de colores. Eran unas bolas que nos gustaban mucho, y a veces, llevados por la curiosidad, las rompíamos para ver lo que eran aquellos motivos decorativos. La experiencia que tuvimos de que eran unos dibujos que dejaban de existir cuando rompíamos las bolas nos hizo desistir de aquella práctica. Además, romper algo precioso siempre trae un remordimiento, máxime si el resultado no es el

esperado. Con aquellas bolas jugaban los chicos a algo que conocimos como el juego de la carambola. Nos gustaba mucho, y todos los chicos lo sabían jugar. Consistía aquel juego en tirar a dar la bola del niño con que estuvieras jugando, poniendo trabas, ganando ventajas y demostrando habilidades en una jerga especial para aquel juego. Parte de la estrategia de aquel juego consistía en trazar rayas con las manos, y en el suelo, diciendo las posiciones o pasos en aquella jerga. Todos los que lo jugábamos la conocíamos. Pero como faltaba de todo en nuestra isla, pronto dejó de haber de aquellas bolas, que eran de los blancos, y nos quedamos así, sin poder jugar. Pero no podíamos dejar de jugar a las carambolas, y lo remediamos. Entonces había una planta rarísima que tenía unas ramas siempre delgadísimas enrolladas entre sí, de manera que no había ser humano que pudiera pasar entre ellas. En realidad era una planta cuyas ramas no se elevaban, sino que envolvían el ambiente en que crecía el palo, creando una zona infranqueable junto a ella. Y este ambiente infranqueable se acentuaba cuando aquellas ramas envolventes se secaban, siendo la notable particularidad de ellas el hecho de que estuvieran cubiertas de espinas, espinas que pinchan, atraen y agarran a quien tocara las ramas. Todas las ramas delgaditas de aquella planta celosa y abarcante estaban llenas de espinas, de manera que cualquiera que se acercaba a ellas podía verse enredado en las mismas por el vestido, o recibir un pinchazo en el pie por las espinas que se hubieran desprendido y estuvieran en el suelo. Pues aquella planta que no era cualquier cosa tenía unas cápsulas también espinadas que cuando maduraban, tenía en ellas las carambolas de nuestra isla. Eso sí, no eran exactamente redondas como las de los blancos ni tenían motivo decorativo alguno, pero para lo que queríamos,

suplían las auténticas carambolas. Además, con aquella planta teníamos la posibilidad de tener montones de carambolas con que jugar. Bueno, por aquellos montones habías cobrado tu correspondiente rasguño o un buen pinchazo en la planta del pie cuando buscabas bajo aquellas ramas intrincadas, y espinadas. Es una planta que todo el mundo debería ver, sobre todo cuando aquellas ramas se secaban. Una planta que era todo espinas, por cuyas ramas pocos seres vivos de cierto tamaño podían mover con cierta facilidad. Pues en aquellos tiempos venía del mismo lugar donde estaban nuestros padres, o quizá de otro sitio, unos soldados a los que siempre conocimos con el nombre de aquella planta. Así conocíamos a aquellos hombres, que eran negros, nunca aprendieron nuestra lengua ni sabían nadar ni moverse en cayucos, pese a que ya eran mayores. Ya dije que nunca aprendieron nuestra lengua. ¿Pero cómo ellos pueden ejercer bien de soldado en un lugar, en nuestra isla, donde no tenían a nadie, sin hablar nuestra lengua, sin saber nadar ni poder llevar un cayuco? No sé si por eso recibieron el nombre de aquella planta tan espinada y por cuyas ramas no pasaba nada sin tener un recuerdo de ella. Los de nuestra isla tampoco aprendimos su lengua. No hicimos migas con ellos tampoco, y a pesar de no tratarlos mal, lo único que aprendimos de ellos era que cuando abrían la boca para iniciar alguna conversación, o para llamar a alguien, para parar a alguien que pasaba, decían algo que podemos traducir como 'yo digo'. ¿Se lo imagina alguien? No conoces a alguien, nunca hablaste con él, ni siquiera le ves la cara, que puede ser que te da la espalda, y cuando le quieres hablar por primera vez le dices 'yo digo', y aunque no te estuviera mirando. Debíó ser algo muy fuerte para ellos lo de 'yo'. Francamente creo que cualquier persona que lo primero que dijera a alguien

al que no conoce es «yo» no es cualquier persona. Sobre todo si a la persona que quieres hablar no te ve la cara porque no te mira. ¿Aquel hecho pudiera ser la razón por la que ejercían de soldados sin saber nadar, ni pescar ni llevar un cayuco?

Pues aquellos hombres, que a veces se les conocía por la gente de «yo digo», seguían llamándose con el nombre de aquella planta que nos proveía las carambolas con las que jugábamos cuando ocurrió aquella cosa grave en nuestra isla. Estuvimos cerca de la plaza, y no en la plaza misma. Bueno, se jugaba mejor a las carambolas sobre la arena, y la plaza estaba pavimentada. Jugábamos aquella tarde y vimos venir de la parte de arriba de nuestro pueblo grande a una cantidad grande de gente, corriendo y gritando. Pasaron cerca de la plaza y tomaron la dirección de la playa. Podíamos creer que algo grave había ocurrido en la playa o en el *vidjil* que estaba en aquella zona. ¿La mar había vertido sus peces en la costa o vivíamos el varamiento de calamares? Nos levantamos y seguimos a aquella muchedumbre vociferante, y como corría, en un aclaramiento de la misma vimos que algunos de ella llevaban palos, y parecía que estaban enfadados. Podíamos creer que asistíamos al sacrificio de un perro. En realidad, en nuestra isla, y cuando por alguna razón un perro, o perra, merecía ser sacrificado, se le ataba en un árbol y todos los niños que estuvieran cerca lo apedreaban hasta morir. Eran los perros de los que se creía que ya no valían para lo que hacían, que era nada, dicho sin faltar a la verdad. Los perros solamente se utilizaban para cazar gatos asilvestrados, que los cazábamos solamente para aprovecharse de su piel, con la que se hacían tambores que tocábamos para recordar, en aquellos tiempos de necesidades extremas, que éramos de nuestra isla y que teníamos nuestras formas

de tocar, que seguíamos manteniendo nuestra cultura. Al gato se le desollaba y se tiraba la carne, hasta que empezó a haber en nuestra isla gente que comía gatos. Bueno, no gente cualquiera, sino hombres jóvenes que se juntaban y cocinaban el gato en una sociedad constituida aquel mismo día, y que tenía la norma de derramar lágrimas antes de dar cuenta de lo preparado. No se podía comer sin llorar. De la carne de perro no recuerdo que comiera nadie, pero daba una piel más grande, con la que se podía hacer más de un tambor. No está bien que deje este tema sin decir que los que comían gatos lo aprendieron en otros sitios, sitios en los que conocieron a gentes con malas costumbres.

Que aquella turba no era motivada por el sacrificio de un perro lo certificamos cuando vimos que los que corrían con palos eran personas mayores, personas que nunca tomaban parte en el sacrificio de los perros, y que llevaban palos, que rara vez se utilizaba para dar muerte al defenestrado animal. Pues no sabíamos lo que era, pero ahí fuimos a correr tras la muchedumbre. Toda esa muchedumbre paró alrededor del *vidjil*, esperó un tiempo y luego el principal motivo de la misma salió de esta casa de hombres y fue seguido por la enardecida gente armada de palos. Todavía no acertábamos a decir lo que pasaba, pero seguimos corriendo tras aquella gente vociferante. Corrimos como ellos y tras ellos, quizá gritando con ellos y vimos claramente cómo se alzaban aquellos palos que vimos y golpeaban a una persona, que era la que les hacía correr por todo el pueblo grande. ¿Qué era aquello? Por ser niños, no alcanzábamos a ver bien todo aquello, pero veíamos que la persona que estaba tan furiosamente golpeada se caía al suelo, luego lograba levantarse y seguía corriendo sin dejar de recibir los palos de aquella gente.

Bueno, no todos los que corrían tras ella, como yo, golpeábamos, sino que queríamos ser testigos de aquel hecho que nunca había ocurrido en nuestra isla. ¿Qué era aquello? La persona golpeada, que luego pudimos ver que era una mujer, sacó fuerzas de donde nadie sabía y corrió delante de la gente y cruzó todo el pueblo y se dirigió a la Misión. El camino al mismo era empinado, y extraña que estando bajo aquella lluvia de palos aquella mujer hubiera tenido la fuerza de llegar a la puerta de la iglesia. Cuando llegó allá, ya estaba prácticamente desnuda, pues aquella lluvia de palos desgarró sus ropas, o que los que la perseguían tiraban de ellas hasta dejarla como la vimos. Llegó a las puertas de la iglesia y, jadeando, entró en ella. Entonces los que la perseguían tuvieron respeto por la Misión, y porque eran católicos que practicaban, y esperaron con sus palos, jadeando y aprovechando para descansar. Y también descansamos los que atestiguábamos aquella barbaridad. Tardó un rato, los perseguidores estaban expectantes, y salió otra vez, y retomaron aquella inoerable paliza. Sí, no vino tan desnuda como entró, sino que vino ataviada de una sábana que le entregó alguien en el interior de la iglesia. Sábana o mantel, no está claro, pero era una ropa blanca. Con aquella ropa blanca salió de la iglesia para enfrentarse al destino que querían dictar los que la perseguían con tanta saña. Debo decir que en aquel tiempo ya no éramos meros espectadores, sino todos los niños y mujeres que estábamos allí llorábamos, pues estábamos viviendo una cosa que nunca habíamos visto hacer, una cosa horrible.

Corrió aquella mujer con las fuerzas que recuperó en su tiempo dentro de la iglesia y luego cayó al poco tiempo, y fuimos testigos de que no solamente siguió la lluvia de palos de sus perseguidores sino que uno ellos metía su palo

en la desnudez femenina de aquella mujer. Metía sus palos en aquella mujer, y lo removía, como si no fuera suficiente con meterlo. ¿No era aquello una gradación malvada de aquellos hechos que, por sí, no tienen calificación? Meter el palo en la desnudez de una mujer a la que estabais matando. Todos los niños que estuvimos cerca de los hechos lo vimos, y yo estaba cerca, llorando, pero no había dejado de correr para seguir viendo aquella inhumanidad. Las mujeres que habían llegado hasta allá arriba tenían las manos en la cabeza. Con aquellos golpes y estos últimos hechos aquella mujer solamente pudo correr unos pocos metros, al cabo de los cuales volvió a caer para no levantarse más. Ya no tuvo fuerzas. Cuando vimos que ya no se levantaba, fue cuando nos dimos verdadera cuenta de lo que pasaba allí: estaban matando a aquella mujer. Y cuando nos dimos cuenta de eso, los palos no cesaban, supimos que estábamos en una dimensión distinta de la existencia, de nuestras vidas. Y no pudimos vivir la agonía de aquella mujer. Ya no lo quisimos vivir. Nosotros los niños, y las mujeres, no quisimos vivir lo último después de comprender lo que pasaba. Quizás corríamos detrás de aquella comitiva llevados por el morbo de un apaleamiento, sin pensar en aquel final. Y fuimos desbordados. Pero los perseguidores no compartían nuestros sentimientos y siguieron su plan hasta el fin. ¿El fin?

¿Sabe alguien lo que pasó desde el tramo que hay desde la puerta de la iglesia hasta que metieron los palos en su desnudez? Pero aquel infernal acto lo pudo haber llevado a cabo cualquier mujer de aquella gente endemoniaba, o que cualquiera de ellos había jurado que lo iba a hacer, pasara lo que pasara. No se contentaban con golpear, querían ir a más. Actuaba como si dijéramos que le recordaban a aquella mujer que había sido madre. ¿Pero para qué si ya la iban

a matar, o la estaban matando? ¿Qué sentido tenía que se le recordara que había sido madre, o que lo podría ser?

Contaré lo que pasó con el tramo de la iglesia: aquella mujer pensó que se iba a morir y entró a confesarse al Padre cura. No se escapaba de sus perseguidores. Allí lo recibió el padre, al que disgustaría aquella desnudez, y por eso le dio aquella sábana para taparse. Serían las mismas que utilizaban en el altar. Se tapó aquella mujer y fue recibido por el Padre en el confesionario. Primero confesó, después recibió la penitencia y fue absuelta. Luego comulgó y el cura aquel le dijo que podía ir en paz. Me gustaría creer que es lo que pasó, pues vimos salir a aquella mujer y siguió la persecución a la que estaba sometida. Pero siempre pregunté si lo que hizo aquel cura era lo único que podía hacer. ¿Era cierto que no podía hacer más? ¿No podía salir y reprender a aquella multitud y amenazarla con la maldición si pensaban rematar aquel acto? Yo sé que la palabra del Padre siempre ha tenido acogida en nuestra isla. Siempre hubo temor de la maldición entre la gente practicante de nuestra isla. O bien podía obligar a la mujer aquella a seguir dentro de la iglesia hasta que se fueran sus perseguidores. Creo firmemente que si no había sido algo del mismo demonio, aquel cura podía haberlos convencido si hubiera salido a hablar con ellos, a apaciguarlos. Pero la dejó salir otra vez, y a saber a qué se dedicó después de confesarla y darle la comunión. ¿Se dedicó a meditar?, ¿a rezar? ¿A llorar por los pecados de sus fieles? ¿Y qué hubiera pasado si el cura les hubiera dicho que también lo matarían si seguían apaleando a aquella mujer, y se abrazaba a ella? Dudo mucho, pero muchísimo, de que aquellos hombres endemoniados se hubieran atrevido a tocar al Padre. Y si no lo hacían, era la señal de que no estaban endemoniados.

El Padre la dejó en paz y no tuvieron piedad de ella. Ni siquiera el hecho de haberla visto salir de la iglesia ablandó su corazón, y pensaron llegar hasta el final en sus propósitos. Ya dije lo que pasó cuando nos dimos cuenta de que aquellos hombres, y mujeres, y niños, pensaban llegar al final; decidimos no verla. Para muchos no era cualquier cosa. Para ellos era lo que querían, y quizá ya habían jurado que lo llevarían a cabo, pasara lo que pasara. Y endurecieron más su corazón y llegaron hasta el final. ¿Y si hubieran pensado que el Padre les había dado el permiso al dejar que aquella mujer volviera bajo sus palos? ¿El final? Estuvieron apaleando a aquella mujer hasta que expiró en sus manos. Una cosa que nunca jamás vimos, o que algún mayor dijera que se había hecho con un isleño conocido. Mataron a aquella mujer.

Una cosa tan grave no puede ocurrir en un día soleado, aunque horas antes de que tuviera lugar hubiera estado luciendo el sol. De hecho, estas cosas ocurren por las tardes, cuando el cielo sin sol se entristece más. Corrieron tras aquella mujer hasta que le dieron muerte, ¡ante los ojos de todos los que cuando se produjo seguían allí! La mataron recorrieron todo el pueblo grande. Entonces aquel mal quedó prendido en todo el pueblo grande, en el espíritu de todos los que estaban en el pueblo. Era la primera vez que ocurría y nadie sabía lo que había que hacer. Dios mío, mataron a aquella mujer, ¡le estuvieron dando palos hasta que pereció en sus manos! Antes de que esto ocurriera, le metieron palos en su desnudez, como si se quisiera hacer algo a cuenta de que hubiera tenido hijos, en realidad hijas. ¿Y sabe alguien quienes eran estas hijas? Las que hacía poco fueron a sus plantaciones y por un accidente hicieron arder el pico. Aquello hecho era un grave accidente, pero tanto los mayores, y quizá también

ellas, sabían que era una grave premonición. Y por eso no lloraron tanto por aquel fuego sino por lo que creían que les podía ocurrir.

Aquella mujer murió y el nefasto sentimiento de los hechos que la llevaron a la muerte se extendió por el pueblo, como si hubiera extendido el mal. Como si se respirara en el ambiente aquel hecho del que no se podía hablar. Era un asunto que se debía hablar en todo el pueblo, pero que no se pudo, al menos aquel día, ni en los inmediatamente sucesivos, por la extensión de la que hemos hablado. Nadie sabía qué decir. Pero con la extensión de aquel espíritu del mal sobre nuestra isla, y todavía sin haber darnos tiempo para asentar aquel hecho en el recuerdo, la muerte extendió esta vez sus alas sobre todo el pueblo, pero afectando a todos. En aquellos tiempos se vivió, durante varias semanas, y meses, la instalación del espíritu de la muerte y del mal sobre la isla del mar de Atlante. En realidad fue un mal que sucedió a otro. El mal primero era, como ya sintieron los que lo vivieron, una premonición de lo que iba a venir. Cualquier persona mayor de nuestro pueblo tenía el presentimiento de que detrás de aquel hecho del que nunca se había tenido noticia en nuestra isla estaba agachado algo que daría mucho dolor, que traería mucha más desgracia. Pero no solamente las personas mayores cualquiera, sino unas personas mayores sobre las que concurrían circunstancias especiales: las que decían que veían el porvenir. Aquellas veían todo. E inmediatamente antes de aquel hecho, salían llorosas a la calle y confesaban que sus «jefes» las golpeaban porque ellas no querían transmitir al pueblo aquel inmediato porvenir, algo grave que iba a suceder. Esto lo contaban las personas mayores que hablaban con mi abuela. Algo iba a pasar, algo iba a pasar, y las mujeres que veían

las cosas del futuro porque hablaban con los difuntos lo tenían que comunicar, pero se resistían. ¡Pero algo grave había pasado ya! ¿Otro?, pensaba yo, preocupado. Pero si lo decían aquellas videntes, iba a pasar, sería infalible. ¡Qué miedo tenía en aquellas fechas! Y sin tiempo todavía para preguntar por las razones por las que aquel tremendo hecho tuvo lugar en nuestra isla, en las razones por las que todo el pueblo asistió a aquella manifestación pública de la presencia del maligno entre nosotros, el aire se hizo denso otra vez y cayó sobre todos lo que se esperaba, pero que no se deseaba. Yo tenía mucho miedo, mucho.

Aquellos hechos empezaron con la muerte fugaz de un hombre que un día antes estaba vivo y fuerte. Se le vio, habló con todo el mundo y al llegar la noche dijo que alguien le acompañara a la playa para evacuar el vientre. Lo dijo a su señora, que era la persona mayor que le podía acompañar a estas horas intempestivas. Y es que el asunto no era levantarse e ir a cualquier punto de la playa, sino a un punto algo alejado de todos los *vidjiles* y de los sitios donde los hombres varaban sus cayucos. Aquel hombre sintió aquella imperante necesidad y salió de casa con su señora. Atravesaron la oscuridad y llegaron al punto de la costa donde la gente de aquella zona del pueblo grande hacía sus necesidades y aquel hombre se bajó los pantalones y se agachó. Transcurrió el tiempo necesario para terminar de satisfacer aquella necesidad y el hombre seguía agachado.

—¿Ya vas terminando? —le preguntó su mujer.

—No —respondió ella, pero la pronunciación de este monosílabo se hizo de manera que la mujer lo oyera distinto, y notó que algo podía estar yendo mal con su marido.

—¿Te pasa algo? —insistió la mujer, que aguardaba a pocos pasos de él.

Pero el hombre no dio otra respuesta que la emisión de una cadena de gemidos indicadores de que algo estaba yendo mal con su evacuación de vientre. ¡Ay!, ¡ay!, ¡aaay! Eran los golpes dolorosos de la evacuación de su vientre, que le arrancaban gemidos. Estaba teniendo retortijones. ¡Ay!, ¡huy!, ¡huy!, y se llevó las manos a la tripa, gesto que su mujer no pudo ver bien, pues estaban en completa oscuridad y la luna llevaba varias semanas escondida. Siguió doliéndose hasta que hizo un gran esfuerzo, se acercó al agua marina que alternadamente recorría sobre la arena traída por las olas e hizo el necesario y mínimo acto de higiene, o sea, se lavó... Bueno, aunque seguía todavía con dolores, pensó que debían volver a casa y empezó a caminar, precedido por su mujer. Doblaron una esquina para tomar la calle que les conduciría a su casa y aquel hombre tuvo otro acceso de dolor que le obligó a pararse, agarrar un palo de la casa cercana a donde estaban y doblarse agarrando el vientre con la otra mano. ¡Aay!, ¡huy!, se dolió. Pero luego tuvo un acceso inaguantable de necesidad e hizo un intento de volver rápidamente a la costa para satisfacerlo, pero solamente llegó a la mitad de la trayectoria necesaria, se aflojó rápidamente los pantalones y se agachó. Aquello era un hecho totalmente inaceptable, y de ello estaban ambos de acuerdo. Y es que no era una conducta exenta de censura que cualquiera hiciera sus necesidades en cualquier punto no habilitado o distinto del acostumbrado, fuera la hora que sea, y pasara lo que pasara. Y, además, que fueran personas mayores. Aquello no se podía aceptar. Por eso, aquella mujer supo que algo grave estaba pasando con su marido. Y lo alcanzó y le preguntó si persistían los retortijones. Pero aquel hombre ya no le podía contestar. Pronto tuvo necesidad de acostarse, y sin lavarse, subió los pantalones y manifestó su dolor. Ya

no podía seguir de pie, o solamente podía hacerlo con mucha dificultad.

—Me estoy muriendo —dijo.

Entonces su mujer le ofreció la espalda y se inclinó para llevarla en ella, pese a su fragilidad. A duras penas llegaron a su casa y tendió al hombre en la cama común. Desde aquella hora empezó a sudar frío y fue atacado por otros accesos imperantes de evacuación intestinal que ya no pudo satisfacer fuera del lugar donde le dejara la señora. Allí mismo, en la angostura de la habitación, tuvo que darle satisfacción. Con todo el ruido que hicieron, los vecinos se enteraron de lo que tenían entre manos y se pusieron al tanto. El recurso al orinal significaba su periódico vaciado, y a ello salió la mujer de casa cuando despuntaba el alba. Las necesidades personales, muy personales, se hacen cuando todo el mundo no ha puesto su pie en la calle. Salió, pues, aquella mujer de casa con el orinal parcialmente tapado, o disimulado bajo el trozo de tela con la que llevaba cubierta la cabeza y la espalda. Vacío el orinal donde se hacía, se acercó a la costa para limpiarlo de los restos de la fisiología de su marido, y al agacharse sintió un suave retortijón, pero del que se repuso pronto. Cuando llegó a casa, encontró a su marido con los ojos en blanco, y hundidos, los labios secos y con un solo hilito de respiración. Ya la cama no tenía un solo lugar seco, de los múltiples accesos diarreicos que tuvo el marido cuando su mujer estaba ausente. Aquella mujer llamó a los vecinos porque sabía, como mayor, lo que podía significar aquellos ojos en blanco. Pocos minutos después aquel hombre ya no tenía nada que decir, o lo tenía, pero ya no lo podía decir. Ya no sabía dónde estaba. Su mujer presintió algo más grave de lo que ahí ocurría y lo llamó para asegurarse de que seguía entre ellos. Pero aquel hombre solamente

hizo un leve gesto de que percibía las llamadas de su querida mujer, que todavía quería estar con ella. Fue su postrer gesto. Varios minutos después estaba tendido en aquella cama, pero ninguno de los que acudieron a aquella casa sabía si seguía en este lado o se había ido al otro. Ya la mujer había mirado el sombrío panorama y había dejado escapar alguna lágrima furtiva. Los vecinos le dijeron que no se alarmara, que quizá había alguna posibilidad. Y algunos de ellos salieron a llamar al cura y al médico. Pero fueron al llamar al médico porque sabían que era el que tendría algo que decir sobre lo que pasaba, aunque sabían que en el hospital de aquella isla no había nada con el que pudieran remediar. O podría haber algún remedio y no fuera útil para su caso. Lo llamaron, vino, vio la cama, miró al enfermo, lo tocó, le abrió los ojos, la boca, y no dijo nada más. O dijo que al hombre aquel lo llevaran al hospital. Quizá tuviera allá algo para los casos de aquella urgencia. Pero con qué había que llevar a aquel hombre que tenía un pie en otro sitio al hospital, si en nuestra isla a los graves se transportaban en cayuco, y luego en la espalda, y aquel hombre ya no se podía sostener en ninguna espalda, y, además, no era un ser de corta de edad. Pero vieron que la vida se le escapaba y llamaron a cuatro hombres, que sostuvieron los extremos de aquella sábana sobre la que yacía y le dieron un paseo por el pueblo del camino al hospital. En aquel camino recibió en su cara los tímidos rayos del sol que iba a brillar aquel día e hizo un intento por abrir los ojos. Lo vieron los que lo trasladaban en aquella sábana en la que había hecho sus necesidades. Y tuvieron cierta esperanza de que su servicio quizá valiera para algo. Y llegaron al hospital. En el camino se cruzaron con el cura, que ya fue avisado de las necesidades espirituales de un hombre que podía abandonar esta vida si

Dios no lo remediaba, y que si no lo hacía, estaba bien que la Providencia le acogiera con los sacramentos postreros administrados. El Padre siguió a la comitiva al hospital y allí mismo hizo la señal de la cruz en la planta del pie de aquel hombre y le ungió con el Santo Óleo. Lo vieron su mujer y los que la acompañaron. También vieron que aquel hombre tenía muy pálidas aquellas plantas que recibieron la santa unción. ¿Pero habían visto muchas plantas del pie para saber que aquellas eran en exceso pálidas?

Pocos minutos después, sobre la vida de aquel hombre ya no había mucho que decir. No expiró como muchos expiran, que arrancan su alma del cuerpo y los que lo viven se dan cuenta de cuando este transcendental momento tiene lugar. Ya no se supo de él estando presente, no siguió vivo, sencillamente. Entonces llamaron al médico y vino a certificar el final de aquel hombre en nuestra isla. Allí mismo le taparon los ojos y colocaron sus manos para que se viera que no las iba a usar para nada más. Habría que llevarlo a casa otra vez y disponer los preparativos para su entierro. El hospital prestó su camilla y se le llevó a casa y se le puso en el único sitio donde cabía en la casa donde había vivido, en la cama. En aquella cama donde tuvo dolores, hizo sus necesidades y agonizó. Ahora tocaba preparar su ataúd. En nuestra isla los ataúdes se hacían con tablas o la madera de cayucos viejos. Y si no hubiera ninguno viejo, que sería un asunto raro, la última cama del muerto se haría de cualquier cayuco que hubiera, aunque todavía sirviera para las funciones para las que los construyen. Y si es del propio muerto, mejor. Creo que esta costumbre de hacer ataúdes con el cayuco del muerto vino de la creencia de que una vez muerto su dueño, no habría función a la que se dedicaría el cayuco que le sobreviviera. No era frecuente, por eso, que nadie

heredara el cayuco de otro que hubiera muerto. La costumbre de nuestro pueblo era, pues, un hombre muerto, un cayuco que también se moría para recibir el peso de la arena que sobre su dueño echarían. En todo caso, no era nuestro pueblo un sitio tan fecundo de árboles para que por cada muerto se cortara un árbol. No habría suficiente árbol para aquel menester.

Hablamos de los cayucos que se rompen para que se conviertan en ataúdes de los muertos, pero ¿qué hay de las mujeres, que nunca en nuestra isla tuvieron cayucos? Pues sus ataúdes se confeccionaban del resto sobrante de los cayucos de otros. Providencialmente había muchos cayucos grandes en la isla, hechos de maderas autóctonas, o de troncos encontrados a la deriva, traídos por corrientes marinas de mares y costas foráneas. Y cuando se envejecían o tenían tantos agujeros que ya no eran útiles para la navegación, se dejaban en la costa boca abajo, y siempre los niños preguntábamos por los servicios que prestaban o por sus dueños. Y era que no sabíamos nada de lo que se hacía en torno a los muertos. Hasta que acabamos aprendiendo.

Hicieron el ataúd de aquel hombre y por la tarde lo fueron a enterrar, con el ceremonial descrito ya antes, de ello hace mucho. Todos los niños por cuya calle pasaba el cortejo fúnebre fueron encerrados en sus casas con las ventanas cerradas, con prohibición de que salieran de ellas hasta que llegaran sus mayores. Se le lloró al hombre, su mujer lloró mucho, sus familiares lloraron. Y se le enterró por fin. Pero al día siguiente su mujer tuvo otro retortijón y creyó que era por haber llorado mucho a su marido, y completamente en ayunas desde que su marido empezara a enfermar. Siguieron los retortijones y por la noche tuvo que pedir que le acompañara alguno de los

parientes que dormían en su casa para esperar la llegada del marido, como es costumbre entre nosotros. Pues duermen allá durante una semana y dicen que al tercer día lo sienten llegar, por el ruido que hace, tocando objetos, incluso. Pero no alcanzó los tres días y la mujer pidió que la acompañaran a la costa, que la necesidad era imperante y dolorosa. No estaba sola en casa y no pudo recurrir al orinal. Fue a la costa y se dolió mucho del vientre, de un vientre en el que no había metido casi nada desde que pasó aquello con su marido, del que ya había enviudado, hecho del que ya tenía signos externos. Por ejemplo, ya tenía cortados los cabellos al rape y estaba vestido de negro. Se dolió mucho, apretó los dientes y con la mano, el vientre y sudó. Dicen que aquel sudor era en sí un sudor del que había que hablar, pues no era un sudor cualquiera. Siguió doliéndose hasta que se levantó y tomó el camino a casa. Luego se acostó otra vez, y en el siguiente acceso doloroso ya no tuvo fuerzas para pedir que nadie le acompañara a ningún sitio. Se metió en la habitación, donde no dormía nadie, pues todos, y ella, lo hacían en el salón, y recurrió al orinal. Ya ni siquiera tuvo el pudor de evitar los gemidos y el salir atropellado de la nada que había en sus intestinos. Por aquellos gemidos sus vecinos se alarmaron y algunas mujeres empezaron a llorar. Vieron que podía ser algo grave, como lo fue con el marido, y buscaron ayuda. Aquella misma hora fueron a tocar la casa del médico, quien se despertó, se vistió y vino con los parientes para decir que se hiciera lo que dijo, pero que no era nada que podía parar el ímpetu que removían con tanto dolor aquellos intestinos. Viendo lo que veía venir, mandó que llevaran a aquella mujer al hospital, aunque a aquellas horas estuviera cerrado porque no era propiamente un hospital donde se atendía a nadie

durante las horas nocturnas. En todo caso, no había en toda la isla nada que dar, por leve que fuera la dolencia de la que se quejara quien fuera.

Pasaron las horas y aquella mujer puso sus ojos en blanco y el alma se arrancó de su cuerpo, ante la incredulidad de los que esperaban que de aquello iba a salir. Lo suyo fue como fulminante. Aquellos familiares pusieron el grito en el cielo y lloraron como si fueran ellos los arrancados de la vida. Aquello no era llanto. Llevaron a casa a aquella mujer, hicieron los arreglos fúnebres al uso y los hombres hicieron el ataúd con los restos de la madera que hicieron el del marido. Luego llamaron al cura y el ceremonial fúnebre se repitió: los curas con el monaguillo con el incensario y las velas, seguido de la gente del ataúd y las mujeres que lloran detrás, de un llanto que ya hemos dicho que no lo era, era algo más.

Enterrada aquella mujer, se cerró la casa en que vivían porque no tenían hijos, o los tenían en otro sitio y nadie había hablado de ellos porque no sabía. A partir de aquellas dos muertes el cielo de la isla se cerró para que dejase de brillar el sol sobre ella. Y la muerte se apoderó de la misma. En los días sucesivos todos los que habían tomado parte en la ayuda dispensada a la primera familia empezaron a morir uno por uno, llevados por los mismos síntomas que vieron u oyeron de los que le precedieron. Entonces en aquella isla no era que se enterrara a algún viejo al cabo de un año, no era que había un entierro cada día. Qué era aquello, la gente se preguntaba. Y el médico también hacía las mismas preguntas y junto con los que sabían las cosas llegaron a la conclusión de que lo amenazaba con acabar con todos los habitantes de la isla era una enfermedad llamada cólera. Pero hasta allí llegó el saber del médico. En toda la isla no había nada que dar, no había en

todo el hospital ninguna estantería con nada que pudiera frenar aquella mortandad.

Aquello tuvo lugar en un mes en que la Iglesia celebraba la muerte de Nuestro Señor. Para aquellas fechas cantaban, antes de la Resurrección, unas canciones de duelo por aquel hecho. Y las mujeres ataviadas de luto abrían sus gargantas y cantaban en nuestra lengua aquello de *le pusieron una corona de espinas, luego le clavaron en la cruz, y luego murió, y le fueron a enterrar para salvar a los pecadores*. Ahora lo digo todo de seguido, pero dicho en nuestra lengua, cantado por las mujeres de nuestra lengua, tenía otro ritmo mortalmente más lento y sabía yo que lo cantaban por lo que pasaba en mi isla y no por lo que había pasado con Cristo. En aquel tiempo yo ya había recibido la primera comunión pero yo no sabía la historia esa de un señor al que pusieron una corona de espinas y luego clavaron en la cruz. Claro, la doctrina cristiana, la 'doctrina', la recibí en una lengua que no era la mía, por ello no entendía nada de lo que tuve que aprender para recibir la primera comunión. Yo sabía que aquello de la doctrina era lo que debía saber de memoria para hacer la primera comunión. «Y padeció y padeció, y fue clavado en la cruz» Dios mío, nos vamos a acabar, pensaba preocupado, viendo la cantidad de gente que iban a enterrar en aquellas fechas por aquella enfermedad de la que nunca habíamos oído hablar. El cólera. Más tarde el médico y otra gente vio que aquella muerte era contagiosa, de manera que todos los que se declaraban enfermos debían ser apartados de su casa, no pasen su muerte a los demás miembros de la familia. Claro, de la misma manera en que nos encerrábamos en casa cuando tenía lugar un entierro para que el aire del muerto no nos llevara. Cerca de la iglesia había una casa grande, sin habitaciones, como si

hubiera sido ella misma una iglesia, pero sin adornos de ningún tipo, y muchísimo más pequeña. La abrieron y a partir desde que lo decidieron ingresaban en ella a los que se dolían por aquel cólera mortal. Pero como aquello nunca había sido hospital, no había camas en él, y por eso todos que se sabía que iban a morir en los siguientes días eran acostados en el suelo mismo, tapados con las sábanas o telas con las que vinieran de casa. Como en la isla no había nada que dar, no se les daba nada, salvo lo que creyeran sus familiares que les debían seguir dando para seguir vivos hasta morir sin remedio. Y durante aquel mes, siguieron cantando aquello de *le pusieron una corona de espinas y fue clavado en la cruz*. Pero en mi lengua mencionan los clavos, lo que acentuaba el dolor. En mi lengua se dice «le dieron con clavos en la cruz, y luego murió», y la gente seguía muriéndose y yo sabía que se cantaba aquello por ellos.

Como los niños pequeños no debíamos exponernos al aire de la muerte y teníamos que estar encerrados en casa, durante aquel mes casi pasábamos las horas en casa, encerrados para que no nos tocara aquel aire que nos podía fulminar. Y es que había un muerto al día, y no era raro el día en que se enterraba a uno por la mañana y a otro por la tarde. Y cada ataúd era un cayuco menos en la flota pesquera de nuestra isla. De aquella sala de aislamiento que había cerca de la iglesia salía a diario un cuerpo de hombre o mujer sobre el que echaban una sábana o un trozo de tela. Era la señal de que no volvería a ver. En aquel sitio nadie lloraba, sacaban el cuerpo como con discreción, con la cara tapada, para que los demás enfermos pudieran creer que quizá era un enfermo grave al que llevaban a otro sitio en busca de la esperanza. Allí no se conversaba, todo el mundo estaba en silencio, quizá en agonía. No era un

hospital, era un lugar donde se estaba con el aire de la muerte en el cuerpo.

Transcurría el mes y todos los que no se habían muerto temían por sí. En aquel tiempo las cosas digestivas se tomaban muy en serio. Todo el mundo sabía que se empezaba con un pequeño retortijón y se terminaba dentro de ataúdes de maderas flotantes con un montón de tierra encima, después del latín del Padre. Con aquel latín se vivía una cosa que pocas personas querían vivir. El asunto era que los que habían acompañado el cortejo fúnebre, los familiares y toda la gente disponible del pueblo, sabían que después de aquellas canciones-oraciones en latín ya no había más que el descenso al hoyo y el trabajo de las palas para recibir la tierra. Entonces sacaban al público todo el dolor que tenían concentrado en su corazón y le daban el adiós definitivo al ser querido. Subía el llanto de las gargantas y la tierra se estremecía. No era una cosa que cualquiera podía vivir sin estremecerse. Y era la verdadera hora en que las mujeres abrían aquellas gargantas que estaban conectadas con el centro humano de la tristeza y emitían su llanto, pero un llanto del que dije que no lo era. Era otra cosa. Era una cosa que cualquier escucharía como una canción, pero dicha con tanto sentimiento que los corazones de los que lo escuchaban se ablandaban enseguida. Y las mismas mujeres que así lloraban nadaban en un profundo mar de lágrimas y mucosidades. A veces paraban aquel llanto incluso para sonarse, y seguir. Aquello era una cosa que había que mandar parar, para el bien de la gente. Bueno, para mí no era cualquier cosa oír llorar de aquella forma tan profunda. Era desolador oír una cosa así. No había en la vida de la isla un momento más triste que el del inmediatamente después del latín. Pero era como una tristeza exagerada, excesivamente cargada,

como si dijéramos monumental. Los ecos de aquel monumento de tristeza se oían todavía en el camino, camino a la casa de los familiares del muerto para darle el pésame. Y las mujeres sabían que había que llorar así y también se creían en el deber de secundar a cualquiera que estuviera llorando de aquella forma. Era una especie de solidaridad dentro de la tristeza.

Pasaban los días de la *corona de espinas* y nuestro cementerio se llenaba. Y padeció bajo la *cruz*, y echaban tierra sobre alguien, *fue dado con clavos*, y enterraban a otros, hasta que alcanzó dimensiones francamente alarmantes, que ya lo eran antes de que se considerara como tal aquella situación. Como no había absolutamente nada que dar a los enfermos, de la costumbre del pueblo rescataron fórmulas que creían que nos salvaría de aquella mortandad. Que se tomara tal cosa, que se atara al cuerpo tal cuerdecita de tal santo, que se hirvieran las hojas de tal o cual planta, que se pusiera un trapo bendecido en todos los grifos del pueblo grande. Que hicieran algo los sacristanes. Que éstos sacaran a recorrer el pueblo al *Matê Jachín* para disipar la sombra del mal que planeaba sobre el pueblo y que mataba a sus hijos. Todo lo que alguien soñó o creyó que podía ser un remedio contra aquella terrible enfermedad se puso en práctica. Pero lo que más se hizo en aquel tiempo fue dar de beber a los enfermos la decocción de la hoja del guayabo. Alguien lo diría a otro que diría a otro que ya lo había oído de otro que lo oyó de otro hasta que todos supimos que era el remedio óptimo contra el mal que pudo haber despoblado aquella isla del mar atlante. Lo que se demostró con aquel remedio era que *tanjaba* -un verbo nuestro- el vientre, impidiendo aquel río imparabable que dejaba seco al que padeciera la enfermedad, vaciándolo de vida.

Con la corona de espinas de aquel mes hubo familias que enterró a todos sus miembros, quedando el último, que fue enterrado por la caridad. Hombres y mujeres que perdieron a todos sus hijos, ya mayores. Casas en las que a la misma hora tenían en el camposanto de nuestro pueblo dos ataúdes, de dos personas queridas fallecidas el mismo día. Aquello no fue horrible. ¡Fue horrible! De lo que trabajaron los hombres para excavar tantas tumbas no hay nada que decir. Murieron muchas mujeres, murieron muchos niños, murieron muchas niñas y los hombres que no sabían que aquella enfermedad podía con ellos pagaron aquel desconocimiento con su vida. Gente que pescaba, gente que plantaba en sus fincas, hombres experimentados que sabían construir cayucos, niños que ya habían aprendido a nadar fueron dar a la tierra el peso de su vida. «Y padeció, y padeció y cayó bajo el peso de la cruz. Luego le pusieron la corona de espinas y le dieron con clavos...» Yo no sé qué hubiera pasado de haber coincidido en nuestro pueblo grande aquella mortandad con una canción más alegre. O con un tiempo de la Iglesia en el que no había que cantar nada por el que derramáramos lágrimas por su tristeza. Lo que yo pienso es que no se debió seguir cantando aquella cosa que por sí sola la gente se sentía abandonada, dejada de la mano de nadie. Pien sen lo que es que te digan que el mismo Cristo «fue dado con clavos y bajó a los abismos». Cuando lo cantaban, no creíamos que aquel abismo era una cosa que no conocía mos, sino que aquel lúgubre canto se refería a los tantos hermanos que bajamos con nuestras manos a las fosas que cavaron los pocos hombres sanos que quedaron en nues tro pueblo grande, en nuestra isla.

Murieron muchos, y cuando hacemos la lista de la gente que falleció durante aquel mes, debemos contar al

mismo médico, que no tenía para sí remedio que aplicar. En el hospital no había nada, y probablemente no creería en la efectividad de la decocción de la hoja de guayabo. Además, fue él el que daba fe de los tantos enfermos que arrancaron su alma del cuerpo en su presencia, por lo que pudo pensar que aquel remedio casero no era tan efectivo. Además, no fue formado para creer en algo del que no había nada escrito en sus libros. Sí, el mismo médico murió, tocado por el aire de muerte de los que fallecieron ante sus ojos. Luego fueron a la costa y trajeron cualquier cayuco inútil para la navegación y confeccionaron el ataúd. Con su entierro nuestra isla quedó huérfana de un hombre que no tenía en sus manos nada que ofrecer, pero era el primer recurso de los que eran tocados por el mal que había llevado por delante a tanta gente. Y cuando ocurrió, la gente de la isla no creyó que su muerte era uno más, sino que desde que ocurriera del deceso se quedaban solos ante aquel mal que iba camino de diezmar a la pobla ción. Aquella soledad significaba que el mal podía adqui rir un viraje inesperado, pero que no habría nadie que supiese responder al nuevo desafío. Nuestra isla estaba sola ante aquella cosa que tendría nombre, sí, pero de la que nadie había sospechado que conllevaba tal letalidad.

«Adiós madres, hijos adiós, que con vuestra bajada al abismo sepa Dios encontrar los medios para guiaros a su seno o a un lugar donde podáis estar sin sufrir, pues habéis tenido muerte dolorosa» Y quien decía eso, una mujer, se acordaba de que hacía poco había oído el latín del Padre, y con aquel recuerdo abría la garganta para ensayar aquello que no era un canto, algo que hacía temblar los espíritus. Algo que tampoco era un llanto. Y es que ante tanta muerte la mujer no tenía ninguna razón para dejar de llo rar. Lloraba, lloraba, lloraba...

Yo no sabría decir cómo terminó aquella enfermedad. O lo que pasó fue que la gente de nuestra isla ya esperaba que quien fuese decidiese lo que quisiese hacer con ellos. Sabían que por su cuenta no podrían salir de aquel agujero, que era una cosa sobre la que no podían culparse de no hacer nada. De hecho, aquel mal tenía un nombre, cólera, que nunca lo habían oído. Era, pues, algo nuevo. Sé que para combatir el cólera aquel no solamente bebimos el agua de hervir las hojas de guayabo. Sé que los viejos pensaron que aquella gran mortandad estaba siendo causada por algo que vino del mar. Entonces hablaron con los sacristanes y cogieron el Maté Jachín y fueron a dar tres vueltas a la isla en cayuco. Nunca supe lo que era el Maté Jachín, pero a la vez sabía que era el centro de nuestra fuerza, la cosa más auténtica, sagrada y poderosa de nuestra isla. De él sabían, y solamente lo sabían ellos, los sacristanes. Sé que el Maté Jachín era algo envuelto en un paño, algo en el que creí ver la silueta de una cruz. Sé que en torno a la ciencia o creencia de los sacristanes había misterio y miedo. Y por eso pensaba que aquellas canciones de los sacristanes y sus ayudantes tenían mucho poder. Y si la canción de la cruz y la corona de espina de nuestro Salvador abría la bolsa de nuestras lágrimas, la de los sacristanes nos recordaba que sin ellos estaríamos sometidos a la influencia maligna de un poder maléfico que planeaba sobre toda nuestra isla. En aquellos tiempos yo sabía que el mayor peligro que abatiría sobre nuestra isla sería abortada por las oraciones de los sacristanes. Por eso, cuando los veía rezar pensaba que nuestra isla estaba ante el mayor peligro que podía enfrentar, peligros y maquinaciones de un enemigo maligno y poderosísimo. Entonces prefería que nunca se tuviera en mi isla que recurrir a los sacristanes, nunca. ¿Mi temor a los sacristanes podría ser debido a

que no tenía fe, y que mi temor al peligro era mayor que la confianza en los sacristanes para abortarlo? Podía ser, pero debo reconocer que la actividad de los sacristanes me daba miedo; sus canciones me daban miedo.

El paso de aquella hacha aniquiladora dejó exhausto a todo el pueblo. Ciertamente durante aquel mal la gente no podía ir al pueblo del sur a plantar o a recoger la cosecha. Ninguna mujer iba casi a sus plantaciones más allá de la primera cara de la isla, la del pico. Los hombres, en sus tareas pesqueras, no se alejaban casi del pueblo grande. Nadie recogía ni sembraba nada importante. La gente estaba en nuestro pueblo grande esperando que el pesado martillo de aquella muerte pertinaz golpeará sobre cualquiera a la que había tocado en suerte. Entonces en aquel tiempo no se comía, o lo que se tuviera que comer y se metiera en la boca amargaba, pues la gente no paraba de llorar y el amargor es el sabor de las lágrimas. Con el miedo que teníamos los niños sobre lo que pasaba, y pendientes durante todo el día para que nos encerraran en casa porque no nos tocara el aire de los muertos, nos ponían enfrente suculentos trozos de ñame y bananas hervidas, la comida del día en nuestra isla, y lo mirábamos como si fuera algo que desconocíamos. En aquel tiempo no teníamos ganas de comer, viendo, como veíamos, llorar tanto a nuestros mayores. O no solamente llorar, sino verlos desaparecer sin saber a dónde los llevaban, porque en aquel entonces no íbamos a los cementerios. Y, hablando de comer, y no habiendo tanto pescado en aquel tiempo, comíamos menos porque el ñame y la banana serían suculentos, sí, pero a los niños nos gustaba más el pescado. Nos ha gustado de siempre. Por eso intentábamos meter aquel pedazo de ñame en la boca y nos sabía amargo, sobre todo si en una esquina de la casa, o en la

plaza enfrente de la iglesia y allí se les echaba el agua bendita en forma de cruz y eran llevados al cementerio. En aquel tiempo, ya no se perdía tiempo en los enterramientos, pues no se sabía cuándo sería el siguiente. Los niños son los que son enterrados sin cruz. Se ve el túmulo, pequeño montón para recordar que debajo yace un niño sin conciencia de haber sido inocente, un pequeño ser que solamente por los grandes errores de la naturaleza puede abandonar a sus padres.

¿Contamos al doctor aparte? ¿No tenía nombre? ¿Por qué no lo he citado por su nombre? Lo único que sabemos es que en aquellos tiempos era normal que un médico no tuviera cayuco, porque, trabajando de día en el hospital, no tenía tiempo de ir a la pesca. Además, por ser médico, aprendió aquel oficio en otro sitio cuya gente no tenía experiencia en la mar. Entonces sería un isleño que necesitaba que se le iniciara en aquellos asuntos hasta que tuviera su propio cayuco. Y lo que pasaba era que un doctor no necesitaba ir de pesca para comer pescado. Tampoco necesitaba ir al *vidjil*. A la tarde los que sabían que era un hombre ocupado mandaban un atado de pescado a su casa, y lo agradecía con una sonrisa. Todos le saludaban y eso porque era el único que conocía los remedios para los males de su gente. Por eso se le podía permitir que viviera como un extranjero, a costa de la caridad, o de su nombre. Así seguía viviendo hasta que llegó a la isla aquella tremenda ola devoradora de vida y con ella pasó una cosa en aquel sitio donde trabajaba, en su hospital, en el hospital del pueblo grande: cuando supo de lo que podía ser aquella enfermedad, abrió todos los cajones, todas las cajas, los armarios, las vitrinas y no encontró nada que supiera o creyera que pudiera combatir con aquel terrible mal. Siguió buscando, pues la necesidad era imperante,

pero lo único que encontró lo usó a manos llenas. ¿Saben lo que fue?: los enfermos gritaban de aquellos dolorosos retortijones, se revolvían en el suelo y lanzaban sus ayes, que retumbaban en el mar, lejos, en alta mar; sudaban y se sentían morir. Entonces el doctor les fue dando algo para que se olvidaran de dolor, cerrasen sus ojos y se durmieran, se durmieran, se durmieran; y se quedaban así, dormidos. Lo que pasaba era que aquellas pastillas para dormir no paraban el río de agua que fluía del interior de los enfermos llevándose su vida por delante. Entonces, lo que ocurría con ellos era que pasaban a la otra vida sin despertarse del sueño que tuvieron por tomar lo único que había en los armarios y vitrinas de aquel hospital, el hospital de nuestro pueblo grande. Eso se supo cuando todos pudieron hablar de lo que se vivió en la isla. Y lo que se preguntó fue para qué se traería aquellos remedios, y tantos para que por ellos se pudiera dormir a tanta gente que no sabía que se despedía de la vida porque se quedaba sin el agua de sus adentros. Duermes, duermes, y duermes para olvidar que antes del sueño gritaste de dolor, y que tuviste la sensación de que sudar frío era doloroso, algo doloroso. Sigues durmiendo, pero te mojas los pantalones, la camisa, el colchón, toda la otra ropa y te quedas sin fuerzas para levantarte y decirle al médico que sigues con dolores, o que te traigan el orinal. Si te dormías, la persona que te acompañaba te dejaba descansar, o se quedaba en un rincón para llorar por otros que dejaron la isla la tarde anterior.

Y con aquel sueño descansaban en paz para que lo viniera horas después a confirmarlo el padre con un breve latín rezado en la puerta de la iglesia. Allí mismo empezó la tragedia que desencadenó todo aquello. Allí en la puerta de la iglesia fue donde tuvo lugar el hecho premonitorio. Fue cuando aquella mujer salió de su postrer encuentro

con el padre y entregó su vida a los que no tenían piedad ni temor alguno a nadie ni a hacer nada. Aquello estaba teniendo lugar a la luz de todo el mundo y nadie quiso o pudo decir nada. Todo aquello lo vi con mis ojos, pero los cerré cuando me di cuenta de que querían quitarle la vida a aquella mujer. Fue cuando me fui corriendo a casa, después de presenciar la demostración de una salvajada añadida a la inhumanidad cometida: cuando vi los palos en el interior de su órgano femenino. Yo no creo que para apalearse a una mujer necesariamente tienes que meter el palo por allí. Semanas más tarde, si alguien me hubiera dicho que nos moríamos por aquel hecho, le hubiera dado la razón. Hoy sé o puedo decir que aquel hecho y el cólera formaban parte de una misma enfermedad. Algo cuya solución no estaba al alcance de los hombres, algo superior a ellos, algo que los puede dominar. Lamentablemente, en nuestra isla, en la isla del mar de Atlante, hechos tan tremendamente oscuros suelen tener justificaciones, y sus desencadenantes, aparentemente comprensibles. Y es que el haber permanecido tan alejado de todos nos hizo tener formas particulares de sentir. De ver, de pensar.

Nuestra casa estaba en una calle que pasaba por la plaza. Si se siguiera la calle en uno de sus sentidos, el noroeste, el que lo hiciera se encontraría con la mar al final, en la zona playera donde se acude para hacer las necesidades fisiológicas por la noche. Siguiendo el otro sentido, y siempre paralelo a la playa, el que lo hiciera acabaría con sus pasos en el cementerio, torciendo en su tramo final un poquito hacia la derecha. Por eso desde nuestra casa pudimos ver a nuestro abuelo con las manos cruzadas en la espalda caminando hacia el cementerio con aquel amigo suyo. Desde allí se le veía la cabeza y se podía intuir aquel

corte de cabello tan alejado del buen gusto. Nuestra casa daba las espaldas a la mar, y creo que por esto mi abuelo no quería saber nada de la playa ni de la mar. Y, con aquella actitud, tampoco quería saber nada de lo que se traía de ellas. Bueno, el resultado es que muchas veces no teníamos pescado que comer, y en mi isla, ya lo dije, cuando no se tiene pescado, no hierve ninguna olla tapada en el fogón de tres piedras. Y sin haber hervido algo tapado, se pasa una noche mala, o picante, cuando se recurre a un remedio que hoy veo doloroso. De eso también dije algo ya. Y mi casa daba la espalda al mar porque no estaba situada en la calle anterior, la primera a partir de la costa. Aquella calle que no era la mía tenía la misma disposición longitudinal, y en su extremo noroeste había lo mismo, el sitio para las necesidades fisiológicas. Pero antes de llegar a este sitio, aquella calle desembocaba en un sitio abierto que podía haber sido una plaza, pero que no lo era. Allí jugábamos al fútbol algunas tardes, pero era una zona que no me tocaba, por lo que si estaban los que se sentían dueños, no podíamos jugar los que veníamos de un poco lejos. Aquel sitio que no era una plaza ni tampoco un campo de fútbol, aunque pequeño, se inundaba cuando había estado lloviendo mucho sobre nuestra isla. Entonces, y aunque aquel hecho solamente ocurría pocas veces al año, era la razón por la que no había ninguna casa en él. Las inundaciones de aquel sitio eran tan importantes para que se pudiera navegar en cayuco durante las mismas. Como amenazaba con arruinar la vida de las casas o lo había hecho, el agua retenida se soltaba al mar cavando la parte más costera del sitio y abriendo una zanja. Durante mucho tiempo se veía aquella zanja y se tenía la impresión de que era la desembocadura de un río que en la mayor parte de tiempo estaba sin agua. Por aquello de lugar

inundable, cuando las casas de aquel sitio no podían ser de cemento, y suficientemente reforzada en sus cimientos para aislarla del agua, tenían un basamento de cemento que los defendía de aquella eventualidad, aproximadamente un metro de agua navegable que causaría grandes destrozos. Yo he vivido los estragos de la crecida de la Lagunita. Aquel sitio tenía un nombre en nuestra lengua que sonaba así, lagunita.

Cuento con detalle los pormenores de aquella calle que no era la mía y de la Lagunita porque en la misma zona, un poco alejado de mi casa si estuviera situado justamente detrás de ella, y no donde estaba, había una casa que debíamos evitar o pasar ante ella con celeridad. Pero yo siempre lo hice con curiosidad, muchísima curiosidad. Creo que con la habitación de mi abuelo, de la que ya diré más tarde, aquella casa era la que más curiosidad me despertó. Desde mi casa, y siguiendo hacia el cementerio, había una calle que se cruzaba con la nuestra; al final de ella, sitio al que se llega encarando el pico que ardió aquella vez, había otra casa que debíamos evitar o pasar ante ella con celeridad. Esa estaba un poco alejada de la playa y no era un lugar que frecuentaba para que debiera tener cuidado con pasar ante ella, pero cuando alguna vez lo hice, sentí aquella imperiosa curiosidad. Pero era una curiosidad que solamente sentía de día. Si por alguna razón tenía que pasar ante ella de noche, corría si iba solo, situación en la que no creo que me encontré nunca, o me ponía al otro lado de mi acompañante, de manera que fuera él el que se viera expuesto al peligro que viniera de la misma. ¿Qué había en aquellas casas para que nos inspirase tanto peligro y del que nos hacían tantas prevenciones? Pues en ella había una persona mayor, una mujer, en ambos casos, y en otros que no cité porque donde vivían

no tenían referencias notables con mi casa, estaban reclusos por la decisión de la autoridad que mandaba en la isla. Estaban reclusas no por enfermedad, sino que por lo que se sabían de ellas las obligaron a mantenerse siempre dentro de casa. Podían ser viejas, pero todavía podían andar para ir a sus plantaciones y realizar cualquier actividad que permitiera su edad, pero no podían hacerlo por la obligación de la autoridad. Debían permanecer siempre en su casa. Harían sus necesidades en orinales y algún pariente de ellas las iría a echar. Y si vivieran solas, lo harían ellas mismas cuando nadie las viera, que, según se verá, casi de esto se trataba.

Aquellas mujeres mayores vivían, por obligación de la autoridad, dentro de su casa y no se les permitía salir. No podían ir a sus plantaciones y nadie mandaba a sus hijos a sus casas a pedir carbón ardiente para hacer fuego o unas bananas, como es costumbre entre nosotros. Y ella haría eso cuando estuviera en la desesperación, y posiblemente no se le atendería en la casa donde quisiera hacer ejercicio de aquellas costumbres nuestras. Y es que la gente mayor también les tenía miedo. De hecho, fueron los mayores los que convinieron en que se aislara. ¿Por qué?, reiteramos. Pues por sus conocimientos ocultos. Las mujeres como ellas viven como personas normales, pero a cierta hora de la noche empiezan a sentir calor, muchísimo calor, pero tanto para que vieran que si no se remojaban lo pasarían mal. Eso es lo que cuentan los mayores, y algo de verdad habrá en ese contar que ya ha durado lo que ha durado nuestra existencia en la isla. Pues con tanto calor salen secretamente de casa y se encaminan a la playa, a darse un baño. Pero ya hemos dicho que durante la noche no hay ninguna actividad en la playa. Es un sitio oscuro en el que solamente se oye el romper de las olas sobre la arena, un sonido amplifi-

cado porque durante la noche todo está en silencio. Además, en nuestro pueblo raramente una vieja va de día a la playa a bañarse. En realidad no va ninguna mujer que ya tiene edad de casarse. Tampoco es frecuente que vayan a bañarse hombres de la misma situación y condición. ¿Entonces, no es curioso que una mujer mayor saliera de su casa para bañarse a altas horas de la noche? Además, lo que parece que certifica el carácter secreto de aquel baño es que ellas lo realizaban completamente desnudas. Eso sería impensable en cualquier mujer de aquellas edades. ¿Qué les lleva a aquellas horas a semejante sitio solitario, sitio al que no van de día, salvo cuando van a mandar algo al pueblo del sur o a recoger la carga traída del mismo sitio? Pues porque tienen mucho calor, un calor que a medianoche, cuando en realidad ya no hace tanto calor en nuestra isla, se torna insoportable para ellas, que de día iban con la cabeza y parte de la espalda tapadas con una tela para reforzar la propia ropa y abrigarse mejor. Pues se dice que sienten tantísimo calor, y eso lo dicen los mayores, porque han recibido la visita de alguien que no visita a cualquiera, y a aquellas horas. Y por eso son mujeres especiales. El descubrimiento de alguna mujer en la playa dándose un baño es la confirmación de que había recibido aquella noche la visita de alguien especial que trasmite aquel color insoportable. Y como en nuestra isla una cosa de aquel nivel siempre necesita una aclaración y una justificación, supieron que debía de ser alguien poderoso el que las visitaba. Y porque el calor no era cualquier calor. Por eso supieron que era alguien malo, alguien que traía el mal. Alguien, pues, que tenía algo que ver con el Maligno.

Tratando de quien fuera, desde que la descubrieran en la playa dándose un baño sabían que tenía algo que ver

con el Maligno y era una persona que había que evitar. No podía compartir nada con nadie, absolutamente nada. Podían seguir viviendo aquella relación con aquel secreto ser que las visitaba de noche y que aquella relación no trascendiera. Pero era raro. Lo común era que en su cuerpo quedaran siempre los restos de aquel calor maligno y las obligara a hacer cosas. Además, era noticia pública que con aquella visita adquirían poderes que antes no tenían. Y siendo los poderes de una persona que tenía relación con el maligno, pues acababa siendo poderes con que se intentaba hacer el mal. Y por eso se les temía, por eso la autoridad dictamina su reclusión. En realidad eran poderes insólitos. Por ejemplo, si un niño pasaba desnudo delante de la casa de una de aquellas mujeres y estuviera ella sentada delante de su puerta y viera al niño, inmediatamente, y con aquellos poderes, le podía meter en cualquier parte de su cuerpo un trozo de madera que estuviera en el suelo, o un trozo de hierro tirado en la calle misma. Y el niño podía, desde aquel día, empezar a quejarse del costado, o del pecho, o de la espalda, según el sitio donde aquella vieja con poderes alojó el palo, el hierro, la olla, o cualquier cosa que tuviera a mano el niño o niña a la hora de cruzarse con la mujer. En la lengua de la gente de mar de Atlante existía una denominación para aquel hecho, y también el nombre que designaban a las mujeres que estaban afectadas. En la lengua en la que escribo esta parte de la historia de mi isla puedo decir que la podemos llamar bruja, o, mejor, hechicera, aunque por mí solo la llamaría maligna. Pues aquellas mujeres no solamente podían introducir objetos en los niños, sino envenenarlos con comida o matarlos con otro maleficio. Además, y con un método que solamente conocían, podían pasar su condición de malignas a la persona elegida por ellas o tocada por

la mala suerte, de manera que a partir de aquella elección, aquella persona, que siempre ha sido otra mujer, fuera a partir de aquel paso visitada por el ser que les infundía tan insufrible calor. Y así pasaba ella a ser una maligna.

Las personas mayores de mi isla siempre han reconocido a las malignas no solamente por bañarse desnudas a altas horas de la noche y por introducir objetos en los niños con la intención de matarlos, sino por su manera penetrante de mirar. Muchas veces, si no sabían que se las miraba, se les podía descubrir mirando a alguien con una intensidad no acostumbrada. O, si no, se les descubría haciendo cosas que no confesarían o que ninguna persona mayor en su sano juicio podía hacer si sabía que se le veía. Muchas veces eran hechos con fines claramente perversos hacia los demás. Parecía que desde que empezaban a recibir las visitas de aquel ser que les infundía tanto calor se vieran en la constante necesidad de hacer fechorías con la intención de perjudicar al prójimo. Una persona normal, por ejemplo, pero normal, mujer y mayor de edad, no escupiría en el cubo de agua de otra si no fuera su enemiga, y solamente porque creyera que nadie la vería ejecutar acto tan repulsivo. Y aquellas mujeres hacían cosas como ésta, según cuentan las personas mayores. Recuerdo que cuando era niño nos decían que hiciéramos lo posible para evitar a las malignas, pero que si descubrías que una de ellas te miraba de una manera especial, le sostuvieras la mirada, pues si te distraías, te podía introducir cualquier cosa que hubiera cerca y ay de ti. ¿Se imaginan? Que sostuvieras la mirada de una mujer de la que todo el mundo decía que era una maligna, y por ello, peligrosísima. Ahora entiendo muy bien porqué tenían que estar encerradas en su casa. Para que no pudieran mirar de aquella manera tan peligrosa, y para que, no pudiendo resistir la

tentación de meter a distancia un pedrusco o un trozo de hierro en el costado de cualquier niño, no dieran mucho que hablar con las que las acusaran de cualquier cosa. He oído de casos de madres que llevan a sus hijos a la casa de alguna maligna para quitarle del costado la cacerola, la copa de beber agua o cualquier cosa que le hubiera metido y por el que se moría. Sí, lo he oído como si fuera una cosa que puede ocurrir con toda normalidad.

¿Salían de casa las malignas, pese a la prohibición? Sí, salían. Con aquella vida en aquella isla de mar atlante, la mayoría de las cosas importantes se hacían fuera de casa. Por ejemplo, cualquier niño se escaparía a la suya si una de ellas le pidiera que le fuera a coger un cubo de agua al grifo público, una petición que cualquier niño no podía dejar de satisfacer, viniendo de una anciana. Pero con la maligna podía suceder que les llevaras el cubo y después, llevado por el mal que tenía en su interior, te lo metiera en el costado y ay de ti. O que te pidiera que les trajeras un trozo de leña humeante de cualquier casa y al entregárselo, te lo introdujera en el pecho y que te quedas ardiendo del mismo por el fuego interno causado por aquel trozo de leña. O que por agradecerte te diera un trozo de ñame que no debieras comer porque la maldad de sus calores nocturnos le ha inducido a poner en este trozo una gota invisible de su potente veneno, un veneno que solamente ella conoce desde que empezó a sentir los calores aquellos. Por todo esto salían de casa, pese a saber que no eran bien vistas, y a que algunas veces eran el blanco de la ira de los niños, que seguían siendo inocentes, pero a cuyos oídos ya habían llegado las noticias de lo peligrosas que eran las malignas. No hacíamos nada más que lanzarles piedras y escaparnos doblando la esquina para no escuchar sus maldiciones, o lo que dijeran para desearnos lo merecido por nuestra acción.

Ya dije que aquel asunto de las malignas era la cosa a la que tenía más miedo en la isla. Sí tenía curiosidad, pero solamente durante el día, para ver si, aunque con el rabillo del ojo, vería asomarse a la mujer encerrada o solamente la viera mover dentro de la casa para pensar en qué estaría ocupada una persona tan maligna. Pero aquella curiosidad se disipaba por la noche, tiempo en que si tenía que pasar por la calle de alguna de ellas, lo evitaba pasando por otra. Incluso evitaba también las adyacentes. No importaba si con la elección iba a dar un rodeo.

Malignas, que podrían ser ancianas cualquiera, pero son lo que son para meter tanto miedo; tienen mucho calor algunas noches, muchísimo calor, y por eso no lo dudan ni lo piensan dos veces, o lo hacen, pero nadie ajeno a ellas lo sabe, se desnudan y van a la playa, y porque saben que en ella no habrá nadie, y se meten en el agua, en el agua del mar, en la oscuridad, en la estricta soledad. Lo que nadie sabe con certeza, ni siquiera los mayores, es lo que desata tanto calor, qué han estado haciendo antes de ser invadidas por un calor tan extremo, qué es lo que les ha dicho el ser tan caluroso que las ha visitado; de qué han hablado. Se supiera todo esto o no, no se consideraba buena suerte el que cualquier hombre encontrara en pleno baño flagrante a ninguna mujer que hubiera sido sofocada por aquel calor. No era algo deseable. De lo que yo sé, no parece un hecho que pasaba desapercibido por ser cualquier cosa, pues aquel flagrante baño era la señal única de que la isla contaba, a partir de aquel hallazgo, con una maligna más. Y no parecía que les agradaba a las interesadas que todo el mundo supiera que lo eran. Entonces sobre el que había descubierto en concreto a una en flagrante baño nocturno pesaba una amenaza. Aquella nueva maligna, o de antes, pero de la que no sabían que lo era,

haría lo posible para ejercer de tal con quien le podría delatar ante todo el pueblo. Buscaría cualquier oportunidad para tenderle una trampa o para menoscabar su vida. Ser testigo del baño delator era, pues, algo incómodo y peligroso.

Primero vino el triste canto de Nuestro Señor, al que pusieron una corona de espinas, y luego del cual le dieron con clavos y fue muerto tristemente para salvar a los pecadores. En aquel tiempo yo no sabía muy bien quiénes eran los pecadores. Además, en la lengua en la que cantaban aquella canción tan triste, la lengua de mi isla, «pecadores» sonaba igual a «gente», «pueblo», que era lo que entendía en mi niñez inocente que empezaba a aprender todo. Entonces lo que entendía era que aquel hombre que fue dado con clavos murió para salvarnos, a los de la isla. En aquel tiempo sabía que había gente en otros sitios, pero solamente conocía a los de mi isla. Y como teníamos tantas necesidades, aquel hombre murió para salvarnos. Fue dado con clavos y murió para salvarnos de las malignas, de todos los males que pudiera abatir sobre nosotros, de los malos espíritus del mar y de tierra, de todas las enfermedades, de todo mal. ¡Pero si aquel salvador murió! Yo creo que por esto aquella canción era para mí tan triste. Y es que en aquellos tiempos, ya sea porque no la escuchaba entera, ya sea porque no conocía la «doctrina», no conocía aquella promesa de que resucitaría aquel salvador dado con clavos después de aquellos padecimientos atroces. Entonces no podía salvarnos de nada, de ninguno de los males que nos afligían: las malignas, la falta de jabón, petróleo, cerillas, ropa, medicamentos, las terribles enfermedades, la falta de alguien fuerte, alto y con fuerte voz que reprendiera a la gente cuando quería hacer cosas malas en nuestra isla. ¿Veis lo que pasaba con la «doc-

trina»? Me di cuenta después, ya mayor. Y es que cada vez que alguien iba a predicarla a cualquier sitio, empezaba aquella historia de nuevo, desde cero. Nunca contaba la historia desde que aquel salvador saltó aquellas barreras y nos salvó, y que estamos salvados. Todo era desde el principio, antes de los clavos, las espinas, la cruz, la muerte. Entonces los que no se enteraban de la historia y no sabían que aquel señor había resucitado, se quedaban en los pantanos de aquella tristeza dolorosa. Sí, yo conozco un lugar de un pueblo del sur que era pantanoso en extremo. Si yo hubiera sabido que el asunto que contaban no era la muerte del señor aquel sino de su triunfo, entonces todo lo que temíamos no hubiera ocurrido. Pero lo que pasaba era que no podíamos hablar del triunfo de nadie estando en las condiciones en las que estábamos en la isla del mar atlante. Lo que temíamos era no sucumbir, no perdernos, no desaparecer, y con aquellas cuitas nuestras madres cantaban aquella historia de otro señor que lo probable era que hubiera pasado antes por los mismos sufrimientos que nosotros, y que murió. ¿Cómo podemos pensar triunfar sin ningún tipo de ayuda? No sé si la yo dije, si hubiera dependido algo de mí en la isla, en aquellos tiempos no se hubiera cantado aquella canción, aunque no sé si aquella decisión hubiera cambiado en algo nuestra historia. Y era porque todo estaba encadenado, y se sucedía así, en cadena, uno tras otro: primero el pico ardió. Ardió el pico. Luego cometieron aquella maldad con aquella mujer, una cosa que no se puede contar, algo horrible, horrible. Meter el palo en la feminidad de una mujer mayor era un gesto muy grande en nuestra isla. Era una cosa que ni se contaba en una conversación normal. Y es que nadie pensaba que era algo que se debía hacer. Fue así que me di cuenta de que aquello no podía acabar bien. Luego vino la tormenta

de muerte que se abatió sobre nuestra isla. En todo lo que ocurrió, me hubiera gustado escucharle al Padre, oírle hablar. Aquel cura era un hombre respetado, quizá venerado, y por eso lo que pensaba me hubiera interesado. Era, sin embargo, un hombre del que no conocía la lengua que hablaba, y no por ser distinta de la mía, sino que no sabía hablar, no hablaba bien, al menos en lo que no era latín. Aquel latín que desataba los sentimientos de dolor y de pena de las mujeres de mi isla cuando todo estaba listo para meter la caja en el hoyo. Como el Padre era un extranjero, me hubiera gustado oírle en lo que a las razones de los hechos se refería. Creo que los hombres de mi isla a veces preguntaban por qué ocurrían aquellas desgracias tremendas. Y si no lo hicieran, no sacarían a dar tres vueltas a la isla al Maté Jachín. Ahora puedo decir que aquellas vueltas a la isla y por todos los rincones accesibles de la isla era más una pregunta por lo que pasaba en nuestra isla que una respuesta. Y es que morimos así, a montones, nos dolimos como condenados, como si aquellas espinas hubieran estado clavadas en nuestra cabeza, y luego bajamos cajas, muchas cajas a los cientos de hoyos que cavaron los hombres para la despedida final. Yo esta cosa de que los muertos vienen a casa y hacen ruido nunca lo viví. En realidad no sé para qué viene un muerto a casa si no lo hace de verdad. Y si los muertos tuvieran la posibilidad de salvar a un vivo, nos hubieran socorrido en aquel trance doloroso. Además, qué sentido tiene que un muerto te socorra si ya murió y sufres por su muerte y por la posibilidad permanente de la tuya. Lo bueno es que no hubiera muerto y que no estuvieras en peligro.

Por qué ocurren las desgracias. Nunca habrá una respuesta. No la tenían los sacristanes, y en aquel tiempo yo creía que sabían de todo. Nunca habrá una respuesta. Lo

que a veces conocen los hombres es cómo empezó una historia, o el hecho público que desató la maldad de cualquier situación. Hay algunos que se consuelan cuando conocen las primeras causas aparentes. O lo que creían que fue lo que desató cualquier cosa por la que preguntarán todos después. Los hay también que arrugan los labios y fruncen el ceño cuando remontan la historia y llegan a la primera causa aparente. Bueno, en mi isla cuentan cosas que no solamente son para comer y beber. Lo digo por si alguno dijera que no estoy queriendo decir nada.

En la isla de mar atlante la vida empieza desde que el sol asoma su cabeza sobre el horizonte. Cuando esto ocurre, la mayoría de los hombres ya están con el remo en mano, deslizándose sobre las olas. Y también están en el camino de sus plantaciones las mujeres que madrugan, que son muchas. Y lo hacen si van lejos, al sur de la isla, o a la mitad de ella, subiendo montes, cerca de parajes en extremo húmedos y con nubes entre los árboles. En mi isla se decía que si te despertabas con el sol, te aligeraba los pies, o las manos, según si eres hombre, que te debes al remo, o mujer, que debes andar para llegar lejos.

En mi isla los pájaros salen con el sol. No hablamos de los pájaros nocturnos, a los que no se hace mucho caso o a los que se maldice. La vida de la isla del mar atlántico empieza, pues, desde la mañana. Es la hora en la que todos se ven, algunos se saludan, todos esperan que el día les vaya bien. Que la pesca sea abundante, que bajo las plantas de Manioc se encuentre los tubérculos crecidos. Que el racimo de dátiles de palmiste esté ya maduro, que los plátanos estén ya listos para su maduración una vez cortados. Por las mañanas, los que van a la misma zona se ven todos, o se cruzan, y se saludan. Pero algunas veces hay algunas personas a las que no se desea saludar y a las que se evitaría

si se supiera que pasarán por el mismo camino. Y alguna vez una persona podía cambiar sus planes si se había topado en su camino a sus quehaceres con alguna de aquellas personas a las que todos no deseaban saludar. No lo deseaban o lo temían. Fue esto lo que pasó con lo que ya sabemos, aquella cosa horrible, lo peor que nos ha sucedido, la cosa más mala que hemos hecho.

Un señor padre de muchos hijos y conocido de mucha gente salió de su casa por la mañana con la intención de cortar los dátiles maduros de una palmera. Cortar los dátiles de una palmera era un trabajo que solamente sabían hacer los hombres cuando la misma palmera ya no tiene sus ramas junto a la tierra, sino que se ha alejado del suelo. Si esto no había ocurrido todavía, la palmera sería baja y a su fruto podía allegar cualquier mujer. Hay hachas y machetes, y la voluntad de preparar aceite de palma. Aquel señor padre de muchos hijos e hijas salió pronto de casa y no supo bien quién le vio en aquella mañana. Para hacer lo que ya no podían hacer las mujeres de su casa, era una casa llena de gente de todas las edades, necesitaba un aparejo que solamente lo saben confeccionar los hombres, un tejido de varas flexibles con el que se rodeaba la palmera y luego se sujetaban los extremos abiertos de manera que pudiera sostener parte del peso de un hombre suspendido del tronco de aquella, con los pies en las concavidades que previamente, y continuamente a medida que crecía, se hicieron en el tronco de la misma. Es decir, es una cosa que vi hacer, y se enseña a todos los varones a partir de cierta edad; el hombre tenía que meterse entre aquel aparejo circular no perfecto y el tronco de la palmera e hincar sus pies en aquellas concavidades excavadas, dos a dos, y en ascensión simétrica, a lo largo de todo el tronco dicho. Y así avanzaba, apoyado ligeramente en un punto

de aquel círculo. Pero tenía que tener a mano el hacha, pues no subía para demostrar que de niño había aprendido a subirse a las palmeras, sino en busca del palmiste para sus mujeres, todas las que le pudieran pedir aquel favor, o en busca del succulento jugo del interior de las palmeras, el vino de palma. Y es que en la isla del mar atlante la extracción del vino no significaba la muerte de la palmera, sino que para que pasara una sola gota de vino por una garganta, un hombre tenía que demostrar su habilidad con el aparejo aquel, con el hacha, y con sus pies. Pero también con su cuerpo y con sus ojos. Si no hubiésemos estado en una isla en la que no había nada, aquel trabajo de artistas no se estaría haciendo sin alguna protección de los ojos y de la cara, pues era peligroso por lo que podía caer de arriba

Aquel señor salió de casa y llegó a donde tenía que llegar. Vio la palmera, vio el palmiste maduro arriba, y preparó el aparejo, con tranquilidad. Luego hizo la señal abreviada de la cruz y se metió en el círculo no perfecto del aparejo y cerró los ajustes. Luego el niño le entregó el hacha. Nos hemos olvidado del niño, como si hubiese ido solo aquel hombre. No era frecuente. Si no, ¿quién le hubiera enseñado el sitio si raras veces el hombre iba al campo en nuestra isla? ¿Quién se hubiera encargado del transporte de los dátiles una vez desgranado el racimo? Cierto que todo esto lo podía hacer aquel hombre, que cojeaba ligeramente, pero que podía andar. Pero lo más probable es que hubiera ido acompañado de un menor de su casa. Le dieron el hacha, o antes de todo lo tenía sujetado en el cinto, y subió. Allí perdimos la cuenta de lo que hizo, de su vida. No cuentan luego si cortó el racimo o no lo hizo, y si llegó arriba o no, lo que supo todo el pueblo es que aquel hombre de varios hijos e hijas cayó de aquella

palmera y dio con todo su peso en el suelo. Aquel golpe tremendo sacudió sus raíces vitales y si su alma no fue arrancada del cuerpo en aquel instante no le quedaba nada de vida. Dicen que solo vivió lo suficiente para decir algo a la familia. El niño que le acompañaría corrió a casa a buscar ayuda y vino con ella para transportar al moribundo que todavía era el padre de muchos hijos. Y como ya dijo lo que sabía de su vida, expiró. Y todo el mundo se enterró, y fueron a su casa a velarlo, pues no era solamente el padre de varios hijos e hijas, sino uno de los maestros sacristanes de nuestra isla. Con aquella muerte ocurrió como con la del médico: el hombre que conocía el remedio nos dejó a todos huérfanos de sus cuidados. Sí, me acuerdo, era el sacristán mayor. Los otros ya habían muerto, y le pasaron aquella responsabilidad. Entonces no era un hombre cualquiera. Su velorio, 'el lugar de la muerte', como se dice en nuestra lengua, era una cosa de no asistir. Lo digo por lo que se haría o dijera. Sí pasé delante de la casa, y vi a tanta gente, y viví los lamentos, pero no sabría decir que estaba vivo, y solamente herido, o ya muerto. Es que nadie me lo dijo. Pero creo que estaba muerto. El paso por aquella casa fue fugaz, no me tocaba ir por mi edad. Iría para buscar el consuelo de mi abuela, quien, por cosas que sabía hacer tocante al oficio de los sacristanes, estaba allí. Quizá no me enterase de nada porque todo el pueblo estaba allí, y por dos o tres razones: el hombre era importante por ser el sacristán mayor, y porque aquella muerte había sido trágica. Ahora que me doy cuenta, existía una barrera entre mayores y niños tan importante que nunca supe cuál fue el alcance de las heridas de las que murió. Los mayores no nos lo dijeron. Si se rompió la cabeza, los pies y las manos, todo el cuerpo, no lo supimos los niños. Pero no importaba, el hecho fue que

murió. Y fue enterrado, y de su entierro no supe nada porque al cementerio solamente iban los mayores.

Pasaron los días, pocos, y desde donde vivían los muchos familiares de aquel hombre vimos bajar a gente corriendo, algo venía de arriba, de la parte alta de nuestro pueblo grande, a la parte costera. Lo que pasó fue lo que cuentan, y que cuento ahora. Si aquel hombre habló o no, no lo sé, pero dicen que lo hizo. Y lo que dijo, dijeron los mayores, fue lo que vio en el día de su muerte. Entonces la gente de su casa guardó sus últimas palabras en el corazón y esperó que se le enterrara para actuar según aquellas palabras. ¿Qué eran aquellas palabras que debían guardar sus familiares en su corazón? ¿Qué dijo aquel hombre de tantos hijos e hijas antes de que su alma fuera arrancada del cuerpo?

Los sacristanes cantan sus cosas en una lengua que no es la nuestra, y dicen, pues, cosas que no entendemos. Con aquel hombre hubieran cantado durante horas, por ser él quien fue, y me imagino que tomarían las disposiciones para elegir al siguiente sacristán mayor. Su entierro habría sido una ceremonia para no asistir. Con el latín del Padre, el llanto apagaría el rumor de las olas que se rompían en la costa próxima al cementerio. E incluso si fuera de día, se haría de noche enseguida, pues nos sentimos más desvalidos durante la noche, en una isla que no tenía nada que alumbrar para disipar aquella oscuridad eterna. Pero lo que pasaba era que cuando brillaba la luna y alumbraba todo el pueblo nos sentíamos demasiado expuestos, pues mostraba nuestra desvalidez. Yo sentía como si la luna, en su plena luz, mostraba demasiado nuestros esqueletos, nuestros defectos. En realidad la luna alumbraba más que el sol, pues la noche no se hizo para que se viera tanto como veíamos con la luna de nuestra isla. Desde un extremo de la

playa podías ver al que estuviera en el otro. Y como sabías que podía ser cualquier ser con otras intenciones, te sentías intranquilo. Bueno, no estoy diciendo que prefería la oscuridad, pero el plenilunio era aterrador. Mostraba nuestra intimidad a todo el mundo. Sí, la noche es un espacio de tiempo para estar en intimidad, para hacer cosas pequeñas para uno mismo, pero la luna la perturba. Aquellas lunas causaban equívocos. Me acuerdo de lo que pasó con unos chicos mayores de mi familia, pero que vivían en otro sitio, en otra casa. Se levantaron por la madrugada para la cosecha de mangos, en plena luna llena. Ya habían cantado varios gallos y creían que con aquel reloj cantante se orientarían hasta el amanecer, que estaba a la vuelta de la esquina. Se llamaron unos a otros y se pusieron en camino. En mi isla los mangos son abundantes, pero se va a recogerlos por la madrugada para no tener que subirse al árbol. Si ibas el primero llenabas tu cesta recorriendo árbol por árbol. Eran los que se habían soltado de las ramas llevados por su madurez. Pues fueron los chicos y llenaron sus cestas, pero esperaban regresar al amanecer. En la isla todo tenía sus reglas. Si regresaban a esa hora, con el sol asomado sobre la raya del mar azul, se cruzaban en el camino con las mujeres que estuvieran en el camino de sus plantaciones, y se podía producir la escena de una muchachita que se agachaba para que la mujer con la que se había cruzado cogiera de su cesta un puñado de mangos. Aquella mujer podía ser una tía, su madrina, una vecina, la madre de un amigo, y era una descortesía pasar a su lado sin ofrecerle unos mangos si tenías una cesta llena. Los necesitaría para ayudarse a bajar el pedazo de torta de yuca cuando tuviera un descanso en su plantación. Luego ya hará lo que quiera si quiere perder un poco de tiempo para buscarse los suyos si en su plantación hay un árbol de mango.

Aquellos chicos llenaron sus cestas y esperaron a que amaneciera, pero aquel hecho no se producía. ¿Qué había pasado, pues? Que se dejaron engañar por el claror de la luna, creyéndose vivir el amanecer. Cuando se desengañaron, tuvieron que reagruparse, tender en el suelo sus pedazos de tela y dormir para esperar que el sol empezara a dictar sus reglas. Y hacía fresquito, como siempre, aquella noche. Luego tuvieron un susto, pues cuando la luna apagó su claror, la oscuridad se adueñó de aquel bosque y aquello era una experiencia que nunca habían vivido. Estar en el bosque de noche. Nunca habían ido al bosque por la noche, nadie lo hace, y para nada. Por otra parte, y pasado aquel susto, si hubieran regresado a casa antes del alba se hubiera sentido su salida como algo furtivo. Y también su llegada. Y la recogida de mangos no era para tanto, habiendo, además, reglas de cortesía que cumplir. ¿Por qué las mujeres debían perder el tiempo que tenían para recorrer sus plantaciones o trabajar en ellas en buscar mangos si podían recibir unos cuantos de sus hijos? ¿Qué hubieran llevado a la pesca para refrescar la garganta si los hombres no se hubieran cruzado en su camino a la playa con los niños con sus cestas de mangos?

Cuando ocurrieron los hechos del sacristán no era época de mangos, o estaban en flor, por lo que no se cruzó con ningún grupo de niños con sus cestas en la cabeza. Vería a mujeres mayores, a gente que iba a sus plantaciones en busca del sustento del día a día. Pero, por lo que pasó después, se cruzaría con alguien que no tenía buenas intenciones, o alguien que podía tener las intenciones de la persona que dirigía su vida. Fue algo de esto lo que dijo aquel sacristán antes de que su alma fuera arrancada de su cuerpo. Y lo que dijo fue lo que dio lugar al movimiento que se vio, y que partió de la parte arriba de nuestro pue-

blo grande. Y aquello fue que aquel hombre había dicho que, aquella mañana, le siguió una persona con malas intenciones, y fue esta persona la que lo echó de la palmera en la que estaba sujeto, y lo echó de tal manera que fue a dar con su cuerpo en el suelo con el resultado que de todos fue conocido. Entonces, fue esto lo que guardaron en el corazón sus familiares. Aquel día, estaban actuando según lo que tenían guardado en el corazón. Se podía decir que lo que tenían guardado en sus corazones era lo que movía los pies de aquella gente que bajaba de la parte alta a la baja.

Ya eran las horas de la tarde y ya habían aguantado bastante aquella cosa que tenían guardada en su corazón y aquella tarde de aquel día pensaron que había llegado la hora para que todo el mundo supiera lo que era. Bueno, toda la gente de su isla, de nuestra isla. Entonces lo que hicieron como una sola persona fue irse a la casa de aquella mujer del que ya dije que vivía al final de una calle que empezaba desde la costa, se cruzaba con la nuestra y terminaba en la parte alta de nuestro pueblo. Aquella mujer tenía solamente dos hijas, solamente dos, que vivían con un hombre al que conocía bien. Era un hombre que hablaba en voz baja, con una voz de mujer, o casi de mujer, y que a veces hacía ciertos trabajos también de mujer, aunque también pescaba. Todos los niños lo conocíamos porque los mayores debían responder a nuestros saludos cuando los saludábamos. Y así conocimos aquel hombre por su voz de mujer, de niño o de enfermo, y por su andar pausado. Se llamaba Toiñ. Y su voz podía ser la de alguien que tenía más que decir. ¿Por qué hablaba en voz tan baja? ¿De qué tenía miedo. ¿Qué es lo que ocultaba?

Fueron a su casa, supieron dónde estaba su mujer, la llamaron y le recordaron lo que tenían guardado en su

corazón, o no lo hicieron, y empezaron a golpearla con palos. Sus dos hijas quisieron mediar para salvar a su madre, pero fueron apartadas con violencia. La cosa no iba con ellos, no se pongan en medio. Entonces midieron sus fuerzas y vieron que nada podían hacer con aquella cantidad enfurecida de gente con tan malas intenciones. Pero más tarde pensé que hicieron aquello por alguna razón. Aquellas dos hijas eran unas indefensas y no tenían hermanos varones. Y no eran muchas, sino sólo ellas dos. Aquella familia no había tenido hijos varones, hombres fuertes que la pudiera defender. Por eso la familia del sacristán se atrevió a tanto, aparte de lo que tenían guardado en sus corazones, que era lo que les daba la fuerza para hacer lo que hicieron.

Aquella mujer no podía con ellos; sus dos hijas, tampoco, y vieron el camino libre para su maldad. Y empezaron a golpearla desde su casa. Pero aquella mujer no sabría lo que pasaba y salió de casa, bajó la cuesta que separaba la parte de arriba de la parte de abajo de nuestro pueblo grande y alcanzó el llano que conducía hasta la playa. Siguió recibiendo palos por todo el cuerpo, lloraba pidiendo que no la mataran pero lo que tenían sus perseguidores en su corazón era muy fuerte, más fuerte que los ruegos y lamentos de ella. No me matéis, qué he hecho, qué os he hecho. Pero no querían saber nada. Siguieron golpeándola con todas sus fuerzas y en todo el cuerpo, donde alcanzaban. Aquella mujer siguió corriendo, caí al suelo arrojada por los golpes, no era joven, se levantaba y seguía recibiendo palos, ya hacía tiempo que había empezado a sangrar, y perdía equilibrio por ello, pero sus enemigos no dejaban de golpearla. Siguió corriendo con las decrecientes fuerzas y pasó en medio de pueblo y llegó al *vidjil* de su marido, Toiñ. Sabía que aquel era un hombre,

era su marido y la sabría defender. Además, en el *vidjil* siempre hay otros hombres, quienes mediarían, y con la cordura que se espera de los hombres que descansan en el *vidjil*, habría un modo de parar aquel apaleamiento. Llegó al *vidjil*, y lo vio su marido y con aquella voz que tenía para hablar en voz baja y tan despacio, quiso decir algo, conocer lo que pasaba, parar aquel acto brutal; jamás se había vivido algo igual en nuestra isla, y aquellos hombres arremetieron con aquel Toiñ que hablaba como sabíamos y en lo poco que permanecieron allá le rompieron un brazo y estuvieron a punto de llegar a más. Entonces los hombres que había en aquel *vidjil* vieron lo que podía pasar y no dijeron nada ni se interpusieron, sino que expulsaron de su sitio a aquella mujer. No salieron en su defensa. Sí, se refugió en el interior de *vidjil*, buscando la protección de su marido y de los compañeros de él, pero aquellos hombres la expulsaron de allá y se quedó sola ante la maldad de sus perseguidores, totalmente sola. Antes estaba sin sus hijas, luego el marido no la pude defender, pero igualmente fue defenestrada por los hombres del *vidjil*. Aquel hecho le hizo comprender que estaba viviendo su tiempo decisivo y que debía tomar una decisión importante de su vida, una que nadie podía tomar por él. Y que si no lo hacía cuanto antes, aquella lluvia de palos lo impediría sin remedio. Salió de aquel *vidjil* que lo rechazó medio desnuda y dirigió sus pasos llorosos y temblequeantes hacia la parte alta de la zona donde estaba de nuestro pueblo grande, hacia la Misión. Lo que pensaba hacer nadie lo podía hacer por ella y sabía que le quedaba poco tiempo. Sangraba abundantemente y ya no veía bien, pero una cosa le ataba a la vida. Con la poca que le quedaba recorrió el camino que había desde allí hasta la Misión. Cayó varias veces, hecho del que se aprovecharon

sus perseguidores, la familia entera, para seleccionar mejor donde golpear y hacerle más daño. Sangraba abundantemente. Por todos los sitios. Hizo un esfuerzo y llegó a la iglesia y entró en ella. Cuando salió de ella e hicieron aquello con los palos en su desnudez, ya lo conté, vi con claridad que aquello no era una cosa cualquiera. Yo no tenía edad para vivir una cosa así, y creo que nunca en mi vida tendré edad para vivir una inhumanidad como aquella. Le dieron de palos hasta morir, sí, hasta morir, en plena calle, después de recorrer todas las calles de nuestro pueblo grande, después de pasar por el *vidjil* y de ser rechazada, después de haberse metido en la iglesia y confesarse y comulgar. Murió en la calle, después de no haber podido ser salvada ni por sus dos hijas, ni por su marido, aquel Toiñ al que rompieron un brazo, ni por los hombres que había en el *vidjil*. Yo todavía estoy impresionado del hecho de que aquella familia estuvo esperándola en la puerta de la iglesia para acabar de matarla. Sigo impresionado del hecho de que no saliera el cura a defenderla en público, a hablar con aquellos hombres, mujeres y niños poseídos por aquella furia del mal. Lo que no saben los del pueblo, los de nuestra isla es que fue una cosa en la que todos tomaron parte, y no habrá nada en la que podrán tomar parte todos como aquel apaleamiento brutal, pues ocurrió en las calles, en el *vidjil*, en la iglesia, y aquella mujer entregó su alma en plena calle, como si su muerte hubiera sido en un accidente, y por eso no tuvo lugar en una cama de cualquier sitio, casa u hospital. ¡Ah!, ahora veo un poco claro lo que pensaban; los familiares de aquel hombre quisieron que la muerte de aquella mujer se produjera igual que la de su padre, el sacristán, de manera accidental, fuera de una cama. Nunca un pueblo podrá estar tan implicado como con aquel hecho. Porque sí

había tomado parte, aunque creyera que no. Ver es una forma de tomar parte, y nadie podrá decir que no había visto. A lo mejor creía que no había tomado parte porque en el fondo, o decididamente, creía que aquella familia tenía un motivo para hacer lo que hizo. Esto es lo que hicieron, y espero recordarlo, al menos describirlo así por última vez en mi vida:

Fueron con palos a tocar a la puerta de aquella mujer. Estaban sus hijas con ella, y la acusaron. Le dijeron lo que tenían guardado en su corazón y empezaron a golpearla. Lo hicieron con saña, con furia, y quizá habían tenido la intención de liquidar aquel asunto allí mismo, no querían que todo el mundo viera que estaban haciendo aquella cosa que nunca se vio en nuestra isla. Pero aquella mujer no quería morir y salió de aquella casa en la que no había tenido hijos varones ni hijas casadas, pero sí con hijos con hombres con los que no convivían. Salió a buscar la protección de Toiñ, que estaba en el *vidjil*, descansando. Pero cuando llegó al *vidjil* ya sangraba abundantemente, ya había dejado regueros de sangre en la calle por donde corría, perseguida por toda la familia del sacristán mayor. Como un perro que se hubiera soltado del árbol tras las primeras piedras lanzadas por los niños. Lloraba, pedía perdón, clamaba por la clemencia de todos los del pueblo, la de sus perseguidores. Con tantos golpes no sería raro que tuviera ya rotas las manos. Pero todavía podía correr. Si llegó al *vidjil* es porque al menos los golpes no habían inutilizado sus pies. Jadeaba, sudada, sangraba abundantemente. Y entró en un lugar en el que raras veces entran las mujeres. Se veía morir y sabía que su marido Toiñ sabría defenderla. Además, el *vidjil* es un sitio donde se juzgan las cosas importantes de la isla, y estando allí los hombres, que siempre hay gente allí durante el día,

podían preguntar por lo que era aquello, que perseguir a matar a una mujer, o a cualquiera de la isla, era un acto que nunca se había vivido. Y aprovecharía mientras estuvieran preguntado por los hechos para descansar, y limpiarse la cara de la sangre, y palpase la cabeza, y hacer crecer la esperanza de que los hombres convencerían a aquella familia, y que aquel caso se discutiría en mejor ocasión. Como había estado corriendo, seguía sangrando. Pero los hombres no vieron que tenían nada que hacer, y con los primeros golpes que resquebrajaron los huesos de su compañero Toiñ, supieron que aquel asunto era más grave de lo que veían. Y echaron de allá a su mujer, y le dijeron a Toiñ que se encomendara a Dios, que ellos no podían hacer nada. Aunque no se lo dijeran con palabras, lo hicieron con los hechos. Habría que saber qué sentimientos tenían respecto al caso que tenían entre manos. Sangró mucho, pero hizo un grandísimo esfuerzo para coger aquel regalo de amargura que supuso el descubrimiento de la debilidad de Toiñ y el comportamiento cobarde de los hombres de *vidjil*. Creo que en aquel escaparse de la muerte que significó su recorrido por las calles de nuestro pueblo grande, aquel rechazo del *vidjil* constituyó el último trago amargo de su vida. Lo contrario hubiera sido la esperanza más aliviadora. La salvación de la muerte que tenía tras sí. Y luego su rendición. ¿No se puede creer que su marcha a la iglesia era una manera de entregar su vida en quien hubiera en ella? Sí, sé que comulgó después de haber confesado, pero no ignoraba que el cura era un hombre con mucha autoridad en la isla. Alguien con voz. Luego vino lo que ya no pude ver. Siguió sangrando y murió allí, falto de fuerzas. Su alma fue arrancada de aquel cuerpo destrozado por los palos de la gente de la casa del sacristán mayor. El suelo estaba lleno de san-

gre, y sé que no fueron las gentes que la golpeaban las que la llevaron a la casa donde prepararon su entierro. Esta es la diferencia con cuando se mata a un perro porque ya estorba: no le dejan en el suelo para que otro se preocupe de los despojos.

¿Qué es lo que les motivó a hacer lo que hicieron? Ya lo dije. Lo que tenía aquella familia en su corazón, que es lo que oyó del moribundo sacristán. La mañana en la que murió, aquella mujer, esposa de Toiñ, el de hablar bajito y pausado, que era una maligna, salió de su casa y siguió al sacristán aquel; y cuando lo vio subido a la palmera, le hizo caer con las artes malas que aprendió del que visita de noche a las mujeres de su condición. Como maligna que era, cuando todos dormían en su casa y empezaba a sentir aquel sofocante calor, se desnudaba, abría la puerta de su casa y corría a la playa y se daba un chapuzón. Y si ni su marido ni sus dos hijas, aquellas que provocaron el incendio en el pico, se enteraron nunca, ¿cómo podrían tener ellas la culpa de lo que hacía? No se enteraron nunca de que con su madre pasaba aquella cosa tan grave durante la noche. No sabían absolutamente nada. Bueno, no eran malignas, podía ocurrir que no supieran nada. Y posiblemente por ello, no pudieran creer en las razones que daban aquellos miembros de la familia para hacer lo que pretendían hacer cuando se presentaron a su puerta armados de palos. Si no eran malignas, podían decir que no creían que una mujer que no se había subido a la palmera y agarrado al aparejo aquel para tirar abajo al hombre sostenido en él podía causar su accidente. Pero no sabían de lo que era capaz una persona que era visitada por la noche por un desconocido y empezaba a tener calor, mucho calor. ¿Cuándo se desnudaba? ¿Antes de la visita? ¿Después? Para la gente de la familia del sacristán mayor, aquel

hombre fue seguido por aquella maligna, aunque no se la viera en cuerpo, y con sus malas artes propició el accidente de aquel padre de numerosos hijos. Si aquel hombre la hubiera visto antes de subirse a la palmera, no se hubiera subido. Hubiera vuelto a casa y esperar otro día. Pero ni siempre las malignas se dejan ver, y el hombre que estuviera delante, en el camino, podía no volver la mirada para saber que una persona mala le seguía. En nuestra isla cualquier mujer mayor que estuviera seguida por una maligna a cierta distancia se daría cuenta, sentiría la «pesadez» de la espalda y se haría a un lado para darle paso. Esto lo he oído de mi abuela. Iba a una plantación con un nieto delante y sintió que alguien le miraba con mucha intensidad. Entonces miró atrás y vio que venía una mujer que ya estaba en la boca de todos por su sospechosa conducta. Entonces mi abuela se hizo a un lado para darle paso, pero aquella mujer no quiso ponerse delante e hizo como que se apartaba del camino para mear. Estando de pie, elevó la ropa y metió la mano entre ella y soltó el chorro, o es lo que se creyó que hizo. Pero como todo lo que ocurre en el camino a las plantaciones se hace con cortesía, mi abuela no paró para esperarla, sino que siguió andando, con el niño delante. Qué descaró el de aquella mujer. Solamente por aquel hecho se merecía una reprimenda; era verdaderamente sospechosa de ser maligna. Siguieron andando, ella detrás de mi abuela, y siguió la pesadez de la espalda, pero aquella mujer no quería adelantarse. Entonces llegando a una bifurcación, llamó al niño, que iba delante, y derechito al lugar al que sabía que iban y por esto no tomó la desviación. Mi abuela decidió torcer a otro camino en el que no tenía ninguna plantación. Además, por allí no había entrado nunca, y precisamente por lo dicho. Solamente lo hacía para escaparse del acoso de aquella mujer.

Cuando hubo torcido y la mujer aquella siguió recto, y habiendo transcurrido cierto tiempo, ella dijo al niño que dieran la vuelta. Pero sintió muy fuerte el acoso, y creyó que aquella mujer tenía malas intenciones y no quería que nada le estropeará el día; por eso decidió no seguir. Allí mismo tomó la dirección contraria y se dirigió a otra plantación distinta a la que pensaba ir aquella mañana.

Pero los hombres, no acostumbrados a los caminos de las plantaciones y de lo que se puede encontrar en ellos, solamente sentirían la pesadez del aparejo y del hacha, colgados ambos del hombro, y cerca de la espalda.

¿Para qué cuento todo esto? A aquella mujer la enterraron como si no conociera a nadie. Solo unos cuantos hombres cavaron el hoyo, el marido tenía un brazo roto y no podía hacer ningún esfuerzo, y otros dos hicieron el ataúd. Y sufrieron mucho por cargarlo, pues aquellas hermanas no tenían marido para llevarlo en sus hombros. En todo caso, necesitaban otros dos hombres para ser cuatro, el mínimo para llevar a aquella mujer al cementerio, y sin descansar. Lo digo por lo que dicen que pesan los muertos. Aquellos hombres, los que fueran, tendrían siempre el recuerdo de aquel entierro, si salieron bien de aquel trance de ir a enterrar a alguien sin cambiar de hombros o descansar uno. Esto lo imagino, porque sé que no se le enterraría sin ataúd. Pero del resto no sé nada más. Creo que fue enterrada sin que pudiera o quisiera ir la gente a acompañarla, y que aquel Toiñ y sus dos hijas fueron al cementerio como si fueran de visita a una tumba, con sus ropas negras y con la cabeza rapada. Ni en su casa ni en la calle llorarían mucho, era un llanto sentido que hubieran reprimido, pues sabían que nadie les hubiera ayudado a llorar como lo hacen las mujeres, cantando. No hubieran sido acompañadas por nadie, aunque la muerte de su madre

era la más triste de las que se conoce en toda la isla. Y no habría nadie que las acompañara a las hijas porque aquella mujer era una maligna, y cualquiera que llorara por ella en público tenía que encontrar una justificación, aunque para sí misma. *¿Por qué lloras por una maligna que, además, no es de tu familia? ¿Por qué lloras de esta manera? Mira, el pueblo le dio la espalda desde el principio.*

Yo, desde que ocurriera aquella cosa, siempre pensé en ella. Ya dije que me afectó muchísimo, y lo que supuso para mí. Es un hecho que nunca olvidaré y en el que siempre pensaré y haré reflexiones. Siempre tendré alguna opinión sobre ella. Y debo decir que hay opiniones que tuve desde el principio, desde el día mismo de los hechos, y de las que no cambié. Por ejemplo, y aun siendo niño, siempre creí que aquella mujer no podía haber sido culpable del accidente y de la muerte de aquel hombre. Y no por alguna defensa de la mujer o porque crea que las malignas no podían llegar a tanto, o que no eran capaces de hacer lo que se decía o esperaba de ellas. La razón por la que no creía que la culpable había sido aquella mujer era que creía más en el poder de los sacristanes que en el poder y la maldad de las malignas. En aquel tiempo yo no podía pensar que si una maligna había seguido a un sacristán al campo para poner en peligro su vida, aquel podía dejar de descubrirle y defenderse de cualquier trampa que le tendiera. Con el Maté Jachín, la túnica blanca de los sacristanes, aquellas canciones misteriosas y todos los que seguían a los sacristanes, que era toda la isla cuando había un peligro grande, no podía creer que aquel hombre no era capaz de ver con el ojo que tenía detrás de la cabeza que había una maligna detrás de él haciendo cosas malas para que se soltara aquel aparejo o que perdiera un pie y diera con su cuerpo en el suelo. Por eso creía que aquella mujer era ino-

cente, aunque nunca dejé de creer que era una maligna y, por ello, peligrosa. De hecho, yo tenía mucho miedo de pasar por su calle. Por eso, cuando llegaron a nuestros oídos la noticia de la muerte del sacristán y hablaban de que estaba involucrada en ella una maligna, pensé que aquella muerte se debió a que lo siguió secretamente al sitio de la palmera, y cuando lo vio subido a ella, se acercó sigilosamente y con la atronadora voz que puede adoptar una maligna, dio un grito fuerte, lo asustó y así cayó de la palmera y fue a dar con todo su cuerpo en el suelo. Pero luego me enteré que no fue así, que sus artes fueron más silenciosas. Como meter un palo en el costado a un niño, pues así. Entonces no creí que hubiera sido ella.

Yo soy cristiano practicante y no estoy casado con mi mujer por la iglesia solamente porque en la tradición de la gente de mi isla es lo último que hacen un hombre y una mujer. Primero hacen todo lo demás, y después compran el traje de boda y hablan con el padre para las preparaciones. Sigo creyendo en Dios, en mi fe y en la «doctrina». Pero a pesar de todo, y que cualquiera piense lo que quiera, yo no creo que aquella mujer, la maligna de la que estoy hablando, está en el cielo. No ha ido al cielo, no va a ir, si es que todos los elegidos van a ir más tarde, y no inmediatamente después de su muerte. Y esto en lo que creo es más difícil para mí de encontrar las razones y justificaciones. Pero que yo crea así no tiene nada que ver con el hecho de que aquella mujer era una maligna, y porque creo que ninguna maligna puede ir al cielo por su maldad y por las visitas que recibían de noche, no. Es decir, no pienso que no irá al cielo por ser quien es. Y creo que si solo fuera por esto, por ser maligna, no tendría dudas de que no irá al cielo. Nunca tuve dudas de que al cielo no irá ninguna maligna, ninguna. Las verdaderas razones por

las que creo que aquella mujer no tendrá el perdón de Dios, y por esto no está en el cielo, y pese a haberse confesado y comulgado antes de morir, es en la manera en que murió. Aquella mujer murió abandonada por todo el pueblo, nadie la socorrió, corrió desnuda por delante de todos nosotros, estuvo sangrando hasta morir. En la calle. Y no fueron a su entierro. En su vida, aquella mujer solamente comía de sus hijas, y solamente aquellas hijas y su marido podían aceptar alguna comida de ella. Ya sea comida o bebida. Casi no la saluda nadie, ni saludaba a nadie, pues sabía que todos le tenían miedo y se escapaban de ella en cuanto la veían aparecer. Fue golpeada hasta morir, y si no pudo ser salvada por nadie, es porque no la perdonaron. Para que aquella mujer pudiera ir al cielo, tenía que haber tenido el perdón de la isla entera, cosa que no tuvo. Sí, sé que el perdón lo da Dios, a través del cura, pero para que aquella mujer pudiese ir al cielo, debería ir a un lugar donde no estuviésemos nosotros, pues no tuvo nuestro perdón. Podía ir al cielo, pero sola. No puede ir al cielo nadie que se muere con la enemistad de su gente. ¿Donde la van a poner? Deberá estar en un sitio donde no estuvieran los que la condenaron, maltrataron o dejaron de ayudarla, pues no creo que después del juicio habrá alguna ocasión de recobrar la amistad. Porque pienso que aunque en el cielo deje de ser maligna, no fue esta la razón por la que toda nuestra isla actuó con ella de aquella manera en que lo hicieron. Quiero decir que el hecho de que hubiera sido una maligna no justifica la actitud de la gente de mi isla hacia ella. Porque no van a decir que en el cielo van a abrir la boca y reírse con ella, entrar en su casa y comer su comida cuando hicieron aquella cosa grande con ella. Entonces, si esto no se podrá hacer, aquella mujer no puede ir al cielo. Por un bando está toda la gente de la isla.

En este mismo bando está el sacristán mayor, que nosotros no dudábamos de que iba al cielo, por ser quien es. Entonces pensamos que una maligna no puede ir al mismo sitio que un sacristán. Y si en este mundo hay alguien que merece la condenación, este alguien es una maligna. Es decir, yo no pensaba que nosotros, el resto de la gente de la isla, y el sacristán, nos íbamos a condenar donde se salvaría la maligna. Por eso nunca creía que aquella mujer estaba en el cielo, o que la dejarán entrar, y pese a que fue a confesarse y a recibir la comunión.

Yo no sé si tengo esta convicción y estos sentimientos respecto la salvación de la maligna porque desde que ocurrieron aquellos hechos la actitud del Padre que estaba en nuestra isla se quedó grabada en mi corazón. Es decir, que creo que no se salvará la maligna por algo que todavía siento, aunque no me doy cuenta de ello o lo sepa explicar. Que mi creencia es una forma de sufrir por lo que dejó de hacer el Padre, y para decir que no estoy de acuerdo con él, digo que aunque él hubiera confesado y dado la comunión a aquella mujer, ella no irá al cielo. Se puede creer que, en el fondo, es una forma de luchar contra la Misión, o contra la doctrina. Como creo que aquellos hechos me afectaron mucho, es posible que me hubiera ocurrido algo que no pueda controlar. Lo reconozco, pero quiero recordar que he estado pensando que aquellos hechos no se podían resolver como lo hizo el padre. Si allí había algún pecado, la única que estaba afectada del mismo no era la maligna. Y que Dios me perdone, pero si aquella mujer hubiera sido mi madre, hubiera preferido que no se confesara ni comulgara, pero que se salvara de la muerte. Sobre todo de aquella muerte. Para mí no fue cualquier manera de morir. Entonces lo que vi es que el Padre había mirado solamente el hecho de que había una mujer que había que

confesar y dar la comunión, vaya a morir o no, y no mirase la manera en que se iba a morir. Creo, y que Dios me perdona otra vez, que el padre hubiera hecho muchísimo más si hubiera evitado aquella muerte. Y sé que lo podía evitar. Yo lo digo por mí, pues a lo mejor si aquella mujer, y maligna, hubiera muerto sin confesarse y comulgar no me hubiera afectado si su muerte no se hubiera producido de aquella manera. Con aquellos hechos estábamos todos afectados, pero si solamente se trataba del estado del espíritu de aquella mujer, era un asunto suyo. ¿Qué hubiera hecho el cura de ser aquella mujer una hermana suya?, ¿o un hermano? Sí, era un blanco, pero los curas blancos suelen tener hermanos. Lo que se produjo en mi isla aquel día fue un pecado cometido por mucha gente a la vez. Entonces se debió haber resuelto de manera que involucrara a todos. Para mí, el asunto quedó a medio resolver con la confesión de aquella mujer. Digo solamente con la confesión. Cuando una cosa mala ocurre en un pueblo, sus consecuencias negativas quedan esparcidas por el aire, y permanecen hasta que se hace una ceremonia de purificación. Por eso decía que el Padre solamente lo resolvió a medias. Creo que si hubiera estudiado lo que estudian los curas, o si hubiera sido una persona mayor, hubiera discutido con el cura años después. Yo no creo que alguien puede entrar en el cielo si dejó su casa ardiendo, o todo el pueblo en el que vivía quemándose por el fuego que provocaron los que vivían en él. Yo creo que no le dejarían entrar en el cielo.

Cuando la muerte dio una tregua a la gente de mi isla, una amiga de mi abuela vino a mi casa a pedirle que le dé un hijo de su casa para acompañarle al pueblo del sur, pues no quería ir solo. Aquella mujer era pariente lejana de mi

abuela y no había tenido hijos, o los había tenido, pero estaban en el mismo sitio donde estaban los padres de todos los niños de nuestra casa. Por lo visto, en aquel sitio que se iba en barco estaban muchos padres de los niños de mi isla. Pues mi abuela no podía negarle el favor a aquella mujer y me dijo que fuera con ella. Viviría con ella durante los días que estuviéramos en aquel pueblo, la acompañaría a sus plantaciones y tendría con quién hablar. Aunque se aproximaba el tiempo en que muchas familias se trasladaban a los poblados para permanecer unos meses en ellos y así poder plantar o cosechar en las plantaciones, en aquel año las familias no se animaron a hacerlo. Muchos querían quedarse en el pueblo grande para seguir llorando por sus muertos. Por eso el que fuera al poblado solo, sin nadie, no lo pasaría muy bien, sobre todo una mujer. Los bosques estaban solitarios y se respiraba el ambiente de tristeza que se había extendido sobre la isla. Con un ambiente igual, no era poco corriente que hubiera muchos espíritus de difuntos que quisieran manifestarse de cualquier modo. Y cuando ocurría eso, las mujeres no quedaban tranquilas en sus plantaciones. Si oían un ruido o el cantar de aquel pájaro de plumaje rojo y amarillo, intuían que era la manifestación de un difunto y se intranquilizaban. Pero si tuvieran al lado un niño, murmurarían cualquier cosa y quizá tuvieran un recuerdo para una persona suya fallecida, al que reconocen en forma de aquel pájaro de plumaje negro y amarillo, pájaro que, como difunto que era o espíritu de ellos, no se comía en la isla.

Pues así fui un poco disgustado con aquella amiga de mi abuela al pueblo del sur. Había poca gente, pero no era tan solitario como lo pensábamos. Eso sí, la gente no estaba muy agrupada, por lo que había muchos vacíos en

aquel pueblo del sur, vacíos que eran ocupados por la tristeza que todavía estaba extendida sobre la isla. Recorrías el pueblo y veías una casa cerrada, con dos palos cruzados en la puerta de vértice a vértice del marco de la misma. Pasabas aquella casa y veías otra igual, con dos palos en igual disposición, y otra, y otra, y otra. Como por ser de aquel pueblo conocías a los dueños de aquellas casas, de algunas sabías que no se volverían a abrir, o se abrirían años más tarde, pues su dueña había perecido, llevada por la corriente del cólera. En su sitio del cementerio del pueblo grande había ya una †, sin ningún otro dato, pues quienes la hicieron no supieron escribir nada, ni siquiera una fecha. En otra casa que vieras cerrada y con la tranca, veías, afuera, las tres piedras del fogón sobre las que ponían a hervir aquella olla grande que contenía envueltos de banana. Y, bajo los soportales de la casa del tejado de *jambab'u* veías las piedras sobre las que se sentaban cuando estaban en aquel pueblo y las veías de un del color del tiempo, y las señales de que hacía tiempo que nadie se había sentado sobre ellas. Y pasabas otra casa, y otra, y otra, y en la siguiente descubrías la casa de uno que fue amigo tuyo, pero al que no volverás a ver. Te dijeron que murió del cólera y no pudiste, por niño, ir a ver cómo lo enterraban. Y si gritabas en aquel pueblo del sur, escuchabas el eco en otro extremo, como si el vacío te ayudara a propagar la llamada para que pudiera llegar a los que ya no están, pero que podían estar presentes en forma de aquel pajarito de colores negro y amarillo.

Fuimos al poblado del sur con aquella amiga de mi abuela y en aquel poblado coincidí con un chico al que conocía de antes. No éramos muy amigos porque en el pueblo grande no vivía cerca de mi casa. Pero en el pueblo

del sur cualquier compañía era bienvenida. Aquel chico era un poco mayor que yo, y habría ido con su madre al pueblo para lo mismo que nosotros, aunque en su caso la mujer a la que acompañara para evitar aquella soledad no sería la amiga de su abuela. Lo más probable era que su padre estuviera también en aquel lugar en que se iba en barco. Como chicos que éramos, teníamos ganas de hacer lo que hacían los hombres, y cuando lo aprendieron por haber acompañado a los hombres verdaderos: pescar. Pero en aquellos tiempos nadie tenía ningún trozo de nilón en su arca. Si nuestras madres hubieran tenido algo guardado, cuando sabían que íbamos al poblado del sur nos lo hubieran dado, pues sabían que era un lugar con playas, y en aquella soledad alegraba un poco la vida algo de pescado. Como críos que éramos, nadie esperaba que saliéramos a pescar en cayuco. Y no lo esperaban porque en aquel poblado del sur las olas rompían con tanta furia en la playa que no era cualquier cosa salir a la mar. Y, además, donde se rompían las olas no era playa propiamente dicho, sino rocas. Las olas se estrellaban con tanta furia sobre ellas que se diría que se enfadaban por algún motivo, o por la calidad del sitio donde tenían que morir. Por esa razón no era cualquier cosa salir en cayuco de cualquier costa de aquel poblado. Por nuestra edad nos tocaba aproximarnos a las costas elevadas y recortadas y desde los promontorios rocosos echar nuestro anzuelo, vigilantes por las olas que desafiaban el promontorio para que no nos arrastrase al mar. Pero ya dije que no teníamos nada que arrojar para despistar siquiera a los peces. En otros años juntábamos los trozos de hilo de plástico que había en ciertos materiales. Trozo tras trozo, y anudados por manos expertas, conseguíamos los metros necesarios para alcanzar la profundidad en la que estaban los ham-

brientos peces de costa que podíamos cazar con nuestra pericia. Al extremo de aquel frágil sedal atábamos el anzuelo confeccionado con los restos semi oxidados de los somieres de las camas encontradas en el vertedero. Pero pasaron los años y todo aquello dejó de haber. Ni había material hecho de hilos de plástico ni había somier en ningún sitio. Ya ni los mayores, los hombres que debían pescar por obligación, tenían mucho de que echar mano. Entonces en aquel poblado pasábamos hambre de pescado, que lo otro había en las plantaciones de la persona que nos había llevado. Y teníamos que hacer algo. Nos resistíamos a comer yuca sin mojar en agua en la que se había hervido algo con buen olor y sabor. Y nos dolía no poder hacer nada, siendo pequeños hombres. Entonces empezamos a pensar. En aquella isla podíamos ir a cazar cangrejos del río, o podíamos ir a cazar, tirando a dar al vuelo, a algunas aves marinas que había en la costa. Pero la posibilidad de dar en pleno vuelo a alguna de las aves era tan poca que nos hubiera entrado más hambre de pescado si lo hubiéramos intentado. En lo que a cangrejo de río se refería, éramos pocos en aquel poblado y sabíamos que había alguien que echaba piedras a los que estuvieran haciendo cualquier cosa en el río, y no era una persona al que se veía. Entonces, daba un poco de miedo exponerse a lanzamiento de piedras de un desconocido. En las zonas claras de la isla había un tipo de gallinas salvajes de las que nunca oímos que nadie hubiera dado caza a con otro método que no fuera a tiro de escopeta. Bueno, en la isla había otros medios de hervir algo que supliera al pescado, pero no estaba a nuestro alcance. Seguimos así con aquella hambre de pescado y vimos que, cerca de unos montes que se veían desde el poblado, había cierta facilidad de coger con las manos cierta ave

bastante grande, que hace sus nidos en los huecos de los árboles. Aquella ave podía ser un pájaro o lo que fuera, pero tenía cierto parecido con el pato, y a pesar de que tenía sus nidos en el lugar ya dicho, pescaba en el mar, de donde regresaba con peces para alimentar a sus crías. Nos animamos muchos porque a pesar de que era un ave que sabía volar bien, y alto, hacía sus nidos donde encontraba un hueco, solamente que desde el mismo hubiera una pendiente en la que pudiera tomar el vuelo. Al parecer, era un ave que tenía ciertas dificultades para hacerlo. De hecho, era muy difícil que pudiera alzarse desde el suelo, por lo que, una vez cazado, y si se le depositaba en el suelo, era incapaz de escaparse, tal era su torpeza. Otra cosa que nos animó era que, aparte de ser un ave salvaje, no rehuía la cercanía del hombre, de manera que si se le encontraba en su nido, se le apresaba sin que quisiera volar de él. Con aquel pájaro o ave que cazaba en el mar no se necesitaba ni palo, ni piedras ni escopeta, sino un poco de agilidad para trepar por un árbol en que hubiera un hueco y en que se viera la cola sobresaliendo del mismo. Era un ave de color blanco, completamente blanco, y con una cola larga, a veces tan larga como era de largo la misma ave. Lo que hacía diferente aquella cola era que estaba compuesta de una sola pluma, una sola pluma tan larga como la que hemos dicho, blanca, que se veía sobresalir del nido. Ahora que lo pienso, de aquella ave se creía que era muy sensible, tanto para que se cayera al suelo y pudiera ser cazada si se gritara fuerte cuando se la viera acercarse a la tierra. Eso no lo vi cumplir, pero recuerdo los gritos que di con la intención de que aquel pájaro marino que vivía en el bosque acabara en la olla de mi madre con los gritos de mi garganta.

Con todos aquellos pensamientos sobre aquel ave, y con la falta de pescado que pasábamos en el poblado, vimos que nuestras esperanzas estaban en el monte, donde, desde el poblado mismo, se ven volar aquellas aves de una sola pluma en la cola. Y un día en que aquella amiga de mi abuela y la madre de mi amigo tomaron el mismo camino para ir a sus plantaciones, dijimos que aprovecharíamos aquel hecho para explorar el bosque. Acompañaríamos a nuestras respectivas compañeras, madre y abuela prestada, en lo que hubiera que acompañarlas, y en un descanso nos acercaríamos al monte para ver lo que pasaba con nuestros deseos de comer algo distinto a malanga o banana hervidas a secas. Desde nuestras respectivas plantaciones, nos silbaríamos y nos juntaríamos para ir al sitio acordado. Pero para esto, debíamos actuar de manera que no nos echasen en falta. Es decir, como la persona con la que habíamos ido no nos mandaría trabajar, pero ella sí lo haría, aprovecharíamos cuando estuvieran ocupadas para ir a lo nuestro, y regresaríamos justo para poner nuestras cargas sobre la cabeza y acompañarlas a casa. Lo dijimos y nos frotamos las manos de lo que pensábamos hacer, y del resultado que pensábamos tener. En el bosque los chicos solamente pueden comunicarse silbando. Y las mujeres emiten un sonido, un grito agudo, que conocen previamente, que a veces es de una familia, y que todas las mujeres de la misma conocen. Hicimos como dije y cuando nos reunimos, empezamos a subir hacia donde veíamos volar las aves aquellas que despertaban tanto nuestros apetitos. A falta de pescado, gallina silvestre, aves marinas, casi costeras, que debía cazar a tiro de piedra, cangrejo de río u otra fuente de sabor, subíamos aquella cuesta animados por la caza inminente de aquella ave de plumaje largo. No queríamos que

nuestras madres nos echaran en falta, por lo que nos dimos bastante prisa por llegar, y llegamos pronto. Muy pronto nos veíamos cerca de las nubes que creíamos de las altas cumbres, aunque no nos dimos cuenta a la primera. El hecho fue que aquella zona era bastante húmeda, y pensábamos que había estado lloviendo o iba a llover. Pronto vimos las aves llegar a los nidos y salir de ellos, de los árboles que había cerca. Y creíamos que podíamos tener suerte. Era cuestión de que los árboles no fueran demasiado altos para nuestras fuerzas. Miramos y vimos uno que creíamos abordable, en cuyo hueco sobresalía la cola de un bello ejemplar del ave de nuestro deseo. Miramos arriba y decidimos. Iba a subir él, por ser el mayor, y por tener más experiencia. Para dar caza a aquel confiado pájaro marino, bastaba agarrarlo, atar sus alas, o romperlas, y tirarlo al suelo. Entonces mi valiente amigo trepó, trepó, y alcanzó una distancia importante. Entonces emitió un grito. ¿Qué ha pasado?, le pregunté, y exclamó otra vez, y a esta exclamación, siguieron otras, señal de que había pasado algo grave. Después de aquellas exclamaciones y otras señales de que había pasado algo grave, empezó a temblar, incapaz de hacer otro movimiento para seguir subiendo o para bajar. Yo estaba de pie, mirando arriba, incapaz de comprender lo que pasaba. Pero, inmóvil como estaba, me dijo que mirara abajo. Yo no sabía que había otro sitio más abajo que el camino por donde habíamos venido. Pero sin dejar de temblar y lamentándose, me señaló al sitio al que se refería. Di unos pasos hacia adelante y sentí aquel terrible vacío enfrente de mí. Estábamos en la cumbre de uno de los montes más altos de la isla, pero sin saberlo. Lo que pasó fue cuando se subió al árbol fue cuando se dio cuenta de donde estábamos, e inmediatamente se sintió perdido por estar en aquellas alturas. Y es que aquel árbol en el que

estaba subido estaba al borde mismo del precipicio, inclinado sobre el mismo, un hecho en que no nos pudimos dar cuenta debido quizá a nuestra necesidad de pescado, a las nubes, y a nuestra extrema juventud. Desde aquel pueblo del sur no se podía ver aquel precipicio, que estaba en la otra cara de la isla, quizá mejor apreciable desde el otro poblado que estaba al este, o al otro lado. Ah, dije, por eso había tanta humedad. Pero yo sí tenía mi pie en tierra firme y podía echarme para atrás, pero él ya no podía hacer ningún movimiento, aunque lo hacía exageradamente: ya dije que temblaba. La solución era que se bajara, pero una vez visto donde estaba, ya no fue capaz de hacerlo. Y sería mayor que yo, pero era todavía un niño, y se quedó ahí, temblando, y llorando. Entonces, yo, con el miedo en el cuerpo, creí que se iba a caer. Vi también el peligro y me eché para atrás. ¿Tan lejos habíamos llegado? ¿Estábamos al borde del precipicio sin saberlo! No lo podía creer. Como seguía allí temblando, incapaz de mirar abajo porque no aguantaba aquella sensación debajo de él, pensé que algo había que hacer. Entonces le dije que aguantara, que iba a buscar ayuda a las personas que habíamos dejado más abajo. Como mayores, sabrían qué hacer. Bajé sin ver donde pisaba. En realidad solamente puedo decir que corría porque tenía, sigo teniendo, pies. En realidad volaba, y llorando, pues regresaba solo cuando habíamos ido dos, mala señal. Llegué a la plantación de mi abuela prestada y vi en el suelo la que sería mi carga, la que ella había preparado para mí, y que llevaría a casa cargándola en la cabeza. Entonces pensé que si ya tenía preparada mi carga, se había ido a casa o estaba a punto de ir. Recorrí la finca, hice ruido para que supiera que ya estaba allí. Aquella mujer no era mi abuela, así que me pesaba un poco llamarla por su nombre. En nuestra

isla los niños no llamábamos a los mayores por su nombre, salvo que fueran de nuestra familia. Pero si había ido al pueblo del sur con aquella mujer, y estábamos viviendo en la misma casa, hubiera sido igualmente un signo de desconfianza que me refiriera a ella como lo hacíamos con cualquier mujer mayor. Por eso, dudaba, pero seguí dando muestras de que ya había regresado del monte y estaba con ella, y al final apareció. Supo que algo me había pasado en cuanto me vio. Solamente tuvo que dejar lo que tenía entre manos y acercarse con la cara de sorpresa para que le dijera lo que había pasado. Cuando lo hube hecho, puso cara de temor, y dando los gritos convenidos con la madre de mi amigo, la llamó. Como ella estaba lejos, no podía contarle lo que había pasado hasta que se acercara. Aquella mujer, la madre de mi amigo, entendería que aquella llamada era la señal de partida, que ya era la hora de partir. En lo que duró la espera, mi abuela prestada ya no tuvo tranquilidad para finalizar la tarea del día. Aquel hecho trastornó sus planes. Como mujer mayor que era, desde aquella hora empezó a hablar consigo misma y comentaba, en voz baja, lo que suponía para todos lo que había pasado. Estaba preocupada. Pasado cierto tiempo, la madre del amigo apareció. Porque su hijo no había vuelto a su lado en el tiempo próximo a la marcha, y por la llamada de su amiga, intuyó también que algo había pasado. Llegó preocupada, ya no se tuvo que hacer mucho esfuerzo para darle la noticia, pues ya esperaba alguna. Creo que todo aquello pasaba porque en nuestra isla habían pasado muy malas cosas y la gente, los mayores, estaba muy afectada. Pues aquel día les había vuelto a pasar algo malo. Cuando hubo escuchado mi relato de lo que había pasado, y casi sin dejarme terminar, se llevó la mano a la cabeza, poniéndose delante, como si conociera

mejor el camino que habíamos seguido para ir al lugar de los hechos, se puso a andar monte arriba. La seguimos mi abuela prestada y yo, ambas llorando, y llegamos al sitio donde creía que estaba el árbol. Persistía la humedad, y las nubes habían aumentado. Es aquí, dije seguro, enseñándoles el árbol. Y abajo... quise añadir para darles la información del espacio abierto que había a pocos metros de donde estábamos. Yo estaba seguro de que era el sitio, aunque, como no había ahí ninguna señal de que habíamos estado antes, algo que hubiéramos dejado olvidado, una ropa, etc., también lo ponía en duda. ¿Pero acaso teníamos algo que dejar? No fuimos con nada de comida, para decir que hubiéramos dejado restos de ella, como espigas o mondaduras; no teníamos machete para cortar ningún palo, y por estar descalzo, apenas dejamos huellas, por pisar sobre hojas caídas de árboles. Pero estaba seguro de que era allí. El árbol era inconfundible, el precipicio, también. Pero mi amigo ya no estaba ahí. Las dos mujeres me miraron, miré arriba, miré cerca, por si se había bajado del árbol y nos esperaba en las proximidades del lugar de los hechos. Volví a mirar arriba y vi que se acercaba una de aquellas aves a las que fuimos a dar caza; entonces tuve cierta esperanza de que aquella aparición era la confirmación de mis dudas, de que precisamente aquella ave era la que atrajo al chico al árbol aquel, y que no estaba equivocado, incluso, reconocía al ave aquella. Qué importaba que todas las aves de aquella especie fueran iguales entre sí. Mi sentimiento era que aquella ave era la mismísima que vimos cuando llegamos por primera vez en aquel sitio. Entonces, ¿dónde estaba mi amigo? Desde que les dije a las madres que aquel era el sitio, pero que en el mismo no había nadie, comprendieron que lo que temían se había producido. Pero en realidad yo no sabía lo que temían. De

lo único que estábamos todos seguros era que el chico ya no estaba ahí. Repetí todo lo que hice antes para encontrar a mi amigo, y luego me resigné. Y dejé que ellas llevaran el peso del asunto aquel. Se llevaron la mano a la cabeza, y antes de romper en franco lloro, la madre del chico lo llamó con la manera en que se hace en su familia cuando están en el bosque, pero no hubo respuesta a su *juubuhuhu-huuuuuuu...!* Lo repitió dirigiendo el grito hacia el precipicio. El chico no estaba ahí. No estaba cerca. Y creímos que no estaba porque no había contestado. Habíamos tenido, pues, una desgracia. Lo más probable era que se había caído del árbol y había dado con su cuerpo en el suelo o sobre cualquier árbol que había en aquel barranco. Y podía haberse hecho daño si había caído sobre las ramas de alguno de aquellos árboles. Si había dado con su cuerpo en el suelo, su alma podría verse arrancada del cuerpo. Era el temor de las dos mujeres, era nuestro temor. Y nos abandonamos a nuestra pena. Pero antes había que ir al pueblo del sur, y confirmar que aquel hijo no había vuelto a casa por otro camino. Si no aparecía en lo que durase cierto tiempo de espera, había que coger las cosas e ir al pueblo grande. La desaparición de un hombre, niño o mujer no era una noticia que se podía desconocer en el pueblo grande. Una mala noticia para cualquier familia era una mala noticia para toda la isla, y debía ser difundida en el pueblo grande para que todos la conocieran y sufrieran por ella.

Pusimos en nuestra cabeza nuestra carga y nos encaminamos a aquel pueblo del sur al que habíamos ido en busca de alimento. Con lo que nos había pasado con la desaparición del hijo de la amiga de mi abuela prestada, las cosas habían cambiado y pronto nos pondríamos en camino para ir al pueblo grande. Allí se decidiría si se for-

maría una expedición para ir en busca del chico, y también se decidiría si iba a ser una expedición simple o no. Y es que en aquella isla de mar atlante hay búsquedas que fracasan si en ellas están metidas gentes corrientes. Si se volviera al sitio donde lo vimos por última vez y se supiera que como resultado de la caída desde aquel árbol había dado con su cuerpo en el suelo y su alma inocente se había arrancado del cuerpo, entonces en el mismo sitio en que se encontrara aquel cuerpo destrozado se pondría una †. Y en aquel sitio esta cruz se vería siempre, para que nadie olvidara que en aquel sitio había tantos peligros que en él murió una persona.

Mi amigo y yo fuimos en busca de aquella ave que pescaba en la mar, un ave de cola larga, o compuesta de una sola pluma larguísima. Ya hablé del color de aquella ave, y ya dije de sus dificultades para alzarse y tomar el vuelo si no estaba a cierta altura del suelo. Dije algo de las razones que nos llevaron a aquel sitio húmedo y nuboso, aunque no nos diéramos cuenta de ello. Las razones: pasábamos mucha hambre de pescado, y como en las casas en las que dormíamos no había ningún hombre mayor que supiera pescar y no sabíamos, ni podíamos hacerlo, nos vimos obligados al ir al monte para dar caza a un ave que no alzaba el vuelo aunque se aproximara a ella el hombre. Sí tendía a picotear al que lo quisiera coger, pero su picoteo no era tan peligroso para que no se le pudiera coger por el cuello. Pero fuimos al monte por falta de pescado, no hay que olvidarlo. Si en nuestra isla hubiera los medios para que nosotros hubiéramos podido lanzar al mar el extremo de un trozo de nilón al que hemos enganchado un anzuelo fabricado con cualquier tipo de alambre delgado, no nos hubiéramos visto obligados a ir a monte a poner en peligro nuestra vida. Lo que hubiera sido nuestro quehacer en

aquel pueblo del sur era acompañar a las madres a sus plantaciones para que no estuvieran solas. Regresar con ellas hacia el mediodía y dejar nuestras cargas enfrente de la casa, y tomar el camino de la costa más próxima. De la misma costa regresaríamos al cabo de las tres horas, pero cada uno de nosotros con su atado de pescado. Yo conozco bien las costas de aquella parte de la isla, y sé que estaban llenas de peces hambrientos. Incluso, no yo conozco ninguna costa de mi isla que no estuviera llena de peces. Y creo que este mismo hecho nos dolía más, hacía que nuestra hambre de pescado nos doliera más. Pensábamos que los peces se veían a simple vista, y no teníamos nada que llevarnos a la boca. O lo teníamos, pero que no era lo único que queríamos llevar a ella. En aquel poblado del sur lo que más abundaba era el tubérculo de yuca, con el que se hacía una torta redonda y blanca. Pues esta torta se come mejor mojándolo en un plato en que hubiera un trozo de pescado y la salsa en que se ha preparado el pescado. Entonces se ablanda la torta de yuca y... Creo que de eso ya hablé. Sí, cuando no hay pescado no hay nada que hacer. A cierta hora la madre hubiera decidido cerrar la puerta atrancándola por dentro con un palo e iríamos a dormir en aquel colchón ruidoso de hojas secas de banano. Seguiríamos con hambre de pescado, tendríamos la torta de yuca y estaríamos en la oscuridad. En aquellos tiempos no había nadie que tenía petróleo con que alumbrarse en el poblado del sur. Y si alguien hubiera tenido un poco, sería para alumbrar la casa del pueblo grande durante unas horas de la noche. Entonces estaríamos en aquella oscuridad con nuestros pedazos de torta de yuca en la mano hasta que nos vencía el sueño. En aquel tiempo todos los niños dormían de un tirón. Dormían de un tirón tanto los que orinaban en la cama como los que ya no lo

hacían. Antes de dormir ya orinábamos afuera, a dos pasos de la puerta. En el pueblo no había nada que diera luz, y creo que nadie, como yo, quería que hubiera luna, de estas lunas llenas de mi isla que brillaban tanto. Y es porque nos dejaba a descubierto. Yo era incapaz de salir solo a ninguna parte con aquellas lunas brillantes. Y es que sabía que cualquier cosa mala me podía ver desde lejos. En aquel pueblo de sur no había ningún tipo de ruido por la noche, salvo el *cricri* de los grillos y una cosa que hacían los murciélagos con su garganta. Rara vez había un gallo en el pueblo del sur cuando no es propiamente temporada de estar en él. Entonces, con este silencio, se oía cómo las olas del mar se rompían contra las rocas. Las costas de aquel lugar eran rocosas, todo era roca en aquellas costas del sur. Entonces se oía como un rumor lejano de algo que se golpeaba contra ellas. Aquello daba su miedo. En realidad cualquier cosa de la noche daba miedo. Y es que antes de la noche has pasado hambre de pescado, y te metiste en la cama en total oscuridad. Entonces no puedes sentirte tranquilo cuando sientes que algo lejano golpea contra las rocas, sacudiendo la isla entera.

Mi abuela prestada, la madre de mi amigo y yo llegamos al pueblo del sur y dimos cuenta del suceso a los pocos habitantes temporales del mismo. Inmediatamente se planteó el problema de si iniciar otra nueva búsqueda en los alrededores del monte, pasar una noche en aquel pueblo e ir al día siguiente al pueblo grande o ir aquel mismo día. De todos los que había en aquel pueblo, unos decían que, con la noche al borde del cielo, se podía iniciar una búsqueda, que nunca sería suficiente lo que se hiciera por el chico, pero con las últimas luces, las rojizas, se volvería al pueblo y ya no habría nada más que hacer, pues ya sería de noche, y sería pesado, pero muy pesado, para la

madre del chico, el pasar la noche sin él; y es que, aunque ella hubiera estado acompañada por la mayoría de la gente de aquel lugar, era precisamente este hecho, esa reunión en su casa, lo que le hubiera entristecido más, pues lo viviría como un velatorio y sentiría por la muerte de su hijo, un hecho del que nadie estaba nada seguro. Y aquella noche hubiera sido una mala noche para ella, con este mal sentimiento en su corazón. Además, no estaba en el pueblo grande, donde hubiera encontrado el consuelo, la comprensión y los ánimos de más gente. Otro grupo de la gente vio que era demasiado tarde para emprender un viaje hasta el pueblo grande, sitio al que se llegaría de noche, hora en que solamente algunos vecinos podrían enterarse de lo ocurrido. Para lo que se quería, pues, era mejor esperar al día siguiente, y con ello la noticia de la desaparición se haría mejor. Ah, estás en un pueblo en el que no tienes nada con que iluminar tu casa, y el hijo que está contigo se perdió en el bosque. Vendrán a hacerte compañía todas las mujeres del pueblo, pero no podréis decir nada, pues no había nada que contar. Estaréis enfrente de la casa hasta que la noche se haya avanzado y os meteréis en casa a dormir todas sobre el montón de hojas secas de banano que habéis traído de vuestra casa. Y todavía nadie sabe en el pueblo grande que algo había pasado. Con todos estos pensamientos, convencieron a aquella mujer que se fuera al siguiente pueblo que había al lado del pueblo del sur. Un pueblo que justamente estaba al otro lado de la montaña sobre la que estaban los chicos. En realidad estos dos pueblos estaban divididos por una cadena de montañas que partía del centro de la isla y se tuerce para separar ambos pueblos. Cada persona que quería ir de uno de los pueblos a otro tenía que subir, cruzar el monte por uno de sus cumbres y empezar a bajar.

Algunos del pueblo del sur, mi abuela prestada y yo partimos con el sol ya casi puesto. Íbamos a acompañar a la madre del hijo para preguntar por si en aquel pueblo sabían algo de un hijo suyo que perdió en el bosque, al borde del precipicio. Llegamos cuando la poca gente que había en aquel pueblo se había encerrado en su casa. Aquella gente tampoco tenía con qué iluminar su casa, y estaba dentro de ella para estar seguros. O no estaba dentro, sino en la puerta, pero, por la oscuridad, no se la podía ver. Y como todos los pocos habitantes de aquel lugar no estaban juntos, no todos supieron de nuestra llegada. Una de las mujeres que nos acompañaban tenía una casa en aquel pueblo; fuimos a ella, quitó la tranca y entramos a dormir sobre las hojas viejas de banano que había allí. Antes las sacudimos por si hubiera serpientes durmiendo en ellas, o ratones que se hubieran crecido en ellas. Cerramos la puerta y dormimos. Yo no me enteré de nada de lo que pasó aquella noche, pese a que ocurrieron cosas. Ya fue suficiente que tuviéramos que caminar por la noche por el bosque. No es algo que había hecho antes. En realidad, salvo que hubiera ocurrido algo grave, nadie se mete en el bosque de noche. En el bosque no se realiza ninguna actividad mientras reina la oscuridad sobre la isla entera.

Dormimos lo que pudimos y nos despertamos al día siguiente y nos encontramos con la noticia de que la mayoría de nosotros no había pegado ojo. Era lo normal, estábamos metidos en un grave problema que ninguno de nosotros tenía alguna palabra de cómo iba a terminar. Pero en aquel pueblo del otro lado de la montaña ocurrió una cosa por la que algunos tuvieron que salir de su cama para atenderla. Ocurrió que un menor de edad que nunca había estado en aquel pueblo se despertó a media noche porque alguien le impedía conciliar el sueño. Gritaba a

voz en grito porque alguien le oprimía la garganta y se ahogaba. Se sentía morir. Los mayores que estaban en la casa en la que dormía supusieron que era un niño que nunca había pasado la noche en aquel sitio, por lo que lo más probable era que no había sido presentado al santo patrón del lugar. Entonces si no había sido presentado al santo patrón, éste no podía dejarle dormir, no le admitía en su poblado. Y como aquel chico persistía en sus gritos, decidieron ir a la pequeña iglesia y hacer la presentación. Pero tuvieron grandes problemas, y ahora diré por qué. Lo que llamamos presentación al santo era una cosa seria, pero que ninguno de nosotros, los niños, entendía. Yo nunca lo entendí. En mi isla todos los niños ven la primera luz en el pueblo grande. Solamente en caso de un nacimiento inesperado o de un mal cálculo de la madre, algún niño podía venir al mundo en medio de una plantación o de camino a una. De hecho, cuando aquello ocurría, inmediatamente aquel niño o niña recibía el nombre del lugar donde había sido depositado tras salir de la madre. Conozco el caso de uno que cuando su madre bajó la carga para descansar y refrescar la garganta en un río donde las gentes de mi isla acostumbran a parar para descansar y beber, él sintió que era un sitio agradable y empujó. Pues su madre no tuvo otro remedio y le dejó salir. Después de salir completamente, su madre lo bañó en aquel río, lo ató en la espalda y lo trajo a casa. Y recibió el nombre de aquel río. Aquel niño sabía lo que hacía. Y era que su madre había hecho un gran esfuerzo para bajar la cuesta más pronunciada de toda la isla. De hecho, era tan difícil bajar dicha cuesta que los primeros blancos que se vieron obligados a hacerlo se dieron la vuelta, fueron al pueblo grande y trajeron los materiales para construir unos escalones que facilitarían dicha bajada. Pero

viniendo del otro extremo de la isla, llegabas allí, y bajabas los escalones, como lo hizo la madre del niño, y llegabas al río, al que le faltaba bastante que recorrer para llegar a la mar. Dejabas al suelo o sobre una piedra la carga que llegabas y te sentabas sobre otra, con tus pies en el agua. Y bebías el agua fresca. Pero luego tenías que poner en la cabeza tu pesada carga y empezar a subir otra vez, pero por el lado del pueblo grande. Y era una subida igual de dura. Lo que pasaba era que el río aquel de aguas frescas estaba metido entre piedras, como metido en la tierra, y había que llegar a él bajando. Y no había otro camino, otra manera de ir a aquella parte de la isla sin pasar por aquel sitio. Entonces aquel niño pensó en el esfuerzo que haría su mamá para alejarse del agujero en que estaba metido aquel río y decidió salir para quitarle el peso a su mamá. Claro que lo hizo bien, llevar a un niño en la espalda no es lo mismo llevarlo en el vientre, con los salientes rocosos que había en el borde de aquel camino.

Decía lo de presentarse al santo patrón. Era obligatorio. Si ibas por primera vez a cualquiera de los pueblos pequeños de la isla de mar atlante, antes de llegar la hora de dormir tu madre tenía que ir contigo a la pequeña iglesia y presentarte al santo patrón. Ibais a la puerta del lugar y ella decía unas cosas con tu nombre y que habías ido allá y que te protegiera. Luego ibais a casa y podías dormir en paz. Si no lo hacías, si no lo hacían por ti, era probable que no durmieras en toda la noche. Y en el caso del viaje que tuvimos aquella noche fuimos a pasar la noche en un pueblo pequeño cuyo patrón era San Xuan. Creo que sería San Juan. Pues este San Xuan era el más severo de cuantos patronos había en nuestra isla. Se le notaba esa severidad en la cara que tenía cuando se miraba la imagen suya que había en la pequeña iglesia de aquel pueblo pequeño. Y lo

que pasó fue que cuando aquel niño se ahogaba y no podía dormir, lo sacaron de la casa aquella noche con la intención de ir a pedir perdón al santo, ya que aquello ya no era una presentación, pues había pasado el tiempo de hacerlo. Pero aquella noche tuvieron muchos problemas para ir a hablar con el santo, por varias razones. En primer lugar aquella pequeña iglesia se cerraba al atardecer, y nadie de nuestra isla había visto que alguien fuera a hacer cualquier cosa en ella durante la noche, por no haber nunca necesidad. Pero lo que pasaba era que en toda la isla casi no había nadie con nada para hacer un poco de luz, salvo quemar algunas semillas, que no siempre hay. El recurso de quemar hojas secas de banana no prosperaba porque las hojas ardían el tiempo que tenían el fuego sobre ellas, y no daban tiempo para que sea útil la luz que daban. Entonces cualquiera persona de la isla sabría que no era cualquier cosa ir a abrir la iglesia para decirle nada al santo, y en la oscuridad, algo que nadie ha visto hacer. Pocos tendrían el coraje de hacerlo en aquellos tiempos. Todos creían que el santo también descansaba, y cualquiera de aquellos hombres y mujeres no podía molestarle por cualquier cosa. Por otro lado, y con el miedo que se tenía, aquel niño que se ahogaba era un niño prestado, y las personas mayores que estaban con él no conocían su verdadero nombre para interceder por él al severísimo San Xuan. Entonces, con la doble excusa, decidieron que nadie podía hacerlo. Pero el niño se ahogaba, y podía morir, y como cuando salieron con ella ya vivían horas cercanas a la madrugada, según lo que pudieron saber del canto de uno de los pocos gallos que había en aquel poblado, decidieron llevarlo a nuestro pueblo grande, pero en cayuco. Para ello, hablaron con uno de los hombres que estaban en aquel pueblo. Para hacer lo que habían pensado, había que llevar al chico

aquel a la playa de aquel lugar, que, para todos, era una de las cosas más difíciles y peligrosas que se podían hacer en toda la isla. Y es que la playa de aquel pueblo cuyo patrón era el severísimo San Xuan era como una cueva a la que había que llegar por caminos difíciles. Incluso había que bajar cuevas peligrosas antes de llegar a ella, no estando tan lejos de las casas del mismo pueblo. Pero era una dificultad que se veía igual si se pensaba ir a ella de día, y sin tener que llevar a ningún niño que ha estado ahogándose por no haber sido presentado al patrón. ¡Cuánto más de noche! Pero no solamente era por todo lo que he dicho. Al chico lo pensaban llevarlo por mar, ¡y era el mar de aquel pueblo de San Xuan! Era el pueblo de marineros de costa más valientes. Los que pasaban más peligros. Y es que era una cosa especial que las olas estuviesen quietas en aquella playa llena de piedras y de rocas salientes. Todo en aquel pueblo pequeño estaba dominado por la severidad de San Xuan. Al menos así lo viví de niño y oí en esa misma edad lo que contaban los mayores de los peligros de aquella costa y de la mirada del patrón de aquel pueblo. Pero decidieron llevar al pueblo grande al niño aquel, pues podía morir ahogado y de otras enfermedades. Eran mayores y habían decidido aquello, pero sabían que era una cosa difícil. Entonces cogieron a aquel niño y lo pusieron en la espalda de una de las mujeres y empezaron a bajar, seguido de las oraciones de las mujeres. Y eso me dio miedo. Siempre cuando hay oraciones es porque puede haber lágrimas, es decir, un peligro. Además, aquellas mujeres rezaban sabiendo que todos estaban metidos en aquella historia sin el conocimiento del patrón de aquel pueblo. Yo creo que, por debajo, rezaban al severísimo San Xuan para que tuviera piedad de todos y que aquel viaje no terminase en una desgracia mayor.

Como niño que era, no fui con ellos a la playa, no me hubieran dejado, pero tuvieron muchas dificultades, muchas. Pero las hubieran tenido incluso de haber hecho el viaje de día, y sin el enfado del santo patrón sobre sus cabezas. En realidad, yo no quiero decir nada más del santo patrón porque ya dije de qué religión soy y dije que era creyente. Pero todo lo que tenía que ver con las historias en las que estaban metidos aquellos santos me dieron mucho que pensar, pero mucho. Yo creo que, en mi niñez, todo en la isla daba miedo, aunque fuera algo que no debería estar relacionado con ninguna cosa mala.

Siguieron rezando y pasaron muchísimas dificultades para meterlo en cayuco al niño y aprovechar un momento de calma para salir de aquella costa llena de piedras y de otros peligros. Conozco muy bien aquella playa, y sé que muchas veces se hacen varios intentos hasta llegar a salir a la mar. Y pensar que ellos hacían todo aquello en la oscuridad, pero cuando digo oscuridad no digo cualquier cosa. No había luna, y aquella playa era como una cueva. Bueno, creo que ser mayor en mi isla era vivir en peligro, siempre en peligro.

Consiguieron salir en cayuco y llevaron al pueblo grande al niño aquel, el que estaba ahogándose por no haber sido presentado por el santo de aquel pueblo pequeño. Cuando, al día siguiente, cerca del mediodía llegamos nosotros al pueblo grande, y tras varias horas de camino, supe que aquel niño que llevaban en cayuco era mi amigo, el que yo dejé temblando subido al árbol y al que di palabras de que volvería para bajarlo de donde estaba, temblando porque no veía tierra firme debajo de él. Lo vi en la casa de un hombre que curaba huesos rotos. Lo vi con todo el cuerpo vendado, como si se hubiera roto todo. No habló conmigo, pero oía y sacudía la cabeza.

Solo los habitantes del pueblo de San Xuan sabían cómo había ido a parar al sitio aquel. Como amigo mío que pasó a ser, más tarde me contó lo que le ocurrió desde que le dejé subido a aquel árbol a pocos metros de torcerle el cuello al ave al que íbamos a cazar por la falta de pescado que padecíamos en aquel pueblo del sur. Pero, en realidad, él no sabía nada de lo que le había pasado, o no sabía mucho. Pudo ser debido a que casi la mayor parte de aquella historia transcurrió en la oscuridad. O que el estuviera con los ojos cerrados. La oscuridad. Era una cosa con que había que contar en mi isla de mar de Atlante. Era como alguien más. Cuando hablo de oscuridad, me acuerdo de cuando comíamos por la noche y alguna persona mayor se llevaba la lámpara de donde estábamos. Y me disgustaba porque si seguía comiendo y la persona que necesitaba aquella lámpara tardaba con ella, podía venir y encontrarme sin nada en el plato. Y cuando comía en la oscuridad, no tenía la misma satisfacción que cuando lo hacía con la luz. Entonces cuando aquella lámpara volvía, tenía la tentación de pedir más comida, pues la que había entrado en mi boca cuando había oscuridad lo hizo de manera secreta, u oscura, y por eso no la sentía en mi estómago. Por eso a veces esperaba que llegara la luz, aquella trampa de comer sin ella me disgustaba de verdad. No importaba que lo que comía no tuviera espinas o que las supiera detectar para no atragantarme con ellas. Siempre quería comer con la luz. Para mí comer a oscuras era lo mismo que seguir un camino en las mismas condiciones. Y uno que tuviera la necesidad de ir a un lugar completamente a oscuras estaba obligado a andar a cuatro patas, para ir sorteando los peligros. Es difícil ir recto cuando se va en la oscuridad, pues no sabes qué obstáculos encontrarás en el camino. Tendrás la necesidad de palpar, tocar el suelo,

hacer gestos en el vacío. Y todo esto da miedo, pues el que camina en un sitio completamente oscuro, supongamos una calle desierta, necesita poner sus manos de una manera que con ellas se sienta seguro. Por ejemplo, tenerlas cruzadas en el pecho, con las palmas en los costados, o cruzadas en el pecho con las palmas sobre los hombros. Era la postura en que nosotros los niños nos sentíamos más seguros. Sentíamos que nuestro cuerpo estaba protegido. ¿Oscuridad? Siempre creíamos que de ella podía venir cualquier peligro. De hecho, algunos niños pequeños lloraban inmediatamente al producirse la oscuridad. Algunos gritaban como si algo les hubiera mordido. Era el mordisco mismo de la oscuridad. Se sentían en peligro y pedían, a gritos, la luz. Y aunque teníamos miedo de la oscuridad, no podíamos exponernos a la luz exagerada de la luna llena. Eso ya lo dije. Era porque con ello te exponías demasiado. Lo que hubiera de lejos te podía ver. Con la oscuridad no podías ver el peligro. Con la luz de la luna sobre la isla te exponías demasiado a él. Todo en mi isla daba miedo. En realidad vivir en la oscuridad es hacerlo de espaldas a la historia. Y es que no creo que nadie pueda contar lo que hace en la oscuridad, pues no conocería todos los detalles de lo que ocurre en ella. Es como comer en la oscuridad, no te hartas, pues no controlas lo que hay en el plato. Creo que la oscuridad, en la vida de una persona, es la parte más oscura de la miseria en que vive.

Lo que me contó aquel amigo mío fue que estando subido a aquel árbol donde lo dejé para buscar ayuda, miró abajo y dejó de ver cualquier cosa. Se vio en las nubes, o sea, en el cielo. Pero no se lo creí, aunque sigo contando. Estando ahí, miró por si venía la ayuda esperada, pero no vio a nadie, y se preocupó más. Con aquella preocupación, agarrado al tronco de aquel árbol, siguió

mirando por si aparecía alguien que le dijera lo que tenía que hacer. Pero dijo que dejó de ver el suelo y solamente las nubes, entonces, ¿qué es lo que le impidió bajarse de aquel árbol? Por eso creí que no decía la verdad. Siguió ahí, dijo, y empezó a escuchar la voz de los sacristanes, muchas voces de ellos. No es que fueran precisamente sacristanes, sino que rezaban aquellas oraciones que solamente conocían ellos. Pues desde donde estaba, oyó aquellas canciones u oraciones y supo que se acercaban al sitio donde estaba. Entonces tuvo miedo. A mí me hubiera pasado lo mismo. Estoy solo en el bosque, en un lugar apartado, lleno de humedad, y escucho el canto de los sacristanes, me entraría el miedo, y si estuvieran acercándose al sitio donde estuviera, me echaría al barranco si no hubiera otro camino para escaparme. Ya dije que los sacristanes me daban miedo. Si yo hubiera estado en su lugar y me hubiera ocurrido lo mismo, lo que hubiera pensado cuando oyese acercarse con sus cantos misteriosos a los sacristanes era que algo malo estaba donde estoy, el demonio, y de allí que estuvieran acercando para alejarle de allí. Pero no sé por qué sentiría que aquella cosa mala eran ellos con sus cantos, que ellos mismos traían el mal. Al barranco si no hubiera otro camino. Pues aquel chico tuvo miedo y dijo que intentó escaparse de allí. En realidad que se acercaran los sacristanes en aquella soledad no significaba que pararían donde estuviera el chico y le ayudarían a bajar de allí. Nunca nos dijeron que en alguna circunstancia igual los sacristanes dejarían de cantar y hablarían como hombres cualquiera. Es que siempre supimos, por lo que nos dijeron los mayores, que siempre que estaban recorriendo los bosques por lo que fuera estaban guiados por el Maté Jachín, que como no era una persona, no les permitía actuar como personas. Pues estás en el

árbol y sientes que se acercan muchos sacristanes, que estarían vestidos con sus túnicas blancas. Son muchos, por las distintas voces de los que cantan, y saben que tienen poder para alejar el mal, el demonio mismo. ¿Y si descubrieran sobre el mismo árbol al demonio y quisieran lanzarle una maldición? Está claro que te hubiera afectado. Pues dijo que tuvo miedo y quiso bajar para escaparse, y lo hizo. Pero después de correr un rato, se cayó al suelo y ya no pudo seguir. Los sacristanes lo alcanzaron y estuvieron cantando sus misteriosas oraciones sobre él. Fue lo que dijo.

En la isla de la que hablo, mi isla, los sacristanes salen al recorrer todos sus rincones cuando buscan a alguien que se ha perdido, y como dicen que el Maté Jachín tenía mucho poder, con él descubrían al que se había perdido. Era él, además, el que movía los pies de los que seguían al muchacho que lo llevaba, quien estaba igualmente reforzado por ese poder. Ninguno de ellos se movía por su propia fuerza. Todo esto nos lo dijeron los mayores. También se sacaba al Maté Jachín cuando se creía que pasaría algo grave en la isla, y si salían con él a recorrer todos los rincones de la misma, aquella cosa grave podía dejar de suceder. En aquel entonces, y porque estábamos lejos del pueblo grande, no nos llegó la noticia de que alguien se había perdido, ya sea en el bosque o en el mar. Además, si hubiera sido en el mar, los cantos de los sacristanes no se hubieran oído en aquel monte. Tampoco supimos si habían mandado a los sacristanes a recorrer el pueblo por alguna desgracia que caería sobre la isla. En realidad necesitábamos la acción de los sacristanes por todo lo que había pasado, pero a nuestros oídos no llegó la noticia de alguna necesidad especial. Pero mi amigo contó que los oyó cantar, y, con el miedo en el cuerpo, ya había estado temblando,

saltó de aquel árbol para escaparse de ellos, y luego ya no pudo correr. Fue lo que contó. A mí y a otra gente que lo escuchó cuando pudo contar lo que le había pasado.

Lo escuchamos, lo vimos allí con trapos por todo el cuerpo, con arañazos por toda la cara, y casi sin poder mover un dedo. Estaba allí echado cuando lo vi por primera vez, y la gente salía de aquella casa del médico de huesos como si hubiera ahí un muerto. Igual que en un velorio. Y contaban lo que creían que pudo haberle pasado, antes de que pudiera hablar para contar su propia experiencia. Y lo que contaban lo habían escuchado unos de la boca de una mujer. Ella era del pueblo protegido por San Xuan, el severísimo patrón, el único que sabía lo que pasaba con las olas del mar de aquel pueblo con playa en forma de cueva. Pues aquella mujer cuenta lo que vio. Venía de una plantación suya que estaba al pie del monte que separaba su pueblo del pueblo del sur y vio a un chico en cuatro patas arrancando todas las plantas de malanga de una plantación que no era suya, pues los niños no plantan nada en mi isla. A la primera pensó que era un ladrón, o ladrona, pues son los que arrancan las plantas de las plantaciones ajenas. Lo hacen por la prisa que tienen, y por ello no tienen tiempo de cavar para sacar el tubérculo que hay bajo el suelo. Siguió mirando y vio que aquel chico que estaba en cuatro patas no solamente arrancaba las plantas, sino que cortaba y metía por la boca cualquier cosa que encontraba. Se hubiera dicho que estaba furiosamente hambriento, a juzgar por la manera en que masticaba todo lo que metía por la boca, hojas crudas, tubérculos de malanga con toda la arena, plantas pequeñas, todo. Era una cosa que nunca había visto. Cuando lo vio así, tuvo miedo, pues pensó que era el demonio; pero aquel niño también se asustó, y quiso escaparse de ahí. Pero algo

se lo impidió. No podía andar, no podía correr. ¿Pero cómo llegó allí? Era el misterio. ¿Y quien era? Con el esfuerzo que hizo arrasando aquella plantación, y tras descubrir que no podía correr, ni siquiera andar, se quedó allí en medio de las plantas, boca arriba, jadeando, jadeo que poco a poco se hizo casi imperceptible. Entonces aquella mujer, temblando de miedo, y después de decir avemaría purísima y hacer la señal de la cruz, se acercó al chico. Luego pensó que como estaba a las puertas de la muerte, hacía las cosas del otro mundo. Había perdido el juicio unos minutos antes de morir. Entonces lo miró a la cara y pensó que... No sabía lo que había pasado. Luego lo dejó allí y cuando hubo alcanzado a otras mujeres que venían de sus plantaciones, les dijo lo que había visto. Tampoco se lo creía. Otras comunicaron a otras y entre todas, miraron bien al chico aquel y supieron que sería de la familia que era. Y es que si la mayor parte del año vivíamos todos en nuestro pueblo grande, no había niño que por lo que fuera no te sonara su cara. O si no a ti, a la persona que viniera a ver el caso que tenías entre manos para que juntos llegarais a la conclusión de que el niño no era una aparición, un difunto, sino el hijo de tal persona. Muchas veces las mujeres mayores descubrían que éramos de la casa de mi abuela con solo mirarnos, y nunca supimos lo que sabían ver tan bien.

Al niño aquel lo llevaron como pudieron al pueblo de San Xuan, y pensaron que dormiría allá hasta que viniera su familia a buscarlo. Era lo más que podían hacer, pues no sabían dónde estaba aquella familia ni en qué circunstancias perdió al hijo. Ciertamente es que con la gente que podía a aquella hora, mandaron mensajes a los otros pueblos sobre lo que habían visto. También era cierto de que había una gran posibilidad que no hubiera nadie que tuviera

nada que hacer en los otros pueblos a aquella hora, no siendo, además, la temporada de ir a los pueblos a trabajar en ellos. Aquel chico dormido o inconsciente hubiera amanecido allí de no ser porque nunca había pasado la noche en el pueblo de San Xuan, de ahí que nunca había sido presentado a aquel santo patrón, pidiéndole permiso y rogándole para que acogiera por vez primera al chico. Y por ello aquel santo severo no le dejó dormir, y lo despertó a media noche. Creo que si a partir de aquella hora llegó con vida al pueblo grande es porque Dios es grande y porque no había llegado su hora. Y, según algunos mayores, porque era todavía inocente. Bueno, en mi lengua es una cosa que se puede traducir así, pero no significa que no tenía ninguna culpa, sino que era puro, por ser todavía niño. Pues aquel niño estaba roto, según dijeron los mayores. Fue recuperándose poco a poco y luego llamaron a los sacristanes para que rezaran por él. Por lo que contó la mujer, tuvieron miedo de que acabara volviéndose loco. Con las oraciones cantadas de los sacristanes, lo que pensaban era quitarle el mal que hubiera entrado en él. Fue recuperándose poco a poco, y más tarde se curó. Pero ya no tuvo aquella fuerza que tenía. De hecho, durante mucho tiempo no podía hacer mucho esfuerzo, y por eso casi no aprendió a pescar. Lo transportaban en cayuco a los poblados pequeños porque no podía bajar las cuevas ni subirlas. Pero se volvió bastante tacaño, aunque no sé porqué. Casi dejó de tener amigos por eso. Con el tiempo, dejé de saber de él. Es probable que hubiera sido llevado, en barco, al lugar donde estaban nuestros padres para terminar de curarse, o para llevar otro tipo de vida.

Cuando ardió el pico y vi llorar a mi abuelo, creció mi curiosidad para saber quién era realmente. Y aquel día

pensé en lo que vimos cuando entramos en su habitación. ¿Qué vimos en la habitación de nuestro abuelo? Ocurrió que poco después de que toda aquella gente fuera llevada por el cólera, se pensó que había que dar de comer al rey del mar. En realidad, por ser niño, nunca supe quién traía la noticia de las cosas que había que hacer en la isla nuestra. Nunca conocí el modo en que se les decía a los mayores lo que tenían que hacer. Salían con el Maté Jachín a dar la vuelta a la isla, tres vueltas en cayuco. Salían con el Maté Jachín a recorrer los bosques, salían con el Maté Jachín a recorrer las calles y alrededores del pueblo. Pero con el Maté Jachín iban todos los sacristanes, con sus túnicas blancas, y las mujeres que las acompañaban. Sobre el pueblo entero llegaba la orden de que todos fueran al lago a limpiar, o a dar de comer al rey de allá, y, finalmente, también daban la orden de que había que dar de comer al rey del mar. Nunca supe con claridad quién daba la orden de que se hiciera todo esto. Sé, por lo que contaban los mayores, las mujeres mayores, que en nuestra isla había unas mujeres que hablaban con las difuntas. Cerca de nuestra casa había una de ellas que se llamaba Sabina. En realidad no es que se llamaba Sabina a solas sino que su nombre completo era Maminda Zé Sabina. Pues aquella mujer era una de aquellas que hablaban con los difuntos. Eran ellas las que traían las noticias de lo que había que hacer, y de lo que iba a ocurrir. Esto lo sé por mi abuela y por otras mujeres mayores. Y por las mismas mujeres, y también por mi abuela, sé que la mayoría de las mujeres que conversaban con los difuntos no se creían nada de lo que estos les contaban. Como era niño, aquel no era un asunto que no podía entender, y todo lo que tenía relación con ello me daba miedo. Como dije, conocía a Sabina y sabía que ella era una de las que traían las órdenes de lo que había

que hacer. En realidad no era así exactamente; yo sabía que Sabina hablaba con los difuntos, y nada más. Yo no recuerdo haber hablado con aquella mujer, pero sí se que tenía una cara extraña; bueno, para mí. Tenía la cara de alguien que iba a llorar o a reír. Si la mirabas, tenías la sensación de que podía hacer cualquiera de las dos cosas. En realidad lo digo no porque supiera mucho de caras ni de las expresiones de ellas sino porque si de una mujer mayor te dicen habla con los difuntos, cuando tienes oportunidad de mirarla, lo haces. Para mí, no era una mujer cualquiera. Pues Sabina tenía una cara de la que pensabas que iba a romper a llorar o a dibujar una sonrisa. O uno o lo otro, en el mismo momento. ¿Sería por las conversaciones con los difuntos? Lo que sé, y lo supe por mi abuela y por otras mujeres mayores, las mujeres que hablaban con los difuntos sufrían mucho. Entonces, ¿aquella cara que tenía Sabina sería de una persona que hubiera sido feliz de no ser por el sufrimiento de hablar constantemente con los difuntos? Podía ser. Es decir, que de no ser por el hecho de que los difuntos la molestaran con lo que querían decir al pueblo, ella hubiera sido una mujer sonriente. Podía ser. De lo que recuerdo de Sabina puedo decir que había sido una mujer hermosa. Sé que digo todo esto porque a Sabina la pude mirar mucho, y esto porque no era una maligna. Nosotros conocíamos a las malignas, pero no teníamos el valor para mirarlas abiertamente. A Sabina, sí. Bueno, en mi isla había otra mujeres que hablaban con los difuntos, pero solamente me acuerdo de Sabina, y porque era vecina nuestra.

Pues llegó la noticia de que había que dar de comer al rey del mar, el que mandaba sobre las olas, los peces, sobre la isla, en definitiva, pues nuestra isla era de mar de Atlante. ¿Aquel rey sería Atlante? ¡Se lo merecía! ¡Qué des-

cubrimiento! Había que dar de comer al rey del mar, y para que se hiciera aquello, no debía haber nadie en el mar, ningún cayuco. Por esto se pregona sobre el hecho el día anterior. Salía a las calles un hombre y decía lo que iba a pasar al día siguiente, que todo el mundo estuviera en el pueblo grande para asistir al evento. En realidad se pregona para que todos dieran lo que tuvieran. Nadie estaba obligado a dar nada en concreto, sino lo que tenía, cualquier cosa.

Ocurrió que aquel día en que iban a dar de comer al rey, casi al mediodía, una de mis madres salió en cayuco con un hombre para recoger una carga en un sitio donde había una iglesia, cerca de un río. En aquel lugar teníamos una plantación, y en ella mi abuela había ido días antes y cosechado lo que encontró maduro u aprovechable, entre ello dos racimos grandes de dátiles de palma. Como aquella carga era mucha, pensó que buscaría a un hombre que lo fuera a coger en cayuco. Aquel sitio no estaba lejos del pueblo grande, y hubiéramos podido ir después de la escuela para traer aquella carga, pero mi abuela creyó que se haría mejor trayéndolo en cayuco. He hablado de escuela. En aquel tiempo casi todos los chicos de mi casa, los que tenían la edad de ir a la escuela, hacíamos el «basura». Así se llamaba aquel curso. Ahí aprendíamos el abecedario ideovisual: amapola, burro, cochino, dado foca, gato, huevo; indio, jaula, kilo, lechuga, llama, molino, niño, oso... hasta ahí me acuerdo. O bien no me acuerdo de la p, la salto y sigo con queso, salto las demás letras y sigo con uva, vino, xilófono, yegua, zape. Aprendíamos a contar hasta quinientos, y también la tabla de multiplicar. De la tabla me acuerdo porque lo hacíamos cantando, y disfrutábamos con ello: siete por una siete, siete

por dos son catorce y siete por tres veintiuno; siete por cuatro veintiocho... Todo aquello lo hacíamos cantando: quinientos uno, quinientos dos, quinientos tres, quinientos cuatro. En aquellos días, creía que no había una cifra más alta que quinientos. Era el número más alto, quinientos y sus números simples, quinientos uno, quinientos dos... Pero todo aquello lo aprendíamos de memoria, y creo que por ello lo hacíamos cantando. De hecho, y aunque a veces veíamos los libros en que venían las letras y los dibujos, nunca supe que amapola, burro, cochino, dado..., eran cosas que debíamos conocer, ni que fueran la representación de las letras y palabras de los libros de aquel tiempo. Yo no relacionaba las letras con los dibujos, de allí que nunca, años después, conociera lo que fuera amapola, burro, cochino. Pero sonaban bien. De la escuela recuerdo también los látigos. Claro, el que no sabía que aquello se leía dado se llevaba un latigazo. Era una cuerda de algo que no me acuerdo, con varios nudos en ella, y atado a un palo. El maestro lo tenía para dar clases. Pero la escuela me daba miedo. Aunque en ella lo pasábamos bien cuando cantábamos, el hecho de que era un lugar donde teníamos que hablar en una lengua que no era la nuestra, y al de que podíamos ser azotados hacían que tuviera miedo. Además, era un sitio al que te metían y no podías salir hasta que lo dijera el maestro, y a veces no te dejaba salir a orinar, aunque te hubieras acercado a tu mesa y hubieras pedido permiso en aquella lengua que no era la tuya. En aquel tiempo tenía siempre unas ganas de estar en casa, y con mi madre, que yo pensaba que la escuela era un castigo muy grande para mí. En aquellos días no apartaba de mi cabeza la idea de irme a casa. Para mí, la escuela y la casa eran sitios diferentes, muy diferentes. Además, en la escuela había algunos niños malos, que

molestaban y amenazaban a los que no eran sus amigos con golpearlos después de clase. Concretamente, eran los niños que más latigazos recibían, por no haber sabido decir dónde estaba la foca, el dado, el 501, y pensaban vengarse de la risa de los demás peleándose con ellos. Y aquello no me gustaba. Teníamos un tiempo de descanso, el recreo, que nos gustaba mucho, pues era como si nos hubieran sacado temporalmente de aquella cárcel. Pues durante el recreo nos quedábamos en el patio para correr, que era lo más que hacíamos. Y creo que era lo único que hacíamos porque ninguno de nosotros tenía un balón, cualquier cosa redonda y blanda que podíamos correr tras ella. Pero algunos de los alumnos no se conformaban con permanecer en los alrededores de la escuela y se metían en los bosques cercanos. Entre ellos había los más atrevidos. ¿Para qué? Para buscar frutas, la guayaba, la principal. Si fuera tiempo de mangos, aquellos chicos volvían al patio del colegio con una cantidad grande de mangos en su regazo, bolsillos, y con las camisas manchadas de todo lo que habían podido tocar. Concretamente el árbol de mango tenía una savia pegajosa que no se quitaba con nada. Sí, los chicos que se metían por los bosques en busca de guayabas, mangos, ánonas, se divertían, pero en el bosque eran incapaces de calcular bien el tiempo, y en él no escuchaban la campana del fin del recreo y regresaban cuando en la escuela todo era silencio, pero de un silencio que daba miedo. Y daba miedo porque descubrías que eras el único que no estaba en su sitio. De hecho, algunos de los niños se echaban a llorar cuando aquello les pasaba. Y es que sabían lo que les esperaba. Y si esperaban afuera para la hora de 'romper la escuela', que así llamábamos en mi lengua la hora del cierre, sabían que al día siguiente podían pasar la mitad de la clase arrodillados, pero des-

pués de haber recibido numerosos latigazos. Las señales rojas que dejaban en las manos y brazos de los que los recibían era la señal de que no eran cualquier cosa. Creo que lo que me disgustaba de la escuela era, aparte de que me alejaba de mi casa y me exponía a la amenaza de otros niños, el hecho de que dependiera de lo que dijera alguien que me podía castigar con golpes furiosos, de los que no podía escapar. Es decir, que no había escapatoria posible. De la escuela de mi isla no recuerdo haber aprendido más que la lección esa que hablaba de que las palabras se dividían en agudas llanas y esdrújulas. Sería de un curso después de 'basura', pero a partir de allí no recuerdo lo que pasó con mi escolaridad. Yo lo recuerdo porque en aquel curso el maestro que nos tocaba recorrió, látigo en mano, toda la clase para preguntar por la división de las palabras. Curiosamente, más de la mitad de la clase no lo sabía. No más de la mitad. Ninguno de los que fueron preguntados respondieron a la pregunta, y el maestro había preguntado a más de la mitad de los alumnos. Dije que curiosamente porque la respuesta eran solamente tres palabras, palabras que debías retener en la memoria porque así estudiaste aquella lección. Y aunque yo estaba en una de las filas de delante, el maestro empezó la ronda por las filas de atrás y preguntó a todos los chicos y chicas de la clase, y ninguno dijo nada, recibiendo cada uno su correspondiente latigazo, ya sea en la mano o en la cabeza. Los débiles no dejaban de llorar. En aquella clase las chicas estaban a la izquierda del maestro y los chicos a la derecha. Pues preguntó a casi todos y luego se acercó a su mesa e hizo la misma pregunta a varios que estaban alrededor de mi pupitre. Eran pupitres de dos alumnos. Ninguno de ellos conocía la respuesta. Luego, cansado, o casi, me hizo la misma pregunta, esperando quizá que no iba responder,

pues no recuerdo haber destacado en nada. Pero sin dudarlo, porque la sabía bien, respondí que las palabras se dividían en agudas, llanas y esdrújulas, y aquel maestro exclamó, de enfado y de alegría. Al menos en la sala había alguien que se acordaba de un punto de la lección. Yo no cabía en mí de alegría. Fue el único premio público que he recibido por mi escolarización.

Había que dar de comer al rey del mar y de nuestra casa había una de nuestras madres que salió a un sitio de la costa cercana a recoger comida para nuestra despensa. Ya dije que podíamos haber ido después de llegar de la escuela, y por eso, al recordar aquellos años, recordé de cuando estábamos en la escuela y lo que nos ocurrió en ella. Pero mi abuela pensó que lo mejor era que todo aquello se trajera en cayuco, que llegaba más pronto. Pero cuando la gente ya llevaba las cosas al *vidjil* principal, y cuando lo tuvieran se empezaría la ceremonia de dar de comer al rey, no habían llegado del sitio aquel, que no estaba lejos. Entonces mi abuelo se preocupó. También se preocupó mi abuela, pero de la preocupación de mi abuelo me acuerdo más. Y es que como era un hombre al que casi no veíamos, cuando pasaba algo con él nos dábamos cuenta enseguida. Se preocupó porque, como mayor que era, sabía que la ceremonia de la ofrenda al rey del mar se hacía siempre sin otro cayuco en la mar, salvo los que participaban en la misma. Nunca nadie había roto la costumbre, o prohibición, lo que era. Y en aquella isla de mar atlante no era frecuente que la gente violara las prohibiciones sobre creencias públicas. Entonces se preocupó mi abuelo y salió de casa con dirección a la costa por si los veía llegar. Como desde la playa de los *vidjiles* no los vio, pensó que desde otro punto de la costa podría ver al cayuco que todavía estuviera lejos de la parte principal de nuestro

pueblo grande, el lugar de los *vidjiles*. Entonces se dirigió, preocupado, al sur. Hacía tiempo que la mayoría de los habitantes no le veían sobre la arena, pues no la pisaba por vivir en un piso y no bajar de él. Se le veía por primera vez en mucho tiempo, pero cualquiera que le veía sabía que estaba preocupado. Siguió andando hasta el camino del cementerio, bajó a la pequeña playa del mismo y siguió con la mirada en el mar por si los veía aparecer. En bajar, si siguiera a pie recorriendo la costa en aquella dirección llegaría al sitio a donde fueron la hija y un hombre a recoger las cosas de comer que dejó mi abuela. En algunos tramos habría que evitar costas demasiado abruptas metiéndose un poco en el bosque y volver a la costa después de esa internada. Si fuera pleamar, los tramos de bosque serían más. Esta es la razón por la que no había un camino costero desde el centro del pueblo grande al sitio aquel. Mi abuelo agotó la arena, es decir, terminó de recorrer la pequeña playa que hay enfrente del cementerio y se subió a las rocas. Siguió andando con la mirada en el sur por si veía llegar a su hija en cayuco. Se aproximaba la hora del dar de comer al rey y nunca había oído que quedaba en la mar alguien que no participaba en la ofrenda aquella. Aquella ofrenda era una de las cosas más curiosas de mi isla. A mí, en particular, y pese a las tantas cosas que me daban miedo en mi isla, aquella no me daba tanto miedo. Pero siempre había un rincón en mi cabeza que dudaba de todo aquello. Y es porque, desde niño, lo que no me daba un miedo grande para acallar mis dudas siempre podía estar sujeto a ellas. Con lo de dar de comer al rey pasaba aquello del que digo ahora. Alguien contaba a quien sea que desde donde vivía el rey del mar llegaban las noticias de que tenía hambre. Pues así lo decían. ¿Serían las mujeres que hablaban con los difuntos? En concreto, ¿sería

Sabina una de las mujeres que traían la noticia? Pues esta lo decía o otra persona con poder y al final una tarde alguien decía, con el sol puesto y casi toda la gente en su casa, que tal día se daría de comer al Rey de Agua Salada. Bueno, en la isla de mar de Atlante de la que hablo al rey del mar se le conocía como Rey de Agua Salada, así, y cuando oía a otros del rey de agua salada, sabía que se refería al nuestro, no al de otro sitio. En la lengua de nuestra isla existen dos nombres para el mar: mar, en dicha lengua, y agua salada.

La ceremonia de la ofrenda comenzaba con varios minutos, quizá horas, de oraciones de los sacristanes. En aquel tiempo todo el mundo ya había dejado lo que pensaba obsequiar al rey, lo que sea: un atado de leña, una braza de tela, un litro de coñac, un racimo de banana, una olla, una piña, un aparato de radio, una lámpara, una cestita de yuca, un ñame grande, una botella de anís, todo lo que quisiera o tuviera uno. Pero si fuera un producto de los blancos lo que pensabas dar al rey de tu isla, debía ser algo que nunca habías usado. En nuestra isla no éramos nadie para darle al rey un producto usado. Dicen que lo rechazaría, y no sé si estoy olvidando de otra amenaza que vendría sobre ti si cometías semejante falta. Dejaban todo lo dado en el *vidjil* principal y empezaba las oraciones. Aquel día faltaban unas horas para empezar aquella ceremonia solemne y una de las hijas de mi abuela, o sea una de nuestras madres, pues para los hijos de aquella casa nos daba igual cualquiera de ellas, estaba todavía en la mar viniendo de un lugar que no estaba tan lejos del pueblo grande. Sería la primera vez que pasara esto. Entonces todos los mayores de mi casa se preocuparon y mi abuelo tuvo que bajar y seguir la costa hasta dar con ellos. Al final, bastante alejado del cementerio, y sobre unos salientes

rocosos, los vio. Y les hizo el gesto e incluso los llamó para que pararan en la primera playa que encontraran, pues podían exponerse al furor del rey. Pero ya saben lo que le pasaba a mi abuelo con la voz, no creo que la tuviera de un hombre. En todo caso, no es fácil captar el sonido desde la mar proveniente de alguien que estuviera en tierra, aunque aparentemente se viera cerca. El viento marino se lleva fácilmente el sonido proveniente de tierra. Sea esto o no, a quien está a una distancia que lo distingues muy bien lo llamas a voz en grito y te dice, ¿eh?, no se ha enterado.

Mi abuelo vio a la hija y al hombre que la transportaba y los llamó, agitó la mano, pero no oyeron nada. Y se preocupó. ¿Ahora va a parar el cayuco ante todo el mundo como si fuera la única persona de la isla entera que no se ha enterado de que había hoy una ceremonia tan importante? ¿Y si algo sucede con ellos? En nuestra isla, si dejabas de cumplir una ley o si dejabas de someterte a alguna costumbre, nadie te imponía una multa, nadie te llamaba aparte para decirte nada; las consecuencias, si las hubiera, las vivirás en carne propia. ¡Estamos hablando de una isla en que las desgracias no escaseaban! A aquella hora, los niños mayores de mi casa y yo ya habíamos seguido el camino de nuestro abuelo y estábamos en la costa vecina de la playa del cementerio. ¿Qué habrá pasado para que tardaran tanto en un viaje de menos de una hora? Bueno, no se hablada de horas, pero desde la costa del pueblo grande hasta aquel sitio no había muchas piedras que evitar, no había muchos salientes en la costa, tampoco ninguna zona de mares bravos que dijéramos que podía justificar aquella tardanza. ¿Con qué dificultad se encontrarían para tardar tanto? No se diría que aquel hombre que la acompañó tenía que varar el cayuco, esconder sus útiles de la mar y coger su aparejo de subir palmeras y su hacha y

embarcarse en la tarea de cortar los racimos de dátiles de palmeras. Estaban ya cortados, y todo lo que había que embarcar estaba amontonado. ¿Qué había pasado para ser los primeros en desafiar las costumbres de la isla? El hombre remaba, se le hacía gestos, pero no veía nada. Se le gritaba, pero no oía. Mi abuelo estaba desesperado. No quedaban muchas oportunidades de hacerse oír, o dejar que le hablaran. Y era porque antes de llegar enfrente del cementerio había una islita. Según el estado de la mar y la habilidad del remero, se podía pasar por la cara marina de la misma, la que daba con el horizonte, o por la cara isleña, la que daba con la costa. Si por lo que fuera optaba por la cara marina, ya no se le podría hablar hasta estar cerca, demasiado cerca de todo el mundo, y el ridículo, y también el desafío, se haría demasiado evidente. Entonces había que usar cualquier cosa para que escuchara y que se le obligara a subir su cayuco en cualquier sitio de las costas apartadas. El arreglo se haría cuando la situación se normalizara. Además, desde aquellas zonas apartadas de la cara principal de la isla ellos no podían saber si la ceremonia de ofrenda había empezado o no, y no podían ser ellos los que incumplieran una norma con consecuencias imprevisibles, ¡y ante todo el mundo, con el poder que tenían las habladurías de la gente!

Cuando tienen todo reunido empezaban las oraciones de los sacristanes. Me imagino que era como una bendición a lo que pensaban dar al rey. Rezan, rezan, rezan, en aquella lengua que no puedo decir que era de mi isla, pues no la entendía; una vez considerado que eran suficientes aquellos rezos cantados, bajaban los cayucos al borde del mar y empezaban a llenarlos de lo que estaba amontonado. Solamente lo que había estado presente cuando rezaban los sacristanes, y no otra cosa que se hubiera añá-

dido posteriormente. Y luego salen unos hombres escogidos en los cayucos más grandes de la isla, y reman hasta cierta distancia lejos de la costa, pero enfrente de las casas. Lo que pasa allí solamente lo saben los que alguna vez han sido elegidos para aquella misión. Como a veces hay montones de cosas que llevar al rey de agua salada, salen más de una cayuco, pero aquella acción se hace bajo la atenta mirada de los sacristanes. Los que alguna vez han sido escogidos saben, y es lo que dicen, que lo echan todo al rey y lo hacen sin mirar al lugar donde lo arrojan. Están al borde del cayuco, dan la espalda al mar y echan todo lo que cogen del cayuco con sus propias manos. Yo siempre pensé que nunca podía ser uno de aquellos elegidos. Se me crecería un ojo en el cuello o detrás de la cabeza, pero no podría dejar de mirar para ver quién cogía todo lo que se echaba. Y claro, había castigos para el que incumpliera aquella prohibición: ser iría con el rey. Ya no se le volvería ver. Ya un poco crecido, me costaba creer que había en mi isla tan pocos hombres curiosos para que no quisieran conocer mejor aquel fenómeno. Porque lo era, no me dirán que no. Ya dije de lo que se echaba por el mar. El fenómeno no era porque se dejara o no de mirar, y allá cada cual con lo que quiere saber de la vida que le rodea. El fenómeno estaba en que conociendo la cualidad de todo lo que se había hecho entrega al rey, efectivamente él lo cogía todo, pero absolutamente todo, y a pocos metros del pueblo grande, donde nadie podía decir que había sido engañado. ¿Pero había alguna prueba de que aquel rey aceptaba todo aquello y lo cogía todo para su despensa? La prueba era que ningún trozo de todo lo que se le echaba volvía a ningún punto de la isla, habiendo tantas corrientes en ella. Además, y por eso quería hablar de lo que se le echaba, se podía dudar de la aceptación por el rey de un

plato de hojalata, de una plancha de carbón, de una botella de coñac o de unas cerraduras, pues son objetos que solamente permanecen unos segundos a flote, al cabo de los cuales buscan la mayor seguridad de un fondo firme donde reposar, pero en la ofrenda hay variedad de objetos que jamás de los jamases se hundirían aunque se encontrasen con el mar más bravo de toda la temporada: trozos de leña, racimos de banana, brazas de tela, lienzos para atar la cabeza, paquetes de cigarrillo, más leña, más racimos de banana y más tela para la ropa del rey y de sus hijas, cosas que todo el mundo sabe que seguirían flotando pasara lo que pasase en el mar. Y ninguno de aquellos objetos volvía a tierra al mismo día ni al siguiente, ni nadie que hubiera estado pescando por los confines del horizonte daba con ellos, con la escasez de todo que padecía la gente. ¿No era un milagro? Yo, para decir la verdad, nunca viví de cerca aquella ceremonia, o lo viví como la mayoría de los isleños, desde la playa y ayudando a cargar los cayucos cuando tocaba, pero nunca dejé de pensar en lo que consideré el misterio más público de mi isla. Y ya dije que era una de las cosas ocultas que me daban menos miedo, pues creía que si al rey le disgustaba algo que se espabilara. Increíble todo, desde el principio al fin. En la parte sur de la isla hay una playa, que se llama Playa Rica, porque en ella se deposita muchas cosas que venían de otras costas, de otros países. Entre estas cosas, no faltaba nunca el alquitrán. El alquitrán no servía nada más que para manchar aquella playa, aunque a veces los hombres usaban un poco de él para tapar los agujeros de sus cayucos, hechos de maderas que no se hunden, pero que tienen otros defectos. Pero aparte de eso, ese alquitrán solo llegaba de donde no sabíamos para pegarse a los pies de los que pasaban por aquella playa. A la misma llegan también tablas

con nombres escritos en el extranjero, botellas y latas, y muchos troncos de maderas que nunca había habido en nuestra isla. Y los hombres los aprovechaban para hacer cayucos de maderas extranjeras. Pero debían tener más fuerzas, pues aquella madera era dura. Pues escribo de aquella playa para que todos pudieran esperar que alguna cosa que no había llegado al palacio del rey acabaría allí, pero nunca se recogió en aquella playa algo del que se sospechara que había venido de una partida rechazada por el Rey de Agua Salada. Nunca. ¿Y si lo encontrara alguien y no dijera nada? ¿Y para qué? ¿Si en la isla no había nadie que dudaba de la veracidad de aquella ceremonia, excepto yo! Y tenía pocos años, tan pocos para creer que de haber seguido en aquel sitio hubiera dicho que me sentía mal cuando me eligieran para ir a dar de comer al rey. Sabría que no aguantaría la curiosidad. O iría, no lo aguantaría y no sabrían de mí y nadie contaría hoy esta historia. Para que no crean que es un invento mío lo de que sentía mucha curiosidad por aquello del Rey de Agua Salada que recibía nuestra ofrenda, siempre pensé en una vida en el palacio de aquel rey, y siempre tuve en mi mente el aspecto que tenía. Y es que como decían que quien mirase era tragado por las aguas, y como estaba seguro de que era incapaz de dejar de mirar, cuando lo hiciera me tragarían las aguas y caería directamente en las escaleras de la entrada del palacio. Para acceder al mismo se bajaban unas escaleras. Yo lo podría dibujar ahora, como si lo estuviera viendo.

Aquel día mi abuelo hizo un gran esfuerzo, pues se acercó mucho a la costa, y con gestos y sacando aquella voz que nadie había oído, se hizo oír por el hombre que remaba el cayuco en que iba una de las hijas de mi abuela al cuidado de las cosas de comer que tenía ella amonto-

nada en un punto de la costa. Entonces aquel hombre lo vio y creyó que algo grave habría pasado para que el mismo abuelo hubiera bajado de su piso, solamente bajar. Entonces se acercó a aquella playa. La del cementerio. La misma no se utilizaba para casi nada, bueno, salvo para una actividad que no quiero decir ahora. Algo que no siempre se puede decir. Por otra parte, aquella playa era famosa porque desde un poquito lejos, enfrente mismo de la islita de la que ya hablé, se rompían las olas. Por aquella razón los chicos un poco grandecitos y los atrevidos iban con tablas de pecho o con cayucos enteros a deslizarse sobre ellas. Navegaban hacia la isla misma, ya sea con tablas, que son restos de cayucos rotos, o con cayucos enteros, aunque se ponían fuera de su protección, para que pudieran enfrentarse a una ola fuerte, y allí esperaban que rompiera una y que les acompañara con velocidad hacia la playa aquella. Eso ocurría en bajamar. Y por eso en ese tiempo los que no quisieran practicar aquel deslizarse sobre las olas pasaban por la otra cara de la isla. Y eso era lo que debía evitar mi abuelo si quería definitivamente que aquel hombre, que podría ser un yerno suyo, le escuchase. Y lo consiguió, pero ya dije lo que pasaba en aquel sitio con las olas. Solamente un remero experimentado y atrevido se hubiera atrevido a pasar allá con un cayuco cargado, y con una mujer sentada en él. De estos remeros experimentados y atrevidos había uno especial, que incluso iba a más en aquel atrevimiento. Yo sé cómo se llamaba, ¿pero por qué os he de decir su nombre si todavía no conocéis el de mi abuelo? Lo que estaba pasando allí era que había una situación que mi abuelo quería evitar a toda costa. Es decir, si al abuelo se le veía tan lejos de su piso era que algo había pasado. Les hacía gestos de que desembarcaran allí. Y el hombre que podría ser un yerno

suyo le obedeció. Aquel hombre también podría estar al corriente de lo que iba a tener lugar en la isla aquel día, pues ya dije que el pregón sobre la ofrenda era general. Pero como mi abuelo conocía la costa de aquella playa, se preocupó por lo que les podía pasar a la hija, al remero, al cayuco y a toda la carga que había en él con tantas olas rompiéndose una tras otra en su discurrir hacia la costa. Por eso cuando lo vimos, se había quitado el pantalón y se había metido un poco en el mar para esperar el cayuco. Imagínense la preocupación que tendría para que hiciera tal cosa. Era la primera vez que lo veíamos mojar alguna parte de su cuerpo en la mar. La primera vez en nuestras vidas, que era mucha ya para haber estado viviendo en una isla, la isla de mar de Atlante, con el mar en sus cuatro costados. Era a la vez peligroso que se acercara al mar donde un cayuco podía ser lanzado por las olas en su loco romper en la arena de aquella playa. Era peligroso para él, que podía sufrir el golpe del aquel cayuco lanzado de aquella manera, gobernado, si lo sabía hacer, por aquel hombre que podría ser su yerno. Bueno, con el deslizarse sobre las olas con un cayuco había que ser muy bueno con el remo para mantener recto el cayuco. Pero en aquel caso no era nada recomendable lanzar el cayuco a la carrera de las olas porque estaba cargado y en él había una mujer sentada, que lo podría pasar muy mal si el remero perdía la dirección y el mismo se veía envuelto en las olas, con toda la carga desparramada por el agua. Si aquello ocurría, algo grave podía pasar con la mujer. En mi isla, las mujeres no sabían nada de gobernar cayucos ni las chicas se sumaban a los chicos para que, con las tablas, ir a deslizarse sobre las olas cuando son pequeñas. Por eso la hija de mi abuela, una de nuestras madres, estaba en peligro. Y por eso mi abuelo se quitó los pantalones y se metió en el agua para

frenar el rápido avance del cayuco en su deslizarse sobre las olas, algo que también era peligroso. Pero lo hizo, y cuando estuvimos cerca de él, ya había avanzado más, y las aguas le llegaban las rodillas. Le hubiéramos gritado que se apartara, pero estaba preocupado y decidido a salvar aquella situación. Allí las olas eran frecuentes y algunas llegan muy arriba, por lo que de vez en cuando había que retroceder para no terminar de mojar. A medida que avanzaba hacia el fondo, el agua alcanzaba niveles más altos en su cuerpo, por lo que tuvo que alzar un poco la camisa para que no terminara de mojar. Creo que hubiera estado mejor que lo quitara, pues ya iba bastante desnudo habiéndose quitado los pantalones. Nuestros corazones golpeaban desde donde estábamos porque sabíamos que cualquier cosa grave podía pasar. Éramos menores y por eso no podíamos ayudar en nada, al menos en lo que había que hacer para que el cayuco aquel llegara a la arena sin que le pasara nada. Y nuestro abuelo, con aquel alzarse la camisa para no mojarla dejó al descubierto una cosa de plástico que tenía como colgada en uno de sus costados. Yo creo que era el derecho. Sí, algo que estaba allí colgado, que no era ropa ni parte de su cuerpo. Algo que estaba como taponando un agujero. Lo vimos muy bien. Nos sorprendimos cuando lo vimos, pues casi no conocíamos nada de aquel hombre. ¿Qué era aquello?

Lo que pasó allí en aquella costa fue que el remero tuvo miedo de lo que podía pasar. Si gobernaba mal aquel cayuco, las olas podían revolverlo, y en su rapidísimo viaje hacia la arena, podía golpear a la mujer que había estado sentada en ella, o también a su padre, y a cualquiera le podía pasar algo grave. A la mujer, por no estar acostumbrada a los manejos con el agua del mar; al hombre por la edad, por falta de costumbre, y, aquel día lo veíamos,

estaba enfermo. Entonces, un poco cerca de la costa, dejó el remo en el cayuco, se saltó al agua y agarró la parte trasera del cayuco. Su peso no era suficiente para retener el cayuco y evitar su arrastre violento hacia la costa, pero hacía algo. Fue así como llegaron a la arena y mandó a la mujer que bajara inmediatamente del cayuco, cosa que una mujer no podía hacer con la rapidez necesaria. Pero como ya estaba totalmente bañada, hizo lo que pudo y salió de aquel cayuco. La cuestión, entonces era retenerlo o mantenerlo recto para que las sucesivas olas ayudaran a empujarlo arriba, aunque sea solamente un poquito. Entonces nuestros brazos, y los de nuestra madre, hicieron falta, pues mientras los dos hombres mantenían sujeto el cayuco, nosotros debíamos darnos prisa para descargarlo, dejándolo todo lo más lejos posible del agua. Todo, y ya no importaba que era algo que no podíamos alzar por ser demasiado pesado. Hicimos lo que pudimos, sudando la gota de esfuerzo, y pese a estar casi en el agua, y vaciamos aquel cayuco. Pudimos con el trabajo. Quedaba moverlo un poquito arriba para dejarlo a salvo de las sacudidas de las olas. Aquellos lo hicimos también. Hecho todo esto, mi abuelo dijo a nuestra madre que había estado en aquel cayuco que se fuera con nosotros a casa, y como creía él que todavía se podía contribuir en la ofrenda al rey, que dijera a nuestra abuela que le diera el filtro de agua que había sobre la mesa del piso de arriba. Todo esto se lo dijo en voz tan baja que no nos enteramos. Nos lo contó ella después. Y como fue sincera con nosotros, nos atrevimos a preguntarle por lo que llevaba colgado el abuelo en el costado, o en vientre. ¿Qué era?

Hicimos lo que nos mandó el abuelo y subimos de aquella costa con parte de la carga en la cabeza. Íbamos a casa a coger el filtro para entregarlo al rey. Aquel filtro lo

conocía. Era como una botella, o vasija, que formaba parte de lo que curioseábamos cuando nuestro abuelo no estaba en casa, cosa que ocurrió pocas veces, muy pocas veces. Aquel filtro nos gustaba mucho, creíamos que era un objeto precioso. En una de sus esquinas, en la parte delantera, tenía un grifo. Para mí, era el objeto más bonito que había en mi casa, en la parte de arriba de ella. Lo vi llevar a mi abuela y me entristecí. Aquella tarde no fui al lugar de las oraciones. Quería ver las evoluciones de los cayucos desde la costa cercana a mi casa. No quería estar en medio de la gente sin creer que el rey cogía lo que se le echaba. Quería estar solo y curiosear y hacer solamente mía la duda esa de que los que estaban en el cayuco no veían quién cogía las cosas. Y que no miraban por miedo a lo que les podía pasar. En el *vidjil* mayor estaba congregada casi toda la isla, desde el principio al final. Creo que solamente dejaron de asistir al acto mi abuelo y el remero del cayuco. Aquel día, y mientras veníamos de aquella playa con nuestras cargas en la cabeza, yo estaba atrás de los demás hermanos, y antes de que les perdiera de vista, yo eché la vista atrás y los vi sentados en la arena, juntos, como hablando. Sería una de las pocas veces, y aquel hombre, uno de los pocos en haber escuchado la voz de mi abuelo. ¿De qué hablarían?, qué le contaría el abuelo? Serían cosas interesantes, tan interesantes para que, unos meses más tarde, ocurriera lo que paso a contar.

Una noche, a las tantas de la noche, cuando ya estábamos en la cama, oímos voces de gente mayor. En realidad era la gente mayor la única que podía hablar de noche. ¿Qué había pasado? Pues que un hombre joven vino llorando de su casa porque se acababa de ir a vivir con su mujer, y vino a quejarse porque la mujer no era completa. ¿No era completa? Lloraba, y era porque aquello le había

dolido mucho. Resulta que la mujer era una sobrina de mi abuela que se había criado en nuestra casa. ¿El hombre? Pues el mismísimo que habíamos dejado hablando con mi abuelo en la playa del cementerio. Con el tiempo hizo todas las formalidades para casarse con ella, y creo que parte de los trabajos que tenía que cumplir para merecer la mano de ella era ir al sitio aquel a transportar por mar aquella carga. ¿Por qué tardarían tanto?, ¿trataba de convencer a la de mi casa que lo acompañó? ¿De qué? Pues por aquello estuvieron a punto de sufrir una desgracia. Pues aquella noche vino llorando porque la mujer no estaba completa. Pero era la primera noche, ¿qué esperabas en el primer día de estar con ella? Lo que me dijeron fue que lamentó, y por eso vino llorando del otro extremo del pueblo donde vivía hasta nuestra casa, porque la mujer no era completa. Fue lo que llegaron a mis oídos. En realidad dijeron algo en nuestra lengua que puedo traducir por aquella palabra. Fue más tarde, cuando me hice un poco mayor, cuando me enteré bien de sus quejas. Lo que esperaba aquel hombre es haber sido el primero en la vida de aquella chica. Quería que aquella fuera virgen, que, al parecer, y según creía el hombre, lo aparentaba. Pero, y no sabría cómo, descubrió que no, y aquello le dolió muchísimo; de hecho, hizo que no pudiera contener su llanto desde donde vivía hasta nuestra casa. Cuando me enteré de la verdadera 'carne' de aquella historia, me reí mucho. ¿Qué quería que se le hiciera si había encontrado a la mujer como la encontró? Incluso algunos dicen que llegó casi desnudo, llorando. Eso no lo creo tanto, pero creo que uno y otro es una manera exagerada de sentir la realidad. La decepción por no encontrar virgen a una mujer, creyéndola en ese estado, es ¿tanta? No lo puedo creer. No sé cómo se resolvió aquel caso, y espero que no hubiera

supuesto mucho para mi abuelo, que lo probable era que conociera cómo se gestó aquella relación, pues ¿qué estarían hablando en la playa del cementerio? Ya dije que quedaron allí, y no sé si aquel hombre joven sabía que mi abuelo tenía aquella bolsa colgada en un costado de su vientre. Si no es así, lo probable es que se contaron sus cosas, pues el joven ya había compartido su mal, o sea, la enfermedad que padecía mi abuelo y que por ella llevaba aquella bolsa en el costado. Lo hecho es que a partir de aquella fecha empecé a comprender un poco a mi abuelo. Cuando pregunté por lo que era aquella bolsa, casi lloro. O lloré por lo que sentí. Sentí pena por él, y recordé que su vida nos llamaba tanto la atención que un día nos metimos en su habitación para ver lo que había en ella. Puedo decir lo que había ahí. Pero ocurrió que cuando estuvimos dentro, y una vez salido, hicimos con los dedos la señal de silencio. Solamente nosotros sabíamos lo que habíamos visto, y no quisimos contarlo a otros que no habían estado en la habitación. Y no lo quisimos hacerlo porque ellos lo podían contar a nuestras madres, a nuestra abuela, y nuestro abuelo podía saber que habíamos estado mirando sus cosas en su ausencia, cosa que podía terminar con castigos severos. Sí, tuvimos miedo de lo que vimos, pero con aquel gesto dijimos que no diríamos nada a nadie y solamente conoceríamos lo que había detrás de aquella puerta. Y cerramos la boca para siempre. Esta es la razón por la que no digo lo que había en aquella habitación.

Aquella bolsa. Mi abuelo no tenía ano, y la llevaba para recoger lo que no podía salir de forma natural. ¿Desde cuándo padecía de aquella falta? Lo probable era que fue a raíz de aquella enfermedad que perdió su trabajo en el barco que trabajaba. Creo que siento un malestar profundo cuando hablo de aquel asunto, y desde que lo

conocí. Debió ser terrible vivir en aquellos tiempos con aquel mal. ¿Qué hacía?, ¿cómo empezó la enfermedad?, ¿dónde le colocaron la bolsa? ¿Cuánta gente sabía de su enfermedad? También podía ser la causa de que no viviera con los demás, que no fuera al *vidjil*, que no pescara. Creo ahora que era razonable la vida que llevaba. Repito ahora que no le vi comer. Nunca le vi comer nada. Y creo que con aquella dolencia no podía comer cualquier cosa. Lo digo porque pensaría que no era cuestión que de vez en cuando aquellas bolsas se llenaran y las tuviera que vaciar. Lo encontraría pesado. ¡En una isla en la que no había nada y vivir sin poder hacer la vida común! Cuando conocí aquel hecho, consideré que mi abuelo había sido un héroe. Pese a esto, no comprendí todo lo que rodeaba su vida. ¿Qué tenía aquel corte de pelo con todo lo que tuvo que estar padeciendo? ¿Era una promesa?, ¿un rito? Sé que se decía que los hombres que habían estado trabajando en un barco conocían muchas cosas secretas, y hacían muchos pactos. Se decía muchas cosas de ellos. Yo no lo sé, y dejé de ver a mi abuelo sin saber lo que estaba detrás de aquel corte de cabello tan feo. La mitad de la cabeza rapada, y creo que constantemente se preocupaba de mantenerlo. ¿No era una cosa de la que había que preguntar? Una vez hice un dibujo de cuando lo vi en la arena, con medio cuerpo en el mar, sin pantalones, en la playa del cementerio. Era un hombre seco como un hilo; claro, no comería nada, por no tener ano donde sacar lo que no servía. Aunque vestido, no se notaba que estaba en los huesos. Mi abuelo.

Al hablar de aquel hombre que vino llorando porque su mujer no estaba completa, o porque no la encontró como lo esperaba, me acuerdo de nuestra niñez. De lo que

sentíamos conviviendo niños con niñas. Ya dije que, desde que empezamos a aprender el abecedario ideovisual, los niños estaban separados de las niñas. Y en la iglesia, cuando ibas a misa cada domingo, si eras chico u hombre ibas a la izquierda, si chica o mujer, tomabas los asientos de la parte derecha de la iglesia, según se entraba. Durante la misa, el padre no decía nada de aquella división, pero de niño nos inculcaron que mujer y hombre no debían convivir. Esto se decía para mantenernos alejados de las niñas. Las niñas sabían lo mismo. Pero con aquellos años los niños y las niñas sabían lo que no podían contar a los mayores. No podíamos contar a nuestros mayores que habíamos estado jugando a papá y mamá. Cuando nuestros padres no estaban, e incluso no teníamos todavía la edad de ir a la escuela, jugábamos a cocinitas, y todos los niños que estábamos nos dividíamos en madre, padre e hijos. Los que hacían el papel de hijos hacían los recados y podían recibir un coscorrón; los que ejercían de madres se alejaban de nosotros y luego volvían con la carga de leña y con los alimentos. Habían vuelto de la plantación. El que ejercía de padre también se alejaba y luego regresaba con la pesca conseguida. La madre cocinaba, todos comían y llegaba la hora de dormir. Pero todo simulando, como haciendo una representación. Lo que era de verdad eran los coscorrones. Los hijos se acostaban como podían, pero la madre y el padre tenían que dormir juntos. Nosotros los niños sabíamos que el papá tenía que dormir con la mamá, aunque, como en mi caso, era una cosa que nunca habíamos visto hacer a nuestros mayores. En nuestra familia no habíamos visto aquello que sabíamos que se producía, pues no había ningún papá que durmiera con la mamá. Yo no sabía si mi abuela dormía con mi abuelo, pues ella era la última en dormir. Nunca pregunté por

donde dormía ella. Pero aun así, nosotros jugábamos a mamá y papá. Siempre había dos que tenían que hacer aquel papel. Sé que por aquellas edades lo nuestro terminaba allí. Sé también que una chica y un chico podían ir a jugar a papá y mamá en otro sitio, solos. Es decir, podían hacer algo que no harían si todos los hijos estuvieran cerca. Pero sé que para hacerlo tenían que abandonar a la «familia», pues era una cosa que no podían hacer delante de los hijos. Creo que aunque vivíamos en una casa en la que no veíamos que nuestras madres hicieran nada con ningún hombre, pues no había, casi, sabíamos que se podía jugar a mamá y papá. De lo que yo sé, no se hacía gran cosa con aquel jugar a los mayores, aunque para ello había que alejarse y buscar un escondrijo. Podía pasar que el juego se rompiera con la búsqueda del escondrijo, pues la «familia» entera se resentía del abandono cuando los «padres» se alejaban para ejercer de tales. Entonces todos los hijos se levantaban y decían que ya no querían jugar más, que se iban a sus casas. Digo que no se hacía gran cosa, pero era algo que los niños no podían decir que habían estado haciendo. Y aunque no era nada, cuando los chicos, ya crecidos, querían hacer más de lo que sabían de aquellos juegos de papá y mamá, utilizaban las mismas palabras. Pensaban que era un juego. Y todavía era algo que no podían contar a sus mayores. Pues podía ocurrir que la «mamá» se disgustara, o que uno de los hijos se enfadara por lo que creía que había sido un abandono y se fueran de la lengua. Entonces los verdaderos padres se podían enterar y la cosa podía acabar de manera drástica. Con picante ardiendo dentro de ella por un pecado que no había cometido, o que pensaba cometer, o que había cometido solamente un poquito, cosas de niños. Bueno, utilizaban el picante para castigar a las niñas que habían

hecho con un niño algo que no confesarían. El picante se lo metían ahí, y lloraban durante horas. Creo que el Padre, los padres, el maestro y todos los mayores estaban al tanto de lo que podíamos hacer. Y creo que aquella vigilancia fue eficaz y de allí que llegábamos a mayores conociendo que se podía jugar a papá y mamá, pero sin practicarlo. De hecho, cualquier hombre joven que hubiera llegado a la edad de llevar bebidas a la casa de una chica con la que quisiera casar podía esperar, como lo esperaba aquel hombre con el que habló mi abuelo en la playa del cementerio, que aquella chica estuviera «completa», es decir, que los juegos a padre y madre solamente se hubiera limitado a echarse en el suelo y cerrar los ojos. Pero, claro, había algunos que no tenían miedo del picante o que encontraron buen escondrijo, una casa en construcción, la casa propia durante la ausencia de los mayores, o el hueco de un cayuco vuelto boca abajo. Yo creo que supimos hacer bien las cosas, pues francamente yo no vi muchas aplicaciones de picante ni otra lágrima porque castigaran a alguien por lo que hubiera hecho en ausencia de sus padres. De ahí que creyera que aquel hombre que vino llorando a nuestra casa porque la chica a cuya casa había llevado las bebidas no estaba completa había exagerado. Lloraba como un niño, y todos lo vieron cruzar el pueblo con su pena en la garganta. Había exagerado. ¿Y si hubiese sido mentira que aquella chica no estaba completa? Además, ¿era una cosa que no podía aguantar? ¿Era irremediable? En todo caso, nací en aquella isla y empecé a ser mayor en ella y nunca alguien de mi familia me dijo nada de lo que debía esperar de una chica a cuya casa hubiera llevado bebidas porque quería tener algo serio con ella. O quizá aquella enseñanza corría a cargo de los hombres, que no había en mi casa. Yo crecía sin saber qué esperaría de cualquier chica con quien

hablara con intenciones serias. Yo no sabía lo que era aquello de ser completa, algo que me podía obligar a ir llorando, a las tantas de la noche, a la casa donde había vivido la chica para seguir llorando y que me tuvieran compasión. ¿Dónde se aprendía aquellos conocimientos? ¿Quién se los enseñó a aquel hombre joven? Si es un conocimiento importante, crecí sin ello. E incluso, quizá los hombres tenían que tener una preparación especial para llevar las bebidas a la chica de su corazón, pero nunca me dijeron nada. Ah, nunca vi que aplicaran picante a ningún chico, solamente lo oí decir.

Todo lo que dije sobre chicos y chicas, en realidad niños y niñas, era para que se supiera que vivíamos en nuestro pueblo grande, y en los otros pueblos de aquella isla de mar atlante, con niños y niñas viviendo con lo que sabía o creía que era la verdad. Y lo cuento para decir que en este aspecto no había nada sobresaliente, nada especial que el hecho de que los niños y niñas tenían ojos para ver, y un corazón que podía sentir. En general, todos los niños y niñas que tenían la edad para la primera comunión, o que estuvieran debajo de aquella edad, eran considerados inocentes, o sea, «puros». Todos los de aquella edad eran puros, y no conocí ningún caso de algún niño o niña del que podían decir que tenía algún mal por el que dejaba de ser inocente. Y por eso todos podían ser utilizados cuando se necesitaba de gente pura para algún fin. Como en mi isla los hombres nunca podían ser visitados de noche por nadie para que sintieran calor y se viesan obligados a bañarse en agua salada, como ocurría con las malignas, los niños nunca podían ser afectados por aquel terrible mal. Pero tampoco las niñas. Salvo las enfermedades normales, no había otro mal que las podía afectar. Eran también puras. Y, como ya dije, eran utilizadas cuando se pensaba

que se necesitaba de gente pura. Por ejemplo, en nuestro pueblo había una enfermedad que se curaba con la orina, pero no con la de cualquiera, sino la de los niños, y solamente de ellos. Decían que la daban de beber a los que estaban afectados de aquella enfermedad. Entonces podías ver a los ayudantes del médico que estuviera curando un caso recorriendo las calles con sus botellas para que los niños las llenaran de orina, tantas como hubiera necesidad. Solamente la orina de los puros, o de las que lo fueran, las niñas. Pero, claro, no era tan fácil para las niñas orinar en una botella de boca pequeña, aunque hacían lo que podían. Yo conozco la enfermedad que se curaba con tantas orinas de gente pura, aunque solamente la conociera en mi lengua, en la de mi isla. Pues ahora creo que si verdaderamente aquella enfermedad se curaba con la orina, valdría cualquiera, sea de niño o de mayor. Igualmente creo conocer las razones por las que solamente cogían la de los puros, los inocentes. Pero no hace falta que lo diga, pues cualquiera puede pensar por qué. Entonces podemos todos pensar en lo que, en aquel aspecto, entendían por pureza.

Pasó el tiempo sobre nuestra isla; no sabíamos nada de nuestros padres, que estaban en un lugar en que se iba en barco. Salió y se puso el sol, llovió, vivimos la lluvia en nuestro pueblo grande y cuando llegó la seca todas las madres cogieron a sus hijos y fueron a sus poblados. En nuestra isla la gente va a los poblados en que tienen plantaciones. Van casi todos, menos mi abuelo y unos cuantos que tienen sus razones para quedarse en el pueblo grande. En realidad, con mi abuelo pasó una cosa que creo que es debido a circunstancias que no conozco, y es que desde que lo dejamos en la playa del cementerio, me quedé con la sensación de que fue la última vez que lo vi. Que lo dejé

sentado allí, charlando con el hombre que había estado transportado a la hija de mi abuela. Y tengo este sentimiento a pesar de que cuando aquel hombre vino llorando a nuestra casa, mi abuelo debió decir algo. Pero de ello no me acuerdo. Para mí lo dejé allí en la playa aquel día en que iban a dar de comer al rey de agua salada. Fue la última vez que supe de él, aunque en realidad no lo fuera. Quizá el hecho de que lo viera en circunstancias especiales hizo que se me quedara grabada aquella fecha y aquel lugar. Además, fue aquel día en que descubrí que estaba muy enfermo, que quizá por aquella enfermedad perdió su puesto en el barco en que era capitán, y fue traído al pueblo para que alguien cuidara de él. Tenía una bolsa colgada del vientre, y allí entraban los restos, los excrementos. No quiero hablar más de eso. Con mi abuelo aprendí que aquella cosa podía pasar a un ser humano. Y creo que fue el único de mi isla que lo padeció. Bueno, tengo un sentimiento especial al recordarlo. En todo caso, para lo que fue mi vida, lo dejé sentado en la playa del cementerio, y desde allí no volví a saber de él hasta que murió. Aquel día, aquel mismo día de su muerte, quemaron muchas cosas que había en su habitación, cosas que habíamos visto cuando entramos en su ausencia. De las mismas tampoco quiero decir nada. Y ya dije por qué.

Todos lo que pudieron fueron a los pueblos para trabajar en las plantaciones y cosechar lo que se plantó al principio de la época de lluvia. En el pueblo grande, y junto con los que no podían trasladarse a los pueblos por alguna razón, se quedaba el Padre. Nunca iba a los pueblos, y no los conocía. Me hubiera gustado que se fuera al poblado cuyo patrón era San Xuan. Me hubiera gustado que durmiera allí. Pero en aquel pueblo no había ninguna casa de la Misión, y si hubiera ido, hubiera tenido que

dormir en una cama de hojas secas de banano. En una casa de techo de jambab'u, en una cama de las características dichas, excavadas en el suelo de la casa. Si hubiera ido el cura al poblado de San Xuan, le hubieran dado un orinal para mear en él durante la noche. Y si hubiera tenido la necesidad mayor, lo hubiera hecho en aquel orinal y por la mañana lo hubiera dado a alguien de nuestro pueblo para que lo fuera a vaciar donde sabía, en las afueras del pueblo. Yo creo que por todas aquellas razones el Padre nunca iba a los poblados, y se quedaba en el pueblo grande, en la Misión. Pero me hubiera gustado que pasara una noche en el poblado de San Xuan, el severísimo patrón de la playa en forma de cueva. Me hubiera gustado saber qué hubiera pasado entre los dos, si le hubiera dejado dormir.

Fuimos a los poblados con nuestras madres, y fueron los que tenían hijos que ya andaban, y con hijos que había que llevar en la espalda. La mayoría de los que iban a los pueblos tenían que bajar la cuesta donde al final había un río de aguas frescas para tomar. Para ir a casi todos los poblados no había otro camino, salvo que se fuera en cayuco. Pero ay de los que estaban destinados a poner su cayuco en la cueva del pueblo de San Xuan. Allí había unas olas... Pero al final se va. Había muchas cosas que hacer en los pueblos para que por culpa de las olas alguien se quedara en el pueblo grande durante la seca. Quien se quedaba, corría el riesgo de no tener qué comer durante la época de lluvia. O de tener poco, para no comer mucho si durante muchos días no paraba de llover. Comer pescado era otra cosa. Era muy difícil comer pescado en el pueblo grande durante la época seca. Y era por dos razones. No quedaban muchos hombres en el mismo, y la mar estaba muy cambiada para que fuera fácil pescar. Y hacía frío. Entonces había que esperar la vuelta de todos, y con el

cambio del tiempo, para comer pescado. Allá en los poblados se vivía otra vida. Una parte de esta vida, algo que ocurrió durante una época de seca, quedó grabado en mi memoria, y recordaré parte de la misma. Fue algo que dio mucha pena. A mí y a todos los que la vivieron.

Estando en el pueblo del sur el amigo de mi abuelo, el que vino una vez a hablar con él y juntos fueron al cementerio, alguien le pidió que le hiciera un cayuco. Ya sabemos que era un maestro. En hacer cayucos y en otras cosas. De hecho, sabía hablar como los calabares, y bailaba como ellos. Pues aquel hombre aceptó la petición, fue al sitio, tumbaron el árbol elegido y cuando alguien podía hablar de lo que hacía, ya estaba dando la forma interior del cayuco, el primer ahuecado. Era el trabajo más duro y para ello a veces el maestro es ayudado por un hombre más joven. Habían avanzado bastante en aquel trabajo, y estando en el sitio de obras, recibió la visita de una mujer con su hijo en la espalda. ¿Quién era aquella mujer? Pues era su ahijada, una mujer que desde muy joven perdió a su padre, perdió a su madre y se quedó sola, con una hermana. Fue a aquel sitio donde trabajaba aquel hombre, del que era ahijada, a pedirle un favor. Quería que aquel padrino suyo le transportara al pueblo grande porque su hijo, de algunos meses, estaba enfermo. Era un hijo que apenas gateaba. ¿Quién era aquel hijo? Pues precisamente era Luis Mari, que era el único hijo que tenía aquella mujer. Fue al sitio donde trabajaba su padrino para pedirle el favor. Estaba sola en aquel pueblo y se enfermó el niño que tuvo desde la visita a los barcos de los que robaban el pescado de nuestra isla. Habló con voz llorosa diciendo que aquel niño blanco ardía de fiebre, y, como ya todos saben, no había ningún remedio en aquel pueblo del sur, y pensaba llevarle al pueblo grande por si alguien, el que estaba al cuidado del hospital, le diera algo.

Su padrino no tenía duda de su necesidad y creyó en ella. Incluso no miró al niño, que estaba en las espaldas de aquella ahijada suya, con los ojos cerrados, o durmiendo. Pero la enfermedad de aquel niño coincidió con el hecho de que la mayoría de los hombres de aquel pueblo del sur ya fueron avisados de que aquella misma tarde se necesitaba su ayuda para llevar el cayuco a la costa, donde se harían los trabajos definitivos. Ya las mujeres parientas del dueño del cayuco ya fueron avisadas para que tuvieran preparadas las sopas de malanga para los que vayan a tomar parte en aquel duro trabajo. Entonces, como todo los preparativos estaban hechos y todo el mundo ya estaba avisado, aquel trabajo no podía dejar de tener lugar. Eso fue lo que le dijo, pero como ahijada suya que era, le prometió que se le atendería después de dejar el cayuco a medio hacer en la costa. Lo que le dijo es que después de dejar el cayuco a orillas del mar para darle la forma definitiva, pediría al mismo dueño del cayuco que le hiciera el favor de llevarle al pueblo grande, donde encontraría remedio a los males de aquel niño de padre extranjero. El padre del niño era extranjero de una nación amiga, aunque ladrona de nuestra pesca. Por las relaciones que tenían, aquel joven no podía dejar de hacerle el favor. El maestro ya era mayor y ya le pesaban ciertas tareas, y le hubiera pesado remar con cierta prisa hasta el pueblo grande en un cayuco en el que también llevaría a su ahijada y al niño de ella. Quedaron como les dijo su padrino y aquella mujer fue a casa a esperar la hora cuya salida tendría lugar. Pasaron las horas, y todos estuvieron alrededor del cayuco. Tenía la cuerda atada, los rodillos fueron cortados, las varas u otros troncos pequeños fueron traídos y se esperaba a los últimos, pues como todos no tenían la misma casa, no habían tenido el mismo trabajo, y no llegaron todos al mismo tiempo. Pero al mismo sitio se presentó la

mujer del niño enfermo. Aquella mujer que solamente tenía en vida a su hermana sabía que nunca sobraban brazos para arrastrar un cayuco a su sitio definitivo, por lo que su fuerza sería necesaria, pues hasta la hora de partir no haría nada salvo estar con su hijo enfermo. Y lo trajo como antes, en la espalda.

Llegaron todos, miraron los preparativos y aquel maestro revisó todo, miró a todos lo que estaban allí, hizo la señal de la cruz y les avisó de que iba a empezar el largo camino hacia la costa. Y entonó aquella canción de la que dije que era la más bonita que había escuchado:

Aaale, toma suguewa – ¡Alewa! Aaaalee, toma suguewa – ¡Alewa! Y empezó el traslado de aquel cayuco. Todos tiraban, empezaron a sudar, se tenía cuidado para que no hubiera un accidente. De hecho, había una sogá amarrada en la parte trasera del cayuco y cuyo extremo llevaba un hombre que andaba detrás de todos, extremo al que agarrarían si por cualquiera razón el cayuco del que tiraban tomaba un camino no deseado y se le había que parar.

Aaale, toma suguewa – ¡Alewa! Aaaalee, toma suguewa – ¡Alewa!, y avanzaban un trecho. Sudaban los hombres, sudaban las mujeres, y aquella ahijada del maestro sudaba más, pues aparte de tirar, tenía en la espalda el niño enfermo. Desde que fuera a pedir la ayuda a su padrino, tenía la cara de preocupación, pues la enfermedad del hijito, dijo, era grave. Pero no había otra cosa que hacer si los planes estaban hechos, y tenía que esperar. Entendía que tenía que esperar, y de allí que comprendiera que tenía que ayudar, y pese a la gravedad de la enfermedad de su hijo pequeñito. El maestro también vio que aquel hijo estaba muy enfermo, aunque no lo mirara cuando lo trajo su madre. Lo debió presentir por una cosa que solamente tienen los mayores.

Aaale, toma suguewa – ¡Alewa! Aaaalee, toma suguewa – ¡Alewa! Y avanzaba un trecho aquel cayuco en su camino hacia la mar. Los hombres sudaban, el maestro sudaba, y sudaba la ahijada con el hijo enfermo en la espalda. Durante aquel descenso tenía que gritar aquel maestro para prevenir a los que tiraban del cayuco, pues si no habían tenido tiempo de apartarse, podían ser aplastados por el mismo o golpeados, y aquel hecho podía traer una desgracia. Entonaba el maestro, tiraban los hombres, tiraban las mujeres y lo hacía también aquella mujer con el niño en la espalda. Y si todos los hombres batían el corazón por el esfuerzo hecho, ella lo batía más, pues hacía el mismo esfuerzo y tenía el corazón ocupado por la enfermedad de su hijo. Entonaba el maestro y aquella canción era llevada por los ecos a todos los rincones de aquel pueblo. Cualquiera que estuviera en otro sitio escuchaba aquella breve, pero intensa canción: *Aaale, toma suguewa – ¡Alewa! Aaaalee, toma suguewa – ¡Alewa!*, y sudaban, se preocupaban, se apartaban del camino para esquivar los ímpetus en que se traducen las fuerzas de todos los hombres, mujeres y la ahijada del maestro, que no cesaba de cantar: Maestro: *Aaale, toma suguewa –*

Todos: *¡Alewa!*

Maestro: *Aaaalee, toma suguewa –*

Todos: *¡Alewa!*

Y retumbaban los ecos de aquella canción por todos los bosques, por todos los rincones de aquel pueblo. Y los hombres, las mujeres, la mujer con el niño en la espalda, no dejaron de tirar cuando lo mandaba el maestro.

Todos buscaban la costa con sus esfuerzos. Durante el camino tuvieron que hacer varias paradas para descansar, en las que la mujer se apartaba un poco de los hombres y sacaba de la espalda al hijo enfermo. Lo hacía quizá para

amamantarlo, pero también para aliviar la espalda. Y aunque participaba como todos en el arrastre del cayuco, debía apartarse un poco para amamantar al hijo, pues amamantar no era una cosa que hacían los hombres, por lo que no lo podía hacer entre ellos. Todos descansaban, el maestro miraba a todos y empezaba de nuevo aquella canción: *Aaale, toma suguewa – ¡Alewa! Aaaalee, toma suguewa – ¡Alewa! Aaale, toma suguewa – ¡Alewa! Aaaalee, toma suguewa – ¡Alewa!* Podemos tirar un poco de él? **TiREmos!** Tiremos un poco de el, **¡TiREmos!** ¿Pueden tirar un poco de él? **¡TiRemos!** Pero debo de decir que alewa no era una palabra de mi lengua, y solamente lo oí usar para el arrastre del cayuco hacia la costa. No para otra cosa.

Durante aquel día aquellos hombres y mujeres tiraron de aquel cayuco hasta el límite de sus fuerzas, se cansaron, pidieron un descanso al maestro, lo tuvieron, y luego se agarraron otra vez a la cuerda con la canción: *Aaale, toma suguewa – ¡Alewa! Aaaalee, toma suguewa – ¡Alewa!* La mujer estaba al límite, pero no quería abandonar, no podía abandonar. Tenía al niño enfermo en la espalda, pero debía seguir esforzándose para hacer fuerza y dejar al cayuco donde debía quedar para que el maestro terminara de trabajar en él. Si aquella mujer tuviera un hijo mayor, o si el hijo que tenía en la espalda ya sabía remar, cuando aquel cayuco estuviera definitivamente hecho sería uno de los encargados de navegarlo por primera vez. Los cayucos recién hechos se entregan a los niños para que lo «curaran». Curar el cayuco era navegarlo por primera vez, pero durante varios días, para conocer su calidad. En todo caso, una vez puesto en el agua y entregado a los niños, no se hacía otro retoque. Se curaba chupando agua salada y eliminando la que contenía y se acostumbraba a la navegación. Pero a la navegación costera, y de allí que lo entrega-

ran a los niños, que no sabían alejarse todavía de la costa. Era lo que se hacía, pero la ahijada de aquel maestro no tenía hijos mayores, y el único hijo que tenía estaba en la espalda todavía, por ser menor; y estaba enfermo. Cantó el maestro, respondió el coro, el maestro cantó, el coro lo recogió, y todos hicieron fuerza para dejar el cayuco donde debían, en la playa del pueblo de sur. El santo patrón de aquel pueblo no era tan severo, y era bizco. Llegado que hubieron a la playa, los hombres que no tenían otra cosa que hacer descansaron un poco, y junto con las mujeres, subieron al pueblo a comer la sopa de malanga que estaba cocinada para ellos. En el pueblo se juntaban otra vez alrededor de aquella olla, pero antes tenían que pasar por sus casas para coger el plato en que serían servidos. En aquel pueblo, y para aquellos tiempos en que nadie tenía nada, no había familia que tuviera en aquel pueblo tantos platos para que tanta gente, hombres y mujeres, pudieran ser servidos. Mientras se sentaban sobre las piedras para ser servidos, en la playa habían quedado tres personas que no habían podido subir al pueblo a comer la sopa de malanga: el maestro, la ahijada y el hombre que iba a transportarle al pueblo grande. El hombre joven buscó sus herramientas de navegar y los depositó en el cayuco elegido, que sería uno prestado o el del mismo maestro, que lo cedía para hacerle el favor a la ahijada. Teniendo ya el cayuco, lo dejaron al borde mismo del mar. En todos los pueblos de playas rocosas el mar era el protagonista, y no era un ser vivo al que se le podía dar la espalda. Con el cayuco en la boca del mar, era el momento de que se metiera la mujer y el niño. Ya estaban colocadas las hojas de bananos sobre las que se sentará aquella mujer, pero para hacerlo había que quitar al niño pequeño de la espalda. Y fue lo que hizo aquella mujer, pero para termi-

nar de sentarse, entregó brevemente al niño a su padrino. Aquel niño enfermo estaba envuelto en las telas con las que estaba ataba, y dormía, doliéndose de la enfermedad por la que le llevaban al pueblo grande en busca del remedio. Una vez hubo sentado, recogió a su hijo de las manos de su padrino y lo puso en su regazo. Era la hora de lanzar el cayuco al mar. A partir de aquel tiempo, todo iba a quedar en manos del joven aquel. Dependía de sus habilidades para salir airoso de aquella playa llena de negras piedras y otros salientes rocosos. Aligeró las manos, cogió su corazón, que es una manera de hablar de su nuestra isla, y fue empujado a la mar. En casi todos los pueblos cualquier remero necesitaba que alguien le empujara y que vigilara que no viniera una ola que impidiera su avance o que lo golpeará contra las rocas. Para eso estaba el maestro aquel, mirando cómo su gente salía de aquella playa llena de piedras. Si pasaba algo y un golpe de mar los devolvía furioso a la misma, aquel hombre sería el único que les podía socorrer, el único que podía lanzarse al agua para agarrar el cayuco y mantenerlo enderezado, pues sabía que cosas muy graves podían ocurrir si el remero perdía el control del cayuco y éste fuera depositado sobre las piedras de cualquier forma. A bordo estaba una mujer en cuyos brazos reposaba su hijo enfermo. Aquel cayuco, pues, no podía volcarse; no podían permitir que se volcara. Pero lo que dijimos no pasó, y aquel joven hizo lo que hace cualquier hombre que acaba de quitar su pie del agua en aquella costa: demostrar su habilidad con la mano y con los remos. Era importante dejar la costa atrás, pues aquella era una zona de olas imprevisibles. Y era hábil, todos los hombres del sur lo eran, y salió de la zona de peligro. Cuando ocurrió esto, el maestro se había alejado de la costa y estaba en un pequeño montículo para verlos mejor.

Cuando los vio a salvo, sacudió la cabeza en sentido de negar la verdad de lo que se vivía y les dio la espalda para volver al pueblo. Los otros hombres que ya estaban en casa comiendo la sopa de malanga ya llevaron todo lo que habían necesitado para arrastrar el cayuco hasta la playa del pueblo del sur. Al maestro, por serlo y por su edad, no le hacían llevar cargas innecesarias.

El remero salió de la encerrona y se asentó bien en el cayuco. Esto no se hace antes de salvarse de la posibilidad de que una ola impidiese la salida. Debía sentarse bien, pues el trayecto desde aquel pueblo del sur hasta el pueblo grande era como recorrer la longitud entera de la isla, pero en cayuco, con un pedazo de mar por el que siempre se ha sentido respeto. De hecho, en la travesía entre los dos pueblos había una punta de aguas tan bravas de la que se decía como canción popular que solamente un hombre la podía cruzar. Y como en nuestra isla solamente los hombres llevaban cayucos, lo que querían decir en aquella canción era que solamente los verdaderos hombres podían cruzar la punta aquella. Los que no lo eran, podían dar la vuelta para evitar lo peor. Pero lo que extrañaba de aquel lugar era que sus aguas eran muy bravas para tener la costa tan cerca. Nadie diría que a pocos metros de aquellas aguas agitadas estaban las rocas de una costa tan recortada que los que pescaban desde ellas necesitaban muchísimos metros de nilón. Eso sí, sabían que no eran nilones de cualquier grosor. En aquel sitio se necesitaban nilones de aguas profundas, por ser una zona de peces grandes. Aquella punta tenía un nombre que daba miedo. Lo conozco en la lengua de mi isla. Siguiendo la punta hasta arriba el monte, había una zona de la que se nos decía que en ella estaban todos los difuntos de la isla. Todos estaban allí. Yo, que sabía que los muertos se enterraban en el

cementerio, nunca entendí por qué estaban allá todos los difuntos de isla. Pero todo el mundo sabía que en un sitio interior de la costa, en el monte, había un lugar donde ninguna mujer podía plantar nada. Nunca supe cómo llegaron a saber que en aquel lugar estaban todos los difuntos, ni para cuánto tiempo estaban allí. En todo caso, aquel hecho de ser la casa de los difuntos no tenía nada que ver con la bravura de la mar, que estaba a muchos metros abajo, y a la que se ve desde una altura respetable. El mar tenía sus razones, otras razones, para ser bravo en aquel sitio; lo de los difuntos que estaban en el monte era otro asunto.

El hombre se asentó en el cayuco y midió mentalmente la trayectoria. Así sabría cuánto iba a tardar y con qué ritmo iba a remar. En el cayuco tenía a la mujer con el hijo enfermo. Tenía cierta urgencia por llegar, pero quien mandaba era el mar. Sabía aquel hombre joven que en un viaje en cayuco desde el sur hasta el pueblo grande cualquier cosa podía pasar. Entonces que llegara más tarde o temprano no solamente dependía de lo que hiciera con el remo en mano, sino de otras circunstancias que no podía controlar ni conocer de antemano. Pero se enfrentó a lo que tenía e hizo propósito de llegar tan pronto en lo que le permitieran todas las circunstancias. Aunque antes de poner el pie en el cayuco se hace la señal de la cruz, muchos la repiten cuando se ven a salvo de cualquier ola que hubiera impedido que salieran de la costa. Saben que la verdadera navegación se empieza a contar desde ahí. El hombre empezó a remar. Remó, remó, remó, y sacudió la cabeza. Vio que le estaba resultando muy difícil cruzar aquel cabo que solamente lo cruzaban los verdaderos hombres. Remaba con toda la potencia de su mano, pero no veía que avanzaba gran cosa, y cruzar aquella punta,

pese a su nombre, y a la bravura de sus aguas, solamente era dejar atrás la cara de la isla en la que se podía ver la playa de aquel pueblo del sur. Remó aquel hombre, consciente de que no tenía en sus manos otra alternativa. No podía volver atrás. El pueblo grande era el objetivo de todos los remeros, no se podía dejar de ir, pues allí estaba el remedio a los males, o se creía siempre que un pueblo grande siempre lo es, y precisamente por eso lo llamaban así. Remó con todas sus fuerzas; remó, remó, remó, remó, y al final demostró que era un hombre: cruzó aquella punta tan famosa y de aguas tan agitadas. Aquel sitio era famoso por sus aguas, por su profundidad, y porque en él se mezclaban los vientos que venían de todos los sitios de nuestra isla. Entonces podía ocurrir que llegaras allí y todos los vientos aquellos te impidieran dar un solo paso hacia donde ibas, o que te amenazaran con hacer volcar tu cayuco. Muchos sufrían este percance, y gracias a Dios que en mi isla antes de aprender a remar te enseñaban a nadar. Pero en aquel caso había un niño de pecho, un niño enfermo que nunca había sido llevado en cayuco. Entonces no se podía pensar que sería llevadero si el cayuco se volcara. Pero ya había pasado aquella punta, con mucho esfuerzo, aunque no avanzaba como debiera. Algo pasaba, no era normal que por más que remara siguiera en el mismo sitio, como si alguien estuviera tirando del cayuco impidiendo su avance. Aquel hombre no entendía aquella pesadez, como si el cayuco fuera nuevo, y todavía cargado del agua del tronco en que se hizo. ¿Qué estaba pasando? Pero no dejó de remar, que en la travesía hacia el pueblo grande no se podía dejar de mover el remo. Siguió remando, cada vez menos contento con el avance que hacía, que, como nativo de aquel pueblo, no era el que esperaba con la carga que llevaba. Se diría que llevaba más

que una mujer y un niño en brazos. Alguien le impedía avanzar, se dijo, pero siguió remando. Como no se abandonó a la derrota, ni tampoco era para tanto, avanzó lo suficiente para dejar atrás otra punta y abandonar la zona de mares agitados y bravos. Aun así, sintió que no avanzaba lo suficiente. La sensación que tenía era que llevaba más carga que la que veía en su cayuco. ¿Habría algún problema con el cayuco?, pensó. En todo caso, no era suyo, sino del maestro, que se lo ofreció para llevar a su ahijada al pueblo grande, en busca de remedio para la enfermedad de su hijo. Podría ser que era un cayuco en que no se quitó mucha base, el mismo maestro pensó que no lo debía hacer, y por eso pesaba tanto. Pero si eso hubiera sido así, el mismo maestro se lo hubiera dicho, o se hubiera dado cuenta a la hora de ponerlo en la boca del mar para que se embarcara la madre y el niño. No era, pues, lo que podía haber sido. ¿Qué era, pues?

El hombre siguió remando, y avanzó lo suficiente para ver la punta que se veía antes de llegar al pueblo que estaba entre el grande y el pueblo del sur, un pueblo más pequeño y de costas más suaves. Los remeros de aquel pueblo no sufrían los rigores de la mar. Podían poner el pie en su costa con los ojos cerrados. Siguió remando para abandonar los mares del aquel pueblo intermedio, pero siguió sintiendo que no avanzaba lo suficiente. Tenía mucha carga en el cayuco, pero carga invisible, o alguien tiraba de él, impidiéndole avanzar. Nunca le había pasado aquello. Una mujer y un niño de pecho no podían pesar tanto, pensó. Siguió remando, y por decir algo distinto a lo que le sorprendía, preguntó a la madre de aquel niño si no le había dado de mamar. No se lo exigía, pero hacía mucho tiempo que aquel no mamaba, y si estaba enfermo, no era bueno para él. Y la madre dijo que no lo había

hecho porque aquel niño suyo dormía, y no le quería despertar. Dejaron así aquel asunto, aunque, un tiempo más tarde, aquella mujer sacara el pecho y se lo pusiera a mamar. El hombre no le miraba, y como aquel niño estaba envuelto en la tela, no podía ver si mamaba o no, aunque se lo creía. No había tenido problema con aquel hecho hasta que se lo mencionó por decir algo distinto al problema que tenían. Y era que no avanzaba lo suficiente, algo se lo impedía, pero no lograba saber lo que era. Y estaba molesto.

En aquella isla muchas veces los que vienen de los otros pueblos tiran al mar el anzuelo y el cebo y tienen un extremo del nilón en los labios. Lo agarran con los labios doblados. El que no fuera pescador de mi isla diría que sería algo molesto, o complicado de hacer. En realidad hay dos cosas que hay que aclarar. El que estuviera remando no deja de hacerlo, y el nilón no lo es tal, sino una cuerda mucho más gruesa, usada para pescar ejemplares grandes, de la categoría de los tiburones. Si algún pez tirase del nilón, aquel punto agarrado de los labios se soltaría y el remero dejaría el remo y atendería la novedad. Podía ocurrir que tuviera la suerte de, enrollando aquella cuerda, tirar hacia el cayuco al pez y rematarlo con el bastón que tenían preparado en el cayuco. Pero no era tan fácil como contarlo, y en la lucha con el ejemplar podía poner en peligro muchas cosas. Una vez muerto el pez, podía no haber sitio en el cayuco para meterlo, por lo que podía remorcarlo hacia la playa del pueblo grande. Entonces se justificaría que sintiera un peso de más, pues estaba arrasando un ejemplar grande de lo que hubiera sido, tiburón, pez espada, atún, etcétera. Pero aquel día aquello no había ocurrido nada de eso. Con la enfermedad del niño pequeño, no había tenido la intención de perder tiempo.

Pensaba llegar cuanto antes para buscar remedio. Si así había ocurrido, ¿qué es lo que le impedía avanzar? Remó, remó, remó, y no avanzaba como hubiera esperado. Qué pesadez, eso no puede ser cualquier cosa. Algo estaba pasando aquí que no me doy cuenta. ¿Alguien está impidiendo que llegue a mi destino? No esperaba que un cayuco viejo pesara tanto. No lo puedo creer. Así decía para sí el hombre aquel. Incluso en una playita de estas tuvo la intención de bajar para ver si había algo pegado en la base del cayuco, algo que le impedía avanzar debidamente. Pero, ¿qué podía ser? Alguna vez un pececillo de estos que siguen a los grandes y que siempre van en par se ha quedado pegado en alguna parte de una cayuco, pero sin que fuera su intención. Se quedan pegados con sus ventosas y sin que se sepa la razón. Pero son apenas unos pececillos sin peso. Además, son de zonas mucho más alejadas de las costas, y acompañan a ejemplares grandes, tan grandes para que un par de peces pegados bajo su vientre pasaran desapercibidos hasta que son arrancados y arrojados al mar.

Aquel hombre sabía todo aquello, y no era su caso. Tampoco bajó en ninguna playita para ver lo que le impedía avanzar. Pero le fastidiaba, estaba molesto. Tenía que hacer más esfuerzo para lo que creía que no era para tanto. Y como no había llegado, todavía se sentía preocupado. Se empezaba a cansar. ¿Qué era aquello? Lejos estaba de sospechar lo que era, pero sí había alguna razón para sentir que estaba arrastrando algo pesado, muchísimo más pesado que un hombre y un niño enfermo. Para saber lo que era, debemos volver atrás, mucho tiempo atrás, cuando todavía estaban arrastrando el cayuco. Eso fue en aquel pueblo del sur, todavía lejos de la costa, y mientras las mujeres que habían recibido el encargo pelaban las

malangas para hacer la sopa que comerían los que vinieran de arrastrar el cayuco nuevo a la costa.

Aaale, toma suguewa – ¡Alewa! Aaaaalee, toma suguewa – ¡Alewa!

Maestro: *Aaaaale, toma suguewa.*

Todos: *¡Alewa!*

Maestro: *Aaaaale, toma suguewa*

Todos: *Alewa.*

Y así avanzaba aquel cayuco con el impulso de la voz de todos en coro de hombres y mujeres. Y precisamente había en ese grupo de hombres y mujeres una que había abordado al maestro antes de que supiera que aquel día iba a tener lugar el arrastre del cayuco. Fue a ver al maestro, que era su padrino, porque quería que éste le llevara al pueblo grande, pues su hijo estaba muy enfermo. Pero en aquella nuestra isla había muchas cosas que se hacen en grupo, y a esa gente que viene en grupo se le avisa con antelación. Y cuando ya está presente para lo que se le ha llamado, es difícil que se le diga que vuelva a su casa para otra ocasión, pues es gente que se ofrece por voluntad, y aunque se le pidiera que hiciera un trabajo duro. Fue por eso que se le dijo a la mujer que esperara, que cuando tuviera lugar lo que ya estaba previsto, se atendería su caso. Además, por la manera en que se desarrollaban los asuntos, aquel maestro no podía dejar de estar. Era el único que no podía estar, a pesar de que aquella canción era aparentemente sencilla, a pesar de que tirar del cayuco, lo que se dice tirar, no iba a hacer mucho. Pero era el maestro, y en nuestra isla había muchas cosas, aunque aparentemente sencillas, que no se hacían si no estaba la persona que todos sabían que era quien las hacía. En cuestiones de nuestra isla, nadie hacía las veces de otro si no se le había permitido de manera pública. Y así fue. La mujer tuvo que

esperar, y lo entendió. Y aunque tenía al niño en la espalda quemándose por la fiebre, se sumó al grupo de hombres y mujeres que aceptaron arrastrar el cayuco del bosque metido hasta la boca del mar, donde el maestro que lo trabajaba terminaría con su encargo. Por el trabajo no cobraría nada, en aquel tiempo no se pagaba nada por aquel trabajo.

Aquella mujer, ya lo dije, era huérfana de haberse quedado solamente con su hermana. No tenían a nadie más. Era mujer, o sea mayor, pero su orfandad se sentía, pues creció sin nadie. Con la terrible carestía que padecíamos, fue llevada al barco y habló con los ladrones de nuestro pescado y así pudieron darle algo para salir de aquella miseria. Pero con aquella visita tuvo un hijo, y sus padres vinieron a verlo. Pero parecía que lo nuestro era vivir sin nada, y pronto volvimos a vivir sin cerillas, petróleo, jabón, tabaco, ropa, agujas, hilo de coser. Y después de ver morir a mucha gente, mucha gente fue a los pueblos, para vivir sin pensar en los que habíamos dejado en el cementerio. Y aquella mujer llevó al pueblo del sur al niño blanco que había tenido después de que los hombres le llevaran al barco. Como el niño era pequeño, lo ponía en la espalda e iba con él a sus plantaciones. En ellas le dejaba a dormir sobre telas y recorría la plantación entera cosechando o quitando las hierbas malas de la misma. Al niño aquel lo tenía tapado por el sol, o de cualquier cosa que podía ir cerca de él. Si lloraba, aquella mujer alzaba la cabeza e iba al sitio donde le había dejado y le daba de mamar. En nuestra isla se decía que una mujer que no comía pescado no podía tener mucha leche en sus pechos. Y como era huérfana, comía poco pescado. Solamente lo hacía cuando se lo daba una vecina cuyo marido había pescado bastante. Si no, cuando llegaba la noche cerraba la puerta

de su casa e iba con su niño a dormir en la oscuridad. Dormían sobre hojas secas de bananos sobre las que extendía ella trozos de tela o cubrecamas viejos. Durante el día, si en la plantación donde estuvieran hubiera un cocotero cargado y creía aquella mujer que podía subir a por un coco, subía y cogía para él y para el hijo, pues sabía que a aquel pequeño le gustaría el agua de coco, y con ella, con la pulpa, preparaban una papilla que remediaba la escasez de aquellos años. En el coco echaban un poco de harina de yuca, y se comía bien. Pero no sé si aquella mujer seguía teniendo fuerzas para subirse a los cocoteros. Y si no pudiera, miraría los cocos desde abajo y suspiraría, mientras estuviera dando de mamar a su hijo.

Hacían aquella vida hasta que su hijo se enfermó. Podía haber sido de cualquier cosa: la mala vida, el sol, los mosquitos, y el hecho mismo de que su madre no tenía a nadie más que una hermana en su vida. Además, aquel hijo era blanco, y no creo que hubieran nacido los blancos para una vida tan dura. Entonces su madre buscó el remedio. Sabía que no podía haberse quedado en aquel pueblo del sur con aquel niño enfermo. Pero tuvo que esperar. Y cuando se agarraba a la cuerda y ¡Alewa!, sumaba su fuerza a la de todos, los que quisieran mirarla hubieran visto que chorros gruesos de sudor bajaban por su cara. Tenía al niño en la espalda. ¡Alewa!, y se movía un poco el cayuco, y quien la hubiera mirado hubiera visto las gotas resbalando por toda la cara. Sumaba su esfuerzo al de hombres y mujeres de aquel pueblo para dejar el cayuco en su lugar. Fue un largo camino. Por tener doble carga, se cansaba más que todos, pero no podía abandonar. Tenía que estar donde estaba todo el pueblo. Sabía que de estos esfuerzos comunitarios salía el tipo de ayuda que esperaba. Por eso siguió tirando del cayuco en la porción de cuerda que le

tocó. Horas más tarde, cuando el cayuco llegó a su destino y faltaban pocas horas para que se pusiera el sol, dejó al niño en los brazos de su padrino, se sentó en la mitad del cayuco, sobre hojas secas de banano, y lo recogió otra vez en su regazo. Estaba dispuesta a cruzar el peligroso mar de aquella zona para buscar el remedio a la enfermedad de su hijo. El mar de aquella costa se calmó un poco y empujaron al cayuco al mar. Su padrino se subió al montículo para verlos partir y desde aquel sitio sacudió la cabeza con pena. Sabía lo que pasaba. Conocía el secreto de aquella mujer. Y el secreto era que desde que ella apareció en su presencia para pedirle ayuda se dio cuenta de que aquel niño estaba muerto. Lo vio por un trozo de pie que sobresalía de la tela en la que estaba atado en la espalda. Lo supo por su cara pequeña, y lo supo por la cara de la mujer, por sus palabras. Y todo eso lo supo porque era mayor. Y por eso sabía que, más tarde o más temprano que la atendiera, lo que no deseaban ya había ocurrido. Pero se calló como había callado la mujer. Sabía que aquella mujer que no tenía a nadie necesitaba mucha fuerza para llegar al destino final, el pueblo grande. Si todo el mundo se enteraba de su desgracia, lo probable era que se viera tan abatida que no hubiera podido salir de allí por sus pies, o sin necesidad de cuidado. Con su actitud, aquel hombre mayor mantuvo todo atado, pues sabía que en toda nuestra isla solamente había un solo cementerio, el del pueblo grande. Y le dijo lo que le tenía que decir, lo que debía decirle. El resto es algo que nunca podré explicar. Aquella mujer siguió tirando de aquel cayuco con el niño muerto en la espalda, y cuando lo vieron sudar solamente lo daban por tal porque no conocían su historia. Parte de lo que daban por sudor eran las lágrimas que brotaban de sus ojos, doliéndose de su mal, de su terrible desgracia. Lloraba,

pero se resistía a abandonar. No podía romper con las costumbres ni creía que era necesario. Y aguantó hasta que, por necesidad, depositó aquel niñito muerto en las manos de su padrino para que los dos confirmaran el secreto: estaba muerto. Y no lloró hasta que el remero le preguntó si le había dado de mamar, pues había pasado mucho tiempo desde que lo hiciera. Con la observación del remero, sacó el pecho y se lo puso a mamar al niño, para tranquilizar al remero, que todavía no sabía que estaba transportando a un niño muerto. Dio de mamar al niño muerto, aunque este ya no pudiera chupar. Hacía tiempo que llevaba muerto. Pero solamente lo hizo para que el hombre que la transportaba en cayuco creyera que seguía vivo y no se preocupara. Pero ya estaba preocupado, pues por algo que no sabía, no avanzaba como debiera. Y solamente aquella mujer conocía la razón. Lo que le impedía avanzar al hombre, lo que le ataba las manos, como lo sentía él, era que en su cayuco había una persona muerta. Y nunca fue cualquier cosa transportar a un muerto, aunque, como en aquella ocasión, fuera un niño pequeño. Que los muertos pesaban muchísimo más que los vivos era una cosa que ya se sabía. Y algunos piensan que lo que pesa es la tristeza, el dolor, la inmensa oscuridad de los ojos cerrados del que yace en el cayuco. Con la muerte se atraviesa un muro oscuro y desconocido. Se deja de estar. Se abandona uno al negro destino. Uno tiene un sueño muchísimo más profundo que uno normal. Y esto pesa. Para muchos, las razones de este hecho conocido son desconocidas. El muerto pesa. Cualquier hombre que fuera a transportar un muerto debería ser avisado, aunque, como en aquel caso, fuera un niño pequeñito. Es un transporte especial para el cual el que vaya a tomar parte debe ir preparado, aunque no vaya a hacer nada especial. Y en aquella

ocasión aquel hombre no estaba informado. Siguió remando y preguntando por lo que pudiera ser aquella pesadez y llegaron a las costas del pueblo grande, concretamente a su playa. La playa del pueblo grande rara vez era azotada por olas molestas o intranquilas. Rara vez las olas que se rompían en sus tranquilas arenas daban que hablar. Aquel hombre remó lo poco que le quedaba y depositó la parte delantera de su cayuco en la arena. ¿Alguien sabe qué hora era? En primer lugar, debemos decir que, en aquellos tiempos, era difícil que hubiera en toda la isla del mar atlante alguien con reloj. Pero sí sonaban las horas del reloj del campanario de la iglesia, aunque no siempre le prestaban atención. ¿Qué hora sería? Ya cantaban los grillos, hacía bastante que se había puesto el sol. La oscuridad reinaba sobre la isla, pues no eran días de luna. El remero puso el cayuco en la arena, y como las olas eran suaves, aquella mujer no tuvo dificultades para levantarse por sí sola del cayuco. Pero necesitó otra vez que alguien le sacara del brazo al niño enfermo, tarea en la que se prestó el hombre. Como aquella mujer había llevado mucho tiempo sentada, le costaba enderezarse, estirar las piernas. Y debía cargar al niño. Pues fue aquel hombre y la ayudó; sostuvo brevemente al niño aquel en sus brazos para que se bajara la mujer. Luego se lo entregó y se despidieron como si solamente hubieran estado juntos unos instantes. Aquella mujer le dio las espaldas. Era de noche, pero aunque se alejaba en la oscuridad, se la podía ver. El hombre la siguió con la mirada en los primeros pasos, y, de súbito, dejó de verla, y fue lo que duró el hombre en mirar brevemente al mar. Se extrañó de que no la siguiera viendo alejarse de la costa. ¿Se había evaporado? Hubiera sido imposible que hubiera alcanzado la primera casa del pueblo grande. ¿Se había esfumado! Y el hombre se asustó, y avanzó unos

pasos para descubrir el misterio. ¡No podía ser!, pensó. Al final de los pasos dados, descubrió lo que había sido. Aquel hombre estaba solo en la playa, pues los hombres habitualmente abandonan el vigil con las últimas luces del día, salvo algunos días de luna, y cuando saben que hay hombres que hacia el atardecer salieron para faenar bajo la luz de ella. Y se quedan unos cuantos para ayudar a los pescadores a subirse el cayuco. Pero lo hacen porque saben que no volverían vacíos a sus casas. La alegría del pescador suele ser también la suya. Como estaba solo en la playa y pensaba volver al pueblo del sur dentro de pocas horas, hizo un esfuerzo para dejar el cayuco a media playa. Eso se hace agarrando con las dos manos el extremo mojado del mismo y arrastrarlo hacia arriba en movimiento giratorio. Con el primero de estos movimientos este extremo mojado pasará a ser el más cercano a las casas; repetirá esta operación cuantas veces sea necesaria hasta dejar el cayuco a salvo de las olas. Y lo dejaría calculando la altura de la pleamar; no había pescador en mi isla que podía ignorar si bajaba o subía el mar. Lo que pensaba hacer aquel hombre era ir a su casa, dormir unas horas, y a cabo de las mismas, que coincidiría con los primeros cantos de gallo, volver a la playa, lanzar el cayuco a la mar y empezar a pescar hasta volver a depositar la parte de aquel cayuco sobre las rocas pulidas del pueblo del sur, hecho que se haría cuando el sol estuviera en medio del cielo de nuestra isla.

Pero seguía en la boca del mar del pueblo grande, y había mirado arriba y no vio a la mujer donde debería seguir andando con el niño en brazo. ¿Qué había pasado con ella? En nuestra isla nunca se había hablado de alguien que desapareciese, o que lo hubiera hecho. Solamente se había hablado de gente con capacidad de volar. O de apariciones, de gentes que llegaban a la isla sin que nadie

supiera algo del lugar en que habían nacido. Pero aquello no era un hecho que cualquier habitante hubiera conocido, sino de historias que tuvieron lugar hacía mucho tiempo, cuando de los habitantes de nuestra isla se creía que eran poderosos, que podían haber venido de un sitio en que se podía hacer muchas cosas maravillosas. Entonces algunos habitantes de la isla podían señalar a algunas familias de las que podían decir que el hombre que había en ellas había aparecido así, sin que nadie supiera de dónde había venido. De todo esto, y de las familias señaladas, fue de hace mucho, tanto tiempo para que hubieran pasado muchos años, pero muchísimos, desde que murieran aquellos hombres que surgieron así, de un sitio que nadie conocía. Es decir, en nuestra isla se hablaba de gente que un día apareció por ella, y de gente que podía volar de un sitio a otro de la misma, o a otro lugar que no estaba al alcance de la vista de las gentes de la misma. Pero de eso hacía mucho tiempo. Cuando vivíamos aquella miseria nadie volaba ni llegaba de ningún sitio desconocido, sino que las gentes se perdían en el bosque o salían a pescar o a hacer cualquier cosa en la mar y no se volvía a saber de ellas.

Estoy hablando de un hombre que estuvo mirando a una mujer a la que acababa de dejar en la playa del pueblo grande, pero que brevemente dejó de seguirla con los ojos y cuando volvía a ella no la volvió a ver, como si se hubiera podido decir que había desaparecido. Y al hablar de eso, dije que nadie desaparecía de nuestra isla en aquellos tiempos, sino que la gente se perdía en el bosque o en el mar, aunque no era tan frecuente. Pero ocurría. Y al recordarlo, no puedo dejar de contar lo que pasó una vez. Yo era niño, que era la edad que tenía cuando ocurrió todo lo que cuento, y conocí a un hombre del que todos sabían que

iba al infierno. Cualquier persona mayor de mi isla sabía que aquel hombre no se iba a salvar. De aquel hombre no supe nunca si tenía mujer, madre, hijos o hermanos. Y es posible que no. Pero era un hombre públicamente malo. Cualquiera cosa mala que algún habitante de nuestra isla pudiera decir que había sido obra de aquel hombre, todos lo creían. Era un hombre que no tenía miedo de nadie, pero que a mi me daba mucho miedo. Y me daba miedo porque en verdad yo pensaba que no se iba a salvar, que se iba al infierno. Me daba miedo porque decía cosas que cualquier hombre de la isla no lo podía decir. Decía, por ejemplo, cosas muy malas de Dios y de la Virgen María. Podía decir cosas tan grandes como que Dios era un envidioso, o que la Virgen María era una epiléptica. Pero lo decía sin que se viera que lo hacía por jugar con aquellas cosas, sino que mostraba seriedad. Pero, por otra parte, aquel hombre sin madre, sin mujer, sin hijos ni hermanos no tenía ningún defecto físico; incluso era guapo, un poco claro de piel. Entonces podía ser que era como era porque efectivamente no tenía a nadie, que había sido huérfano y eso no lo había podido aguantar. Era malo por vivir en la libertad de poder decir cualquier cosa y hacer lo que quisiera hacer. Era, además, buen pescador, y era uno de los que mejor se deslizaba sobre las olas que se rompían en la playa del cementerio. Aquel hombre, que todavía era joven, podía tener el cayuco cargado de la carga más valiosa, pero si pasaba por la costa enfrente del cementerio y había olas que se rompían desde lejos y sobre las que se podía deslizarse, dirigía su cayuco cargado hacia la zona de las olas e iba a jugar con ellas. ¡Y nunca le pasaba nada! En realidad de aquel hombre nunca supe concretamente de algo malo que hubiera hecho, pero le oí decir cosas malas contra los santos, la Virgen, y contra Dios. Y no respetaba

a los mayores, aunque no era muy hablador, pero discutía con quienes tenía palabras o cuando había algo sobre el que se debía hablar. Aquel hombre, digo, era conocido por toda la isla, porque, además, y por sus hechos, se le mencionaba en una canción popular.

Pues ocurrió que vivíamos en aquellos años de profunda miseria y en uno de ellos Sabina iba a la calles a recorrerlas llorando porque los difuntos la molestaban. Incluso decía que ya no solamente la molestaban los difuntos, sino que lo que iba a ocurrir lo veía claramente, como si estuviera delante de sus ojos. Aquella mujer de la que dije que era guapa, aunque la conocí vieja, decía que en los caminos a sus plantaciones, ya sea yendo que viniendo de ellas, le abordaban desde las espaldas muchos hombres que olían claramente a agua del mar, incluso que estaban mojados. Eran hombres, muchos, que venían de la misma zona que ella, y a los que tenía que hacerse a un lado del camino para darles paso. Pero antes de que ocurriese eso, percibía su olor a hombres mojados de agua salada. Decía, incluso, que reconocía a uno de aquellos hombres, que era, precisamente, el que hablaba tan mal de Dios y de la Virgen, y que tenía la libertad de hacer cualquier cosa. Pero, claro, lo que veía Sabina no era una cosa que cualquier persona podía ver, y entonces la gente dudaba. Cualquiera no podía ver ni oler que venía por sus espaldas a tantos hombres. Por eso sufría por ello, y por ellos, pues aquello significaba que los difuntos la obligaban que algo malo iba a ocurrir en la isla, y que, además, estaría involucrado aquel hombre del que todos sabían que no se salvaría. Vivíamos en nuestra miseria de siempre y Sabina siguió llorando por algo que iba a ocurrir. Lloraba también porque la gente no le creía, y por ello era cas-

tigada por los difuntos. Era lo que sabíamos. Siguió así y llegamos en nuestra isla a una situación en que la miseria era inaguantable. Pero hacía años que lo era, aunque con la miseria la situación empeora a medida que pasan los años, a pesar de que no se hubiera conocido ningún alivio durante los anteriores. Y así estuvimos hasta que en un mes en que la mayoría de la gente de la isla estaba en los pueblos pequeños, los hombres de la isla de San Xuan vieron una luz en el horizonte. En aquellos años los horizontes de nuestra estaban tan lejos que cualquier cosa que se viera en ellos estaba muy lejos, tan lejos que no había nada que estuviera más lejos de nuestra isla que lo que se viera en sus horizontes. Y si eran luces, se veían tan pequeños como el punto brillante que hay en los ojos de la gente. Vieron aquella luz y supusieron lo que era. Un barco cargado de todo lo que no había en nuestra isla. Era de noche, pero los hombres creyeron que era mejor salir al encuentro de aquella luz que quedarse a dolerse de lo que no tenían: jabón y petróleo, ropas, medicinas, nilón, tabaco, aguardiente, cerillas. ¿Alguien puede creer que crecí creyendo que el tabaco era un producto que los hombres no podían dejar de tener? Ya lo dije en otro sitio. Pues los hombres dijeron que había que intentar, se reunieron, se hablaron y bajaron a la playa de aquel pueblo, una playa que tenía la forma de cueva. Allí cogieron los bancos de los cayucos, los remos y los achicadores y los metieron en los cayucos, los bajaron a la boca del mar y esperaron que las olas furiosas de aquel sitio les permitieran salir al mar abierto. Y tuvieron la suerte. Era noche sin luna, no había nada con que iluminarse en la isla que las estrellas y unas luces que se veían en el bosque, sobre las copas de los árboles, pero que nadie sabía lo que era. Era, además, una luz que daba miedo. Aquellos hombres salieron al mar y se

dirigieron al punto brillante que estaba sobre el horizonte. Remaron, remaron, remaron, remaron, remaron. Podemos decirlo cien veces, y nunca alcanzaremos a las veces que remaron para alcanzar lo que sabían que era un barco lleno de lo que necesitaban. Remaron, remaron, remaron, remaron, remaron, y se cansaron, pero nunca llegaron a estar cerca de aquella luz. No se creían que estaba tan lejos. Pero no dejaron de remar. Remaron, remaron, remaron, remaron, y cuando volvieron la vista atrás ya no veían su isla. Pero no habían llegado cerca del barco, todavía se encontraba lejos. Ya no veían la isla, que era una cosa importante. Y creo que por eso no dejaron de remar. ¿Cómo podían ver la isla sin en ella no había ningún punto de luz, salvo algo que brillaba y daba miedo, pero que en aquellas horas dejaría de brillar o la isla estaría tan lejos que su brillo ya no se veía? En aquella hora su salvación dependía del barco, pues si llegaban a él, se les devolvería a la isla una vez fueran atendidos. Había ocurrido en otra ocasión, y los marineros del barco que les ofreció ayuda no se creyeron que aquellos hombres que les abordaron habían salido de aquella isla. Se llevaron las manos a la cabeza cuando les dijeron que había sido como lo contaban los isleños. Mostraron el mapa de aquella zona y dijeron que nuestros hombres estuvieron a punto de no contarlos. Se fueron sin acabar de creerlo. Pero en aquella nueva ocasión en que la historia estuvo a punto de repetirse la situación fue distinta. Fue que no alcanzaron el barco. Y tampoco pudieron regresar a la isla, pues ya no la veían, remando en aquella oscuridad. Seguirían remando sabiendo que no podían dejar de remar, hasta que ocurrió lo que nadie sabe. Debo decir que eran ocho hombres, y estaban en varios cayucos, lo más probable era que hubieran estado a dos por cayuco. De los ocho hom-

bres el mar devolvió a tierra a uno solo de ellos. No, a dos. Creo que no estoy muy seguro. Lo más probable es que fuera uno solo. Que el mar devolviera al hombre aquel era la señal de que el resto no había alcanzado el barco, y que no se pudo hacer nada por ellos, ni de ellos se sabía nada, absolutamente nada. Si no se hubiera visto a ninguno de ellos, se hubiera pensado que alcanzaron el barco y el capitán del mismo decidió llevarlos a unos de los países que estaban detrás de la isla, pero detrás de ella, países desconocidos por sus habitantes, o sea, por todos nosotros, y que allí estaban en una situación mejor, aunque sin sus mujeres, hijos e hijas. Pero no ocurrió así; salvo el que había sido devuelto por la mar, todos ellos murieron. Lo que se supo de la historia lo contó el único que se salvó, el traído por la mar. Y no fue solo lo que pasó. Aquel único hombre que fue salvado de aquella muerte desconocida contó unas cosas que nadie hubiera creído que podían ocurrir a nadie. En realidad había regresado de un lugar del que solamente habían estado y regresado pocos. Era otro mundo, pero estando en su cayuco. Dijo que era algo que empezó a vivir cuando ya no tenía ninguna esperanza de que regresaría con vida a la isla, incluso ya había dejado de remar. Eran unas cosas... Cosas que nadie había visto ni verá nadie, salvo que viviera la misma peripecia. Todo lo que contó fue lo que vivió estando en dos mundos distintos, pero a la misma hora. Cualquier hombre que saliera de pesca y se metiera mucho por la mar no vería nada de lo que había visto aquel hombre. Eran cosas que solamente se podían ver con un pie en la otra vida. Pero él regresó, no quedó en la otra parte. Y habiendo tenido un pie en aquella otra parte, cuando lo trajeron a tierra y se recuperó, y después de contar lo que había pasado con el resto de hombres con los que iba en persecución del barco,

quedó con un pie en la misma. Sí, ya no quedó entero. Además, para que pudiera vivir y reconocer las cosas de esta vida, le tuvieron que someter a curas especiales. Algo que en nuestra isla solamente se hacía con enfermos especiales, con gente que, aunque no estuviera enfermo de algo conocido, alguien con ojos especiales había visto que estaba en peligro de muerte.

Murieron de aquella persecución, Sambachita Ánkene, que creo que era el hombre más alto de la isla, Ze Gutín Pêndê, Fidel Gañía, Pudul Jodán, Ze Fingui, Zancus'u Gueg'a, Ze Jandjía Teix, Menembofi Sugalfá y aquel hombre del que todos sabían que no iría al paraíso del Señor, por tan malas cosas que decía de Jesucristo y de la Virgen. Y otra vez más se confirmaron las quejas de Sabina. Sí, decía que le salían al encuentro muchos hombres mojados que olían a agua salada, y entre los cuales la cara de aquel hombre del que se sabía tanto le resultaba tan familiar que no podía callar que lo veía entre aquellos hombres que iban a padecer de la mar, y de ahí que estuvieran mojados y oliendo a agua salada, aunque solamente sea para los ojos y narices de Sabina. Pero nadie le creía completamente, y quizá se debiera a que nadie quería que ocurriera otra desgracia en la isla. En realidad las razones por las que Sabina salía a llorar tenía que ver con aquel sentimiento; no quería dar malas noticias, no quería ser mensajera de desgracias. Pero no se podía escapar. Cuando fui suficiente mayor y empecé a escuchar las conversaciones de los mayores, me enfadaba mucho con los difuntos. Hasta aquella fecha lo que sabía era que los difuntos podían ayudar, evitar una desgracia. Pero cuando lo que vaya a ocurrir estaba en boca de Sabina, o de cualquiera de sus compañeras, la desgracia sucedía sin que nadie pudiera evitarlo. Por eso pensaba y decía para mí: Para qué tene-

mos a los difuntos, ¿no es para protegernos? Me costaba creer que eran tan fuertes para molestar a Sabina, pero no podían hacer nada para librarnos del mal. En realidad yo pensaba así por lo que había oído de los mayores, que son los que más sabían de todo.

Toda la isla lloró mucho, pero muchísimo. Eran ocho hombres que tenían hijos y mujeres, gente que a partir de su desaparición lo empezaba a pasar mal. A pasarlo mal dentro de la miseria en la que vivíamos. Toda la isla lloró mucho, y durante varios días. Lo que se dijo, y se dijo esto por lo que contó el único que se había salvado, aunque a medias, fue que la luz que vieron en el horizonte pudo haber sido una luz engañosa, que no hubiera sido una verdadera luz. Es decir, una luz que tenía algo que ver con la muerte. Los llevó hasta donde no pudieron ver la isla, y estando ellos en el mar, dejaron de verla, como si nunca hubiera brillado nada en ella. Ellos se dieron cuenta, pero ya no había nada que hacer; desde aquella hora, hasta el mediodía del día siguiente, seguían remando, en busca de su isla perdida. Por eso dije que aunque dijera cien veces lo que remarón, no sería suficiente. Remarón, remarón, remarón, remarón, remarón, remarón, remarón, remarón, remarón, hasta que no pudieron más. Y fue cuando vieron tierra, montes y árboles. Pero no eran de verdad. Eran árboles y montes que veían ante sus ojos, como si los pudieran tocar con alargar la mano. Pero cuando frotaban los ojos para mirar mejor, veían otra vez los cuatro horizontes entre los que se encontraban. No habían comido desde que salieron del pueblo de San Xuan, y no llevaron nada de beber, pues iban con el pensamiento de que en el barco, del país que hubiera sido, les hubieran dado de comer y de beber, incluso fumarían. No fue así.

Lo que sé, y esto lo oí muchas veces de los mayores, lo último que hace un hombre perdido en un cayuco es dejar de remar. Cuando abandona el remo en el cayuco es porque entrega su vida al destino. Aunque no hubiera tierra a la vista, se rema siempre hasta el último aliento. Lo que sé, o creo, es que ni los mayores que llevaban cayucos conocían cuántos países había cerca de nuestra isla ni donde estaban situados. Por eso podía ocurrir que remaran tanto, pero sin saber donde iban, hasta encontrar una corriente de la que dicen que era una cosa de la que no se salvaba nadie, pues si te metías en ella solamente esperabas que te dejara donde quisiera. Aquel fenómeno marino tenía un nombre temible en mi lengua. Sólo ocurre donde nadie sería capaz de contar nada de la isla de mar atlante, por estar lejísimos de ella. Lo probable es que se hubieran encontrado con aquella corriente que las llevó a morir a un sitio lejano de nuestra isla del que no pudieron regresar. Desaparecieron. Y aunque se lloró mucho, no se les volvió a ver, salvo uno solo de ellos, que contó la historia como si hubiera estado al otro lado de la vida. No se les volvió a ver. Desaparecieron de nuestra vida.

De esto estaba hablando cuando recordé el terrible caso de los hombres que se perdieron. Yo iba a hablar del caso del remero que estuvo mirando a la mujer que acababa de dejar en la arena de la costa de nuestro pueblo grande y que desapareció de su vista. ¿Qué había pasado con ella? Aunque tuviera prisa por llevar a su hijo enfermo, no podía haberse alejado de la costa en tan poco tiempo. Algo había pasado con ella. El hombre se preocupó y fue a saber lo que era, lo que había pasado con la mujer con el niño enfermo en brazos. Lo que ocurrió fue esto. En nuestra isla los niños van de día a la playa arenosa que hay enfrente del pueblo grande. Van allá porque la

arena es clara y se divierten jugando con ella. Y parte de aquella diversión, o de aquellos juegos, consistía en abrir agujeros en la arena para meterse en ellos, como refugio o lugar para esconderse de los demás niños. De estos juegos se enteran los mayores y se preocupan de que los niños no abandonen la playa dejando sin tapar los agujeros que cavaron con sus manos. Pero a veces ocurría que la noche empezaba a extender su manto oscuro sobre la isla y los niños, metidos en sus agujeros, o corriendo de unos a otros, no se daban cuenta y aparecían algunas madres a recordarles que era la hora de abandonar la playa. Y con aquellas prisas por la inminente oscuridad, y con la llamada de las madres, preocupadas, aquellos niños abandonaban aquellos agujeros que habían cavado con sus propias manos y seguían a sus madres. Muchos de aquellos niños, incluso, las seguían sin quitarse la arena del cuerpo, de los pies y de la cara. Y como ocurría que muchos de los niños tenían miedo de tocar el agua por la noche, iban a sus camas todavía con la arena en el cuerpo. Gracias a Dios que la arena no manchaba ni causaba molestias importantes a la hora de dormir. Eso lo sé. Además, para lo que dormíamos, un poquito de arena entre la tela no era mucho estorbo. Pensar que aun con aquella molestia, dormíamos tan profundamente para mojar la cama sin darnos cuenta.

Lo que era importante de todo aquello era que dejábamos nuestros agujeros sin tapar, y quien estuviera andando en la oscuridad, como aquella mujer con el niño enfermo, podía caer en ellos haciéndose daño. Es lo que había pasado en aquella ocasión entre el hombre que acababa de dejar los remos sobre el cayuco tras varias horas remando desde el pueblo del sur. La mujer se cayó en uno de aquellos agujeros, y por esto desapareció de la vista de aquel hombre joven que la había transportado. Y como en

nuestra isla ya nadie desaparecía, aquel hombre se preocupó, o tuvo miedo de lo que podía haber sido, y dio unos pasos adelante para tener algo que decir el día de mañana. Si estás en un lugar con alguien y sientes que desaparece, serás la primera persona en decir en la isla que hay una persona con capacidad de desaparecer. Si es una mujer, podría ser una maligna. Entonces debías estar atento. Fue a ver lo que había pasado con aquella mujer, y tras los pasos dados, vio lo que había sido. Era de noche y toda la isla estaba a oscuras. La mujer había metido un pie en uno de aquellos agujeros, y al no tocar suelo, la tierra la tragó por unos instantes. Además, su cara fue a dar contra el borde de aquel agujero y la arena entró por su boca y por la nariz. Y como no sabía donde pisaba, y no había pisado nada, el fuerte golpe en el interior del agujero se sintió en sus pies; es decir, sus pies sufrieron por aquella caída. Aquella mujer no esperaba encontrarse con ningún agujero en medio de la noche, y se sabe que cuando uno no va preparado para pisar, o si va preparado para pisar y no pisa, suele sufrir daño. El hombre la encontró en esa situación; se dolía del golpe en la cara, habría tragado un poco de arena, y de lo que supuso para ella no haber pisado nada con un pie avanzado hasta caer dentro del agujero. Entonces se dolía más del pie que lo que había pasado con la arena en su nariz y en la boca. Ya no podía andar. ¿Y el niño que tenía en los brazos? Con el tropezón dado por la madre, el niño se soltó de sus brazos y cayó a unos pasos del agujero; estaba envuelto en las telas en las que venía.

El hombre llegó al sitio, vio quejándose a la mujer e intuyó lo que había pasado. A pocos pasos del agujero estaba el bulto que podría ser el niño, aunque no lloraba, permanecía callado. Aquel hombre se metió en el agujero y sacó del mismo a la mujer. No fue fácil, pues aquel agu-

jero era profundo. Lo habrían cavado muchos niños a la vez. Depositó a la mujer en la arena y se preocupó por el niño, del que sabía que estaba enfermo. Precisamente por eso, y porque era todavía pequeño, no se había movido de donde se había caído desde que se soltó del regazo de su madre. Reinaba la oscuridad sobre la isla. En aquella playa, y sin luz, no veían más de lo que podían intuir. El hombre cogió lo que sabía que era el niño y se lo llevó a su madre, que seguía quejándose del pie. ¿Se había dado cuenta aquel hombre que aquel niño seguía sin quejarse de nada, que no había llorado en todo el trayecto? Lo más probable es que sí, pero de la manera en que habían ocurrido los hechos, era importante que se atendiera primero a la madre.

Una vez hecho lo suficiente para saber lo que había pasado, surgió la necesidad de buscar ayuda. La mujer tenía enfermo al niño, pero ya no podía andar. Si estuviera sola, sin el niño enfermo, aquel hombre la hubiera llevado a casa en sus espaldas, cosa que no podría hacer si tenía en el regazo al niño. Entonces tuvo la necesidad de ir en busca de ayuda. No había otra opción. En otras condiciones no habría podido dejar sola en la playa a una mujer con un niño enfermo, y de noche. En otras condiciones la mujer no hubiera aceptado quedarse en la oscuridad en la boca del mar, y con un hijo muerto, que era la situación del niño. Estaba el mar, del que podía salir cualquier ser, era una mujer, y era de noche. No había ningún alma en la playa, pues nadie esperaba que llegara nadie de ningún poblado. Pero las condiciones eran otras, y dolorosas. No había otra elección. Aquel hombre iría a tocar a la primera puerta que encontrara abierta, o iría directamente a una casa conocida para pedir ayuda. Con aquella historia podía ser normal que no conociera la casa de la mujer con

el niño enfermo, para decir que podía ir allí en busca de ayuda. Aquella mujer tenía una sola hermana, y si estaba en otro pueblo, la casa donde vivía podía estar cerrada, pero sin señales de que había alguien dentro, aunque en la oscuridad.

El pueblo grande no estaba vacío, y el hombre encontró gente a la que explicó lo que le había pasado: había traído del pueblo del sur a una mujer con su hijo enfermo. Tuvieron alguna dificultad para hacer avanzar el cayuco, aunque llegaron; la mujer puso los dos pies en el suelo, cogió a su hijo y se encaminó a su casa, pero cayó a pocos metros de la boca del mar en un agujero, y ahora no podía andar. Pedía ayuda urgente para sacarla de aquella costa oscura. Tendría mucho miedo de estar sola en la boca del mar. Ya dije que en nuestra isla todos se conocían, aunque no todos conocieran las circunstancias particulares de la vida de cada uno. La gente a la que contó la historia se preocupó y en pocos minutos desde que se la contó ya estaban en el sitio donde el hombre dejó a madre e hijo enfermo, en la playa de nuestro pueblo grande, cerca del agujero en que se cayó y se hizo daño en un pie, del que no podía valer para salir andando a su casa. Llegaron con luz y con gente dispuesta a sentirse por aquella mujer desgracia, pero no la vieron donde la dejó el hombre. Pero no podía andar, ¿cómo se había movido? ¿Era verdad que aquella mujer tenía otros poderes? El agujero estaba allí, pero no la mujer. La luz que tenían no brillaba mucho, y se sentían inquietos por estar en la playa en aquellas horas. Si brillara mucho, tampoco les gustaría herir la oscuridad. Pensarían que se exponían a ser vistos por cualquiera, pues era de noche. ¿Dónde se había metido la mujer? El hombre había asegurado que no podía andar, y no podía haberle sacado de su casa con una mentira. Se miraron,

miraron por los alrededores y no se atrevieron a llamar. ¿Algo más grande habría pasado con ella? Estuvieron a punto de dudar de verdad y oyeron como un gemido a unos pasos. Era como de alguien que se sonaba. Un poco temerosos por lo que podía ser, se acercaron con aquella luz, estaba el hombre delante, y entre dos cayucos de los tantos que estaban allí varados estaba la mujer, echada en la arena, y con el niño en su pecho, aunque lo había acostado también en la arena. Lo que pasó fue que se sintió bastante expuesto allí en medio de la arena, y como pudo, se arrastró, o lo hizo a gatas, pero con el niño consigo, y se metió en el espacio que había entre dos cayucos, que, para aprovechar el espacio, se colocaban muy juntos, solo lo suficiente para que un hombre pudiera pasar entre ellos. Se sentía más segura allí. Acostada en aquella oscuridad, recordó que en su vida solamente tenía a su hermana, que lo pasaban mal, y aunque lo seguía pasando mal con el hijo que tuvo cuando fue a hablar con los blancos de los barcos, ahora se sentía desolada porque dentro de pocas horas lo tendría bajo tierra porque una enfermedad, o la misma miseria, le había llevado de esa vida. Por eso la colocó cerca de su pecho, como si todavía estuviera vivo, y lloraba por lo que había sido su vida hasta romperse una pierna en una noche oscura. Lloraba en silencio, pero se oía el fluir de su moco, o el sonar de sus narices. Estaba echada en la arena, cosa que raras veces hacía una persona mayor. Y en la oscuridad, en la boca del mar de aquella isla de mar de Atlante.

Yo no soy escritor, ni maestro de escuela, ni cura. En mi isla no se conocía a nadie del que se podía decir que era escritor. Era un oficio, o estado, del que nadie sabía nada, del que no se decía nada. En mi isla los que sabían escribir eran los maestros, el cura y los que trabajaban en la oficina

del gobernador, de los que no sabía nada de lo que hacían. Todo lo que he contado fue lo que viví, oí o vi cuando era niño. Nunca lo puse por escrito porque, como dije, yo no soy escritor. Esta historia se conocerá por unos blancos. Vinieron a mi isla y quisieron conocer nuestros cuentos, las historias que contábamos de noche antes de ir a dormir. Las que contábamos u oíamos a otros cuando nos juntábamos con los oídos prestos. Me pidieron que contara un cuento, o varios, y pensé que lo mejor era contar la historia de mi niñez, pues no me acordaba de ningún cuento de aquellos años. Entonces el jefe de estos blancos, que decía que venía para recuperar nuestra tradición oral, y que se llamaba Manuel, me dijo que contara lo que quisiera, pues a lo mejor había aspectos importantes en los recuerdos de mi niñez. Conté lo que recordaba de aquellos años y luego cerré la boca cuando consideré que había acabado. Tardamos dos días, es decir, dos reuniones de dos días diferentes. Espero que el aparato en que cogía mis palabras haya podido cogerlas como las pronuncié. Si yo hubiera sabido escribir bien, no hubiera necesitado de nadie para poner por escrito lo que había vivido. Pero en mi vida, después de contar hasta quinientos y pico, aprender a sumar, a restar, a multiplicar y a dividir con dos cifras, y a conocer que las palabras se dividían en agudas, llanas y esdrújulas, ya no pude avanzar. Fue por varios motivos. El interés de los blancos fue mi oportunidad. Espero que Manuel sepa encontrar la manera de dejar por escrito mi historia, para que algunos que la hayan vivido, o alguien de mi isla que tenía la misma edad que yo cuando viví lo que cuento en ella, recuerde también lo que ha sido su vida. Sé que en una historia contada en unas cuantas horas no se puede decir todo. Agradezco a Manuel por permitir que mi historia, que es también la de mucha

gente de mi isla, ocupe el lugar de un cuento, que era lo que quería para su trabajo.

Encontraron a la mujer bañada en lágrimas, con el hijo cerca de su pecho, echada sobre la arena. Ya no se le podía consolar. Había aguantado durante todo el viaje, e incluso antes de viaje, y en aquel entonces estaba abriendo sus sentimientos de dolor; ya no pudo esperar hasta cuando hubiera llegado a su casa, que era lo que deseaba. Pero antes de llegar a ella le ocurrió otra desgracia, que se sumó al hecho de vivir con toda la isla aquella vida de miseria, al hecho de no haber vivido nunca con sus padres, y ahora al hecho de haber visto morir al único hijo que le había dado Dios. Su pena era mucha, y lloraba por ella, y se le dejó llorar. Además, se había roto una pierna, o no la podía utilizar para llevar a su casa a su hijito muerto. No era una cosa que había pasado a mucha gente, lo suyo parecía especial, anormal, pues quedarse inválida de un pie justo cuando más lo necesitaba no era cualquier cosa, no ocurre cada día en la vida de la gente de nuestra isla.

Con la gente que vino en ayuda cogieron al niño muerto, o enfermo, según fuera lo que sabían de la historia, y el hombre, con la ayuda de otra gente, puso a la mujer en sus espaldas y fueron a la casa que ella les dijo que era suya, o que conocían de antes. Al día siguiente, un poco antes del mediodía, ya tenían preparado el pequeño ataúd en el que se le daría sepultura. Y porque el niño era de su tierra, al menos una mitad, el Padre bajó de la Misión y echó agua bendita sobre aquel pequeño ataúd. Luego un hombre lo puso sobre sus hombros y lo llevaron a enterrar. Le siguieron solamente unas cuantas personas que conocía a aquella mujer joven. Entre ellas estaba su única hermana. La misma mujer, la propia madre, no pudo ir al entierro de su hijo Luis Mari. No podía andar, y

no había nadie tan fuerte que la hubiera podido llevar en la espalda hasta el cementerio. Además, estaba dicho por los mayores de nuestra isla que una persona con los huesos rotos no podía entrar en el cementerio. Si lo hacía podía curarse mal, o quedar sin curarse. Fue por todo esto que no pudo ir tras el pequeño ataúd de su hijo Luis Mari. Y mientras llevaban al hijo en aquel pequeño y delgado ataúd, estaba en su casa llorando por todo lo que había pasado. No quedó en casa nadie para consolarla. Lloraba en voz baja, como si no tuviera fuerzas para manifestar su dolor. Pero las lágrimas eran abundantes, tan copiosas que solamente por ellas se podía temer por ella. Lloraba por sí misma, por su soledad, por los muchísimos años de miseria, y porque les había dejado Luis Mari, el único hijo que había tenido.

Volvieron del cementerio y se quedaron a esperar que llegara la noche para seguir recordando todo lo vivido durante las pasadas horas, pero en la oscuridad. Quizá por aquella desgracia hubieran conseguido que alguien les diera un poquito de petróleo para alumbrar aquella triste casa. Si nadie lo tuviera, las gotas de lágrima hubieran seguido corriendo por su cara hasta mojar el suelo de aquella casa a oscuras. Y sin la luz, aquella pena grande le seguía oprimiendo más el corazón. Lloraría durante horas hasta quedarse dormida. Despertaría al amanecer, y volvería a llorar, y con el primero que hablara lo haría con la voz ronca, gastada, dolida.

Pocas horas después de aquel entierro, el hombre que les había transportado desde el pueblo del sur volvió a la playa y dejó su cayuco en la boca del mar. Su viaje estaba planeado, y no contaba con el hecho de que terminaría en el cementerio. Habían dejado allí a Luis Mari, pero la vida tenía que seguir. Recogió los aperos

de pesca, ganó los metros sobrantes para poner el cayuco a flotar y saltó al mismo. Detrás había dejado mucho dolor, pero la vida tenía que seguir. No había otro remedio. Con pocos impulsos se alejó de la costa con un silbo en la punta de la boca. Cualquier remero de nuestra isla, cualquier pescador que saliese a la mar recordaba la costumbre de su tierra silbando a mar abierto. Todos lo que estuvieran yendo a pie a sus destinos y estuvieran cerca de la costa, aunque a cierta altura, lo oírían silbar. Y aunque se le oyera, no solía ser fácil que respondiera a las llamadas que se les hiciera desde tierra. El viento llevaba el grito a otra parte, quizá en un lugar monte arriba.

La intención de aquel hombre joven era alejarse de la costa lo más que podía y a partir de cierta profundidad echar el anzuelo. Pescaría hasta cerca del mediodía y luego enderezaría su cayuco hasta el pueblo del sur. Si durante aquel viaje viera un palito sobre la delgada línea del horizonte, un palito que le indicara la presencia ante su vista de algún barco, cambiaría de rumbo y se lanzaría tras el mismo, sea la hora que fuera. Si no apareciera ningún palito tras el horizonte, pondría la parte delantera del cayuco sobre las piedras negras de la playa del pueblo del sur, subiría el cayuco y limpiaría el pescado que hubiera conseguido. Podría no encontrar a nadie en el lugar para ayudarlo a subir el cayuco, pero sabría valerse solo para dejarlo lejos del azote de las olas. Luego cogería su cesta y subiría la cuesta hasta el pueblo del sur. Lo primero que haría es escoger los mejores ejemplares del pescado y preparar un atado para su maestro. Era una obligación. Y lo era porque de aquella manera informaba al maestro de su llegada, y, por otra parte, le hacía participar de la pesca conseguida con su cayuco.

Si el palito sobre el horizonte hubiera confirmado la cercanía o lejanía de cualquier barco, aquel hombre joven dirigiría su cayuco hacia el mismo con la esperanza de conseguir algo para aliviarse de aquella miseria. No importaba que no hubiera descansado lo suficiente desde hacía varias horas. Tampoco importaba la delgadez del palito que se asomaba sobre la línea delgada del horizonte. El éxito o fracaso de aquella decisión dependía de lo que había dispuesto el destino y era este mismo destino el que dictaba si tras aquel viaje volvería a poner el pie en algún punto firme de la isla de mar atlante.

Malabo, 11 de agosto de 2008.

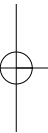
ESTA PRIMERA EDICIÓN DE

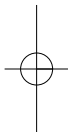
Arde el monte de noche

DE TOMÁS ÁVILA LAUREL

SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN ??????? EL DÍA

?? DE ?????E DE DOS MIL NUEVE





LA EDICIÓN DE ESTE LIBRO
CUENTAN CON EL APOYO DEL
???

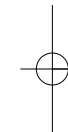


Imagen de cubierta: ?????, de ?????

Primera edición: 2009

© TOMÁS ÁVILA LAUREL

© de la presente edición: CALAMBUR EDITORIAL, S.L. *Diseño gráfico:* ☞

C/ MARIA TERESA, 17, 1º D. 28028 MADRID. *Tel.* 91 725 92 49. *Fax:* 91 298 11 94

calambur@calambureditorial.com - www.calambureditorial.com

I.S.B.N.: 978-84-8359-???-?. *Dep. legal:* M- . -2008

Preimpresión: MCF TEXTOS, S.A. *Impresión:* PUBLIDISA

IMPRESO EN ESPAÑA — *Printed in Spain*